



AÑO III

NÚM. XXXII

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO.

AGOSTO—1891

MADRID

IMPRENTA DE EVARISTO SÁNCHEZ MARTÍNEZ

Calle de Atocha, 114,

~~~~~  
1891.



*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



## Sección Española.



### JUAN MALASAÑA Y SU HIJA



**N**OBLE, atrevido, heróico fué el comportamiento que, al decir de escritores autorizados, tuvo el famoso chispero del barrio de Maravillas durante la memorable jornada del día 2 de Mayo de 1808; y la generosa abnegación con que se le ha presentado á nuestros ojos, defendiendo la independencia de la patria, ha sido motivo de legítima alabanza por los que, sin dejar resquicio á mezquinos intereses, rinden justo tributo de admiración ante los héroes que realizaron aquel acto glorioso. Yo, uno de tantos hijos de Madrid amantes de sus grandezas, he procurado enaltecer, dentro de mi reducida esfera, por cuantos medios tuve á mano, en la prensa y en la conversación particular, el valor temerario, el patriótico arrojo y la entereza de carácter de Malasaña, elegido como símbolo y representación popular de aquel movimiento que, iniciado en el Parque de Artillería, vino á



tener su término en Waterloo; y arrastrado por la opinión general, identificado con ella, haciendo renacer en mi alma el entusiasmo de mis pasados verdores, sentí dulce alegría al saber que alguien trataba de perpetuar en una ó en otra forma la memoria del pobre y oscuro menestral que, según mi creencia, había sacrificado la vida sin esperanza de otro premio que el de la satisfacción de haber cumplido con su deber.

El hecho que se atribuye á Malasaña es bien conocido, pero, no obstante, voy á referirlo, transcribiendo las mismas palabras con que lo relata Fernández de los Ríos en su *Guía de Madrid*.

«A una de ellas (1) se le dió el nombre del chispero Malasaña que desde su casa de la calle de San Andrés defendió una de las entradas del Parque, ayudado de su mujer María Oñora y de una hija de diez y siete años llamada Manuela, que murió en el momento de dar cartuchos á su padre, quien con el cadáver de su hija delante continuó haciendo fuego hasta que consumió el último grano de pólvora.»

Leyendo este sencillo relato veíamos en los mundos de la imaginación la figura del chispero con el fusil en la diestra y el cadáver de la hermosa joven á los pies; comprendíamos el espíritu de Malasaña animado de febril excitación, posponiendo las más puras afecciones de familia ante el acendrado amor á la independencia nacional, y consagrábamos siempre en el aniversario de la gran epopeya matritense un cariñoso recuerdo para aquel rarísimo ejemplo de patriotismo.

A virtud de esto, quise contribuir, en lo que mis débiles fuerzas consintiesen, á realzar el heroísmo de Mala-

(1) Habla de las calles abiertas en el terreno donde estuvo el palacio de Monteleón.



saña, reuniendo cuantos datos referentes á él estuvieran á mi alcance, con el honrado y firme propósito de ofrecer mi grano de arena, cualquiera que fuese la demostración que en memoria suya se llevase á feliz término. No podía presentir la triste decepción que me estaba reservada, ni el terrible desencanto que habían de experimentar mis ideales, basados en el buen deseo de un madrileño entusiasta por la historia de la villa que le vió nacer.

Siempre creí que la relación de Fernández de los Ríos estaba ajustada á la verdad como anillo al dedo, y hubiera apostado la famosa *Torre del oro*, si hubiera sido de oro, y si hubiera sido mía, contra la más fútil bagatela, si algún crítico descontentadizo le hubiese puesto distingos á la versión. A más de que la heroicidad de Malasaña halagaba mi negra honrilla de hijo de Madrid, veía yo en Fernández de los Ríos al historiógrafo, valga la frase, incapaz de engañarse ni engañarnos: él había escudriñado en el Archivo de Palacio, en el del Ayuntamiento, en la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional y en otros depósitos de documentos históricos, curiosísimos datos para escribir su *Guía de Madrid*, y aunque apurando la cosa pueda ponérsele tacha de algo parcial en sus apreciaciones, respecto á los hechos mostró siempre prurito de consignarlos tal y como sucedieron sin añadiduras ni postizos. Vaya esto en honra suya y en disculpa de mi credulidad.

Así las cosas, quise, como digo, investigar otros antecedentes que los que de Malasaña nos da el mencionado autor, y el fruto de mis pesquisas ha venido á echar por tierra el castillo de mis ilusiones.

Lo primero con que tropezaron mis ojos fué una relación, su fecha en Palacio á 23 de Abril de 1816, firmada



por D. Pedro Ceballos, Secretario de Estado, é interino de Gracia y Justicia, en cuya relación, comprensiva de los nombres de las víctimas del Dos de Mayo, aparecía Manuela Malasaña, mas no su padre, circunstancia que ¡pobre de mí! hube de achacar, en los primeros momentos, á olvido de los encargados de formarla, aunque parecíame extraño que quien se acordó de la hija, habría, natural y lógicamente, de tener al padre en la memoria.

Habíanme dicho que por aquel entonces de la fecha que dejo apuntada en el párrafo anterior, concediéronse gracias á los parientes de las víctimas sacrificadas por los franceses, y parecióme oportuno buscar entre los expedientes que al tanto se formaran, el que correspondiera á cualquier pariente de Malasaña, que alguno tendría y algo habría de alegar en pro de su pretensión.

En efecto, Marcela Oñoro, hermana de la madre de Manuela Malasaña, reclamó su pensioncilla, como no podía menos de suceder, pero en la solicitud no menciona á su cuñado, y sólo hace valer los méritos de la sobrina.

Hé aquí la instancia:

«Reverendo señor abad y cura párroco de San Martín.—Marcela Oñoro, de estado viuda, habitante en la calle del Barco, casa núm. 16, á V. R. hace presente que entre las víctimas sacrificadas por la ferocidad francesa el memorable día Dos de Mayo, fué una su sobrina carnal Manuela Malasaña, de edad de quince años, hija de Juan y de María Oñoro, ya difuntos, habitantes en la calle de San Andrés núm. 18, cuya joven, *viniendo de bordar fué registrada, y sin más motivo que haberla hallado las tijeras que traía colgadas de una cinta para uso de su ejercicio, la fusilaron bárbaramente los soldados franceses, hacia el Parque de Artillería, en cuyo sitio aún subsiste una cruz; y siendo la exponente el pariente más*



cercano de la difunta, como tía carnal suya, y estando constituída en la mayor miseria por sus achaques, avanzada edad y falta de vista, suplica á V. R. rendidamente se sirva agraciarla con una de aquellas limosnas destinadas para los parientes más cercanos de las víctimas del citado día Dos de Mayo, en que recibirá particular merced.—Madrid 12 de Mayo de 1815.—Por la suplicante, Miguel Feliu» (1).

Los extremos consignados en el memorial transcrito se legalizan con este otro documento:

«Como secretario de la Diputación de Caridad del barrio de San Basilio:—Certifico que en 12 de Mayo último se presentó Marcela Oñoro ante el señor cura párroco de San Martín y dicha Diputación, pidiendo se tomasen los informes competentes para acreditar ser parienta de una de las víctimas del Dos de Mayo, y evacuado, resultó vivir en la calle del Barco, núm. 16, ser viuda, necesitada y tía carnal de la víctima Manuela Malasaña, hija de Juan y de María Oñoro, difuntos; por lo tanto

(1) Manuela Oñoro era viuda de Antonio Ferrer, tenía sesenta y dos años al solicitar la limosna, y había habitado anteriormente en la calle del Desengaño, núm. 3. Se le concedió una pensión de dos reales diarios, y habiéndosele pagado por equivocación á razón de tres durante una temporada, se le descontó luego lo cobrado en demasía, como lo prueba la Real orden siguiente:

«Conformándose el Rey N. S. con lo expuesto por el Ayuntamiento de esta muy heróica villa en 20 de Agosto último sobre la instancia de Marcela Doñoro (*sic*) agraciada con la pensión de dos reales de vellón diarios, como parienta de una de las víctimas del 2 de Mayo de 1808, solicita no se la descuente lo que por equivocación ha percibido de más, ha venido S. M. en desestimar dicha solicitud. De su R. O. lo comunico á V. S. para inteligencia del Ayuntamiento y demás efectos convenientes. Dios guarde á V. S. muchos años. Palacio 18 de Septiembre de 1817.—Juan Lozano de Torres.»

¿Qué entenderían por equidad los consejeros de Fernando VII?



se la incluyó en el plan que se dirigió al Sr. D. Angel Barreiro (1) comprensivo de los parientes de dichas víctimas, que hicieron igual petición ante esta Diputación, todo con arreglo al oficio del Sr. Barreiro, de 11 de Mayo de la misma fecha; y para que así conste, á instancia de la misma interesada, doy éste que firmo en Madrid á 15 de Noviembre de 1815.—José Rosiños, secretario.»

De la lectura de estos documentos se desprende la triste consecuencia de que Manuela Malasaña no fué la heroína que nos pinta Fernández de los Ríos, facilitando cartuchos á su padre mientras éste hacía fuego á las tropas francesas; y resulta asimismo de la relación de méritos que la Marcela Oñoro presentó para solicitar la deseada pensión, que la pobre mujer olvidó, extraño olvido por cierto, añadir los merecimientos del padre de Manuela, antecedente que hubiera sido muy del caso hacer notar, y que la Diputación de Caridad tampoco tuvo en cuenta. Por este lado va perdiendo terreno la noticia del autor de la *Guia de Madrid*, y suponiéndole menos enterado que Marcela Oñoro y que la Diputación de Caridad, hemos de convenir en que Fernández de los Ríos padeció error al consignar en su por otros conceptos apreciable libro la anécdotilla célebre de los cartuchos.

En cambio la figura de Manuela Malasaña nada pierde con la investigación histórica: es la víctima inocente sacrificada por la brutalidad del ejército invasor; es la débil mujer elegida para servir de blanco á las iras de hordas sedientas de venganza; es la mártir que, resignada y sin lucha, derramó su sangre por la independencia de la patria. El fusilamiento de esa modesta bordadora es una página honrosa para la historia de Madrid y un

(1) Secretario del Ayuntamiento.



baldón para los hombres que en aquellos solemnes momentos fueron árbitros de los destinos de España.

La omisión que del padre de Manuela se hace en los documentos transcritos no es para echada en tela de cedazo, y bueno será llamar sobre ello la atención del lector á fin de que se vaya preparando á comprender lo que más adelante han de arrojar de sí papeles no menos auténticos y no menos importantes.

La citada Manuela Oñoro, al presentar su memorial, acompañó, como justificante, la partida de defunción de su sobrina, en cuya partida se declara que á la sazón de la muerte de Manuela su padre *era difunto*; declaración terrible que viene á echar por tierra la fama del chispero, y á cercenar un si es no es la del autor que nos le daba haciendo fuego cuando el pobre yacía en el camposanto.

Dice así el documento:

«Certifico como Theniente mayor de cura de la parroquia de San Martín de Madrid, que en uno de los libros de difuntos de ella, al folio doscientos treinta vuelto, se halla la siguiente—Partida: Manuela Malasaña, soltera, de edad de quince años, hija lexitima de Juan, DIFUNTO, y de María Oñoro, parroquiana de esta iglesia, calle de San Andrés, número diez y ocho, murió en dos de Mayo de mil ochocientos ocho; se enterró de misericordia.—Concuerta con su original á que me remito. San Martín de Madrid y Mayo doce de mil ochocientos quince.—Fr. Bernardo Saco.»

Merecíame entera confianza la certificación, pero quise rectificarla, y gracias á la amabilidad del teniente mayor de la parroquia de San Martín, D. José Joaquín Montalván, pude comprobar la partida de defunción, que efectivamente se halla inscrita en un libro correspon-



diente al antiguo cementerio de la Buena-dicha, donde fué enterrada la infeliz Manuela.

A mayor abundamiento, en un estado de parientes de víctimas, fechado en 25 de Junio de 1815, y firmado por Fray Miguel de San Cristóbal, abad y cura de San Martín, por el ya conocido D. José Rosiños y por otros individuos que indudablemente compondrían la Junta parroquial de Caridad, aparece Marcela Oñoro con la siguiente declaración: «Tía carnal de la víctima, QUE ERA HUÉRFANA (1), Manuela Malasaña, que murió soltera de quince años de edad.»

Después de conocer cuanto queda referido, ¿será aventurado suponer que el padre de Manuela había muerto con anterioridad al día 2 de Mayo de 1808? Y en presencia de este dato, ¿no podremos tachar de falsa la anécdota de los cartuchos?

Extraño es que en las antiguas relaciones de víctimas no figure el padre de Manuela, y extraño es también que acontezca lo propio en los libros y folletos que del Dos de Mayo tratan, anteriores á Fernández de los Ríos, por más que en cuestiones de bibliografía no puede decirse nunca la última palabra, y factible es que algún curioso posea ó haya visto lo que yo no tuve la suerte de encontrar. Tal vez el fundador de *Los Sucesos* basara su afirmación en datos que había consultado, aceptándolos de buena fe, como yo y otros conmigo aceptamos lo de los cartuchos, sin exigir el marchamo de autenticidad, necesario á toda laya de anécdotas, lo mismo cuando se atribuyen á Luis XIV que á un chispero del barrio de Maravillas (2).

(1) Huérfana de padre, puesto que su madre la sobrevivió, según la partida de defunción citada.

(2) Aunque no conocemos la profesión ú ocupación de Juan Malasaña, hemos convenido en hacerle chispero, esto es, herrero.



Dice Fernández de los Ríos (3) que á propuesta suya se dió el nombre de Malasaña á una de las calles abiertas en Monteleón el año 1869, y claro es que razones y motivos tendría para ello: los calló inadvertidamente, y hé aquí el conflicto. Malo es que en la partida de defunción de Manuela se diga que el padre de ésta *era difunto*, y malo es que la respetable autoridad del abad de San Martín afirme que la víctima en cuestión *era huérfana*, pues contra estos argumentos no valen sutilezas de escolástico.

Tampoco he conseguido averiguar de dónde sacó Fernández de los Ríos el segundo nombre con que bautizó al padre de Manuela, llamándole Juan Manuel.

Pudiera ser que aquel eximio escritor, buscando noticias en uno y en otro archivo, confundiese notas y papeles, atribuyendo á Malasaña un acto que realizaría otro héroe de los muchos que tuvo el Dos de Mayo.

Próximo á terminarse, ó terminado ya, un libro en que la castiza, elegante y correcta pluma del distinguido escritor D. Juan Pérez de Guzmán ha reseñado con sus más minuciosos detalles las sangrientas escenas de aquel hecho insigne, esperemos su aparición para formar juicio exacto de la anécdota que ha dado motivo á este artículo.

Dada la competencia que el Sr. Pérez de Guzmán tiene en este asunto, debemos confiar en que su libro ha de obligarnos á formar opinión definitiva respecto de la participación del padre de Manuela Malasaña en la memorable jornada del Dos de Mayo.

De lo expuesto hasta aquí se desprende que sobre el hecho de autos, como diría un letrado, debe instruirse

(3) Loc. cit., pág. 104.



nuevo sumario; que las pruebas documentales presentadas en la litis deponen en contra de la existencia del padre de Manuela Malasaña en aquel glorioso día, y que, por el pronto, la especie dada á conocer ó echada á volar por Fernández de los Ríos no resiste el examen de una crítica seria y desapasionada.

CARLOS CAMBRONERO.



# BUEN TIEMPO FIJO

~~~~~  
CUENTO

III

EN EL CALDÓN

CUANDO Manolo y Rosa regresaron de Oviedo, aseguraron que Marcelo Uria había aceptado la invitación y que en el próximo domingo llegaría á Lampaya.

—Verá usted, mi general,—añadió aquél—un muchacho simpático y un sabio completo. El es el que me ha escogido, en la botánica y en la ganadería, los mejores ejemplares que tengo. Le gusta aparecer un tanto excéntrico, sobre todo en materia de faldas, de poesía y de ilusiones, pero... él caerá. Rosa le ha visto en Oviedo y... no le ha disgustado, por más que ni una sola vez se han mirado á la cara. ¿No es verdad, chiquilla?

—No es verdad,—contestó la boliviana;—porque ese caballero será todo lo sabio que usted quiera, pero en

su trato es un ogro. Ya verás, Anita, lo extravagante que se ha vuelto.

—¿Tú le conoces?—preguntó el general á su sobrina.

—Sí, le conozco; es decir, le conocí. Fuimos juntos á la escuela de muchachos, según la costumbre antigua del concejo, y he de decir que entonces era el único señorito que había por estos pueblos. Cuando á los doce años, me llevaron al colegio, él salió á estudiar á Oviedo; después murió su padre de mala manera, y, sin duda, como no le quedaron parientes por aquí, no ha vuelto más. Hace, pues, diez y seis años que no le veo, y seguramente si nos encontramos no nos conoceremos. Mi marido está enamorado de él, porque en diez ó doce meses, que hace que le trata, le ha trastornado el seso, convirtiéndole en entusiasta agricultor. Creo que cuando están juntos no hablan más que de vacas, de carneros, de manteca, de plantones, de injertos y de otras bellezas semejantes.

—Hoy son así los hombres útiles, Anita,—repuso su marido;—todo lo demás, cuanto no resulta económico, práctico y reproductivo, es una majadería. Sin embargo, entiendo que á pesar de estas verdades es gran lástima que sea tan excéntrico un buen mozo como ese. ¿No es verdad, Rosa?

—Allá se las haya él con sus teorías; á mí, ¿qué me importa?; él puede ser como quiera, buen mozo, estirado, sabio, propagandista de animales y plantas, ó tonto de capirote; pero yo, ¿que tengo que ver con eso?

—De ello hablaremos más despacio y á tiempo—añadió Manolo;—ahora lo que nos interesa es preparar el programa del domingo.

Y después de larga discusión, convinieron en almorzar en Lampaya y en ir á pasar la tarde á El Caldón, á ver la finca y á admirar la puesta del sol desde las peñas. Una

inesperada circunstancia impidió á Perlora el tomar parte en aquella gira. Sus correligionarios políticos de Oñón, El Requejado, Panondres, Gurullón y Cobreya le anunciaron que en aquel domingo acudirían á Lampaya después de comer, para celebrar una sesión del comité del distrito y elegir los candidatos á la diputación provincial, bajo su presidencia.

—Un deber patriótico me obliga á quedarme en casa —dijo á Anita y al general;— los labradores no pueden reunirse más que en día de fiesta, y no quiero ni debo citarles para otro día. Deploro hondamente el no acompañaros; pero prometo que el lunes haremos esa misma expedición los tres hombres, á nuestras anchas, y sin el estorbo de las faldas.

Marcelo Uria llegó en la mañana del domingo, bien temprano. Deslumbrado quedó ante la magnificencia de la casa de Lampaya, que él conoció tan vieja y destartada; pero más asombro le causó aún, la presencia de Anita, que él había dejado hecha una niña muy bella y á la cual encontró convertida en una mujer admirable. Sus ojos se saludaron mutua y profundamente, como antiguos y buenos amigos, porque los ojos evidentemente no saben disimular. Ella sintió algo de extraordinario é inexplicable al ver cambiado en un hombre arrogante y distinguido á aquel Marcelo, á quien tantos años conoció endeble, pálido, soñador y medio señorito. Marcelo en su saludo y conversación la trató de «usted», por más que el «tú», se le escapaba de los labios; y ella, dominando su interior violencia, le respondió del mismo modo.

Durante toda la mañana, empleada en recorrer el hotel, las dependencias y las cercanías, y en almorzar, el ingeniero se mantuvo serio y reservado con las damas, y habló, en cambio, hasta más no poder, de Filipinas con el

general, como si hubiera nacido y vivido en el archipiélago; y de vacas, trigos y alcoholes con Perlora. Anita y el general, encantados de lo que sabía aquel hombre, asintieron constantemente á los gestos de conformidad y complacencia que hacía el dueño de la casa, guiñando los ojos y frotándose las manos, cada vez que el ingeniero redondeaba un párrafo de su agradable perorata, dicha con tanta sencillez y elocuencia como positivo gracejo.

Después del café, anunció un criado que el carruaje estaba pronto.

—Id con Dios, señores—dijo Perlora.—Allí encontrará usted, amigo Uria, en los prados de la media ladera, las razas Syclex, Perllingthon y Bulle, que he traído recientemente. Tú, Anita, no dejes de enseñarles los plantíos de fresnos excelsior, de tilos, de serbales, sóforas, abetos de Siberia, pinsapos, pinos veymut, retinosporos y tejos, que hemos abierto en estos dos años. En la caseta de la cima, sobre las peñas, os servirán el chocolate. Cuando mis correligionarios y amigos se marchen, yo subiré á la azotea y os veré desde aquí con mis gemelos de campaña, que alcanzan hasta allí, sobre todo cuando se conoce á las personas.

Expléndida era la tarde en que realizaron la excursión. Anita y Rosa, vestidas de gris claro, estaban elegantísimas. Llevaba aquella un sombrero blanco de seda, de anchas alas, con flotante gasa; y ésta, otro rojo oscuro con bandas pendientes, del mismo tono. Desde Lampaya al Caldón hay hora y media de travesía en coche. Antes de llegar, la carretera deja la posesión á la izquierda, dirigiéndose á la costa, en cuyo punto se apearon los viajeros, encargando al cochero que les esperara en la playa, al otro lado de la montaña, cuya ascensión emprendieron por un ancho camino, sombreado por grandes nogales.

Había llovido al medio día, y la caminata era algo enojosa, porque abundaban los charcos y los pasos resbaladizos en los huecos de los pedruscos del sendero. Recogieron cuidadosamente sus faldas las damas para no mancharse, dejando ver, bajo la luciente línea de sus plegadas enaguas, algo más que los diminutos y elegantes pies. Rosa marchaba en la vanguardia, saltando de piedra en piedra. El general iba en pos, contemplando embelesado cómo se movía el esbelto y delicado cuerpo de aquella gallarda joven, cuyos dichos y agudas carcajadas distraían á los expedicionarios. Anita caminaba despacio, cuidando de no resbalar, y Marcelo cerraba la marcha, hablando, por lo bajo, con su paisana, «de los tiempos aquéllos» en que eran muchachos. La subida hasta los prados de la ladera duró un cuarto de hora, que á los viajeros les pareció un minuto, por más que lo caluroso de la tarde y lo excepcional del ejercicio les cansó y sofocó en términos que, al llegar á la campa de los castaños hubieron de sentarse afanosos sobre los trozos de roca, que asoman desnudos entre el fresco y verde yerbín, á la sombra de los árboles seculares. Por no hallar espacio bastante para formar un solo corro, Anita y Marcelo ocuparon un banco de peña á la entrada del castañal, y Rosa y el veterano otro, situado diez pasos más arriba, junto á una dilatada lindera de avellanos y zarzamoras. Abanicáronse los hombres con sus grandes sombreros de paja, y las damas se quitaron los suyos, dejándolos sobre la hierba, para enjugar el sudor que bañaba sus frentes.

Desde que se vieron solos Anita y Marcelo, se trataron de tú, sin poderlo evitar.

—Conservo aquí, y lo traigo para enseñártelo—dijo éste, abriendo su cartera de bolsillo,—un recuerdo que

me diste al anochecer, de uno de aquellos días en que yo iba á verte á la puerta de tu casa. Es un premio que te dieron en la escuela; una estampa que tiene tu firma al pie. No conservaba otro testimonio de tu afecto de niña, y lo he guardado siempre con especial empeño. Míralo.

Anita cogió la estampa y bajó los ojos, al sentir que el rubor encendía sus mejillas.

—Supongo—añadió Marcelo—que comprenderás que no te he olvidado y que... (ya que nadie nos escucha, te lo diré) tampoco te he dejado de querer.

—Hace mucho tiempo que lo sé, y que tengo evidentes pruebas de ello—contesto Anita, mirando fijamente al ingeniero, con aire de completa decisión y convencimiento.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Qué pruebas son esas, si yo no te he visto desde hace tantos años?

—Las mujeres, amigo Marcelo, tenemos un instinto de adivinación ó de picardía, una claridad de entendimiento tal, que nos permite traducir y entender bien en nuestro provecho ó en nuestro daño, cuanto oímos ó cuanto vemos, de tal modo y tan acertado, que muy rara vez nos equivocamos. Yo no me he equivocado contigo. Al venir tú á Oviedo desde Madrid sabías de sobra cómo me había casado yo; y cuando conociste á mi marido, debiste comprender y comprendiste que entre él y yo no podía haber esa mutua é íntima comunión de afectos, de simpatía, de aspiraciones ni de pensamientos siquiera que engendra el cariño natural. Así es la verdad. El es bueno, buenísimo para mí; me idolatra, y tiene profundo y constante pesar porque «su atmósfera», que soy yo, está siempre nubosa, irresistible, como lo apunta él diariamente en su libro de memorias, sin que yo lo sepa, pero que yo leo de cuando en cuando.

A pesar del sacrificio que hizo, redimiendo la fortuna de mi casa (ó del que yo hice casándome con él), no he podido cobrarle verdadero cariño, porque por su edad y por su educación distamos una inmensidad el uno del otro. Siempre que Manolo volvía de Oviedo haciéndose lenguas de tu carácter y de tus conocimientos, figúrate cuál sería mi satisfacción, aunque yo jamás la dí á conocer; y mucho más cuando comprendí que la íntima relación que habías tú entablado con él era exclusivamente para que él me hablase de tí.

—Es verdad—interrumpió Uria sorprendido.

—Calla y escucha. Tú te propusiste desconcertar á mi marido, al mismo tiempo que por su misma boca me enviabas pruebas de tu afecto.

—Anita, es verdad.

—No me interrumpas. Para desconcertarle de modo que jamás supusiera que pensabas en mí, representaste la siguiente comedia: no venir nunca á Rodeces, en la esperanza segura de verme más adelante aquí ó en Oviedo; maldecir del amor y de las mujeres, y vomitar pestes y extravagancias de filósofo (cuando tú no lo has sido jamás) acerca del alma, de la pasión, del ideal, de la poesía, etc., etc.; no preguntarle por mí, ni recordarle que éramos amigos desde la niñez; embobarle y entusiasmarle, y hasta hacerle vanidoso, enseñándole las maravillas de agricultura de corral y de huerta, ayudándole á que pasara, como pasa, por un hombre entendido en esa pedestre sabiduría y redactando las proposiciones y memorias, que lee en la junta de agricultura. El me lo contaba todo, con la sencillez de un indígena de las cordilleras, y yo «iba tomando buena nota», como él dice en sus cartas de comercio, de todos estos pormenores, y las traducía sin equivocarme ni engañarme, creyendo firme-

mente que me querías lo mismo que cuando éramos muchachos. Seguiste esta táctica para que ni él ni nadie, sino yo sola, (aunque tú tal vez no lo pensaras tan claramente como yo lo veía), se diera cuenta de tu cariño. Sois muy listos y muy avisados los hombres que estudiáis, pero lo somos mucho más las mujeres, á poco que sepamos discurrir y sentir.

Confiabas seguramente en que algún día, próximo ó lejano, podrías explicarme esto mismo que yo te explico ahora, y convencerme de que me sabrías querer así, sin ruido alguno, y... francamente, Marcelo, sólo con esa imprescindible condición podría yo decirte, como te digo, que, en efecto, te quiero como te quería de niña, porque yo á nadie más he querido en el mundo.

Marcelo, asombrado ante la portentosa adivinación de aquella mujer, iba á hablar lleno de indescriptible emoción; pero ella, levantándose, cogió su sombrero y su sombrilla y le dijo sonriendo:

—No hablemos más por ahora. Mira, mira: el general y Rosa están encaramados en aquellas peñas y zarzas, cogiendo no sé qué. Vamos á ayudarles, porque bien pueden lastimarse, si alguno de los dos se resbala.

En efecto, á poco de haberse sentado éstos, y después de referir al general algunos episodios de su vida de América, Rosa se levantó de repente y exclamó:

—Vea usted, general, qué hermosos racimos de moras hay en aquellas zarzas. Voy á llenar mi sombrero, con ese rico regalo para la hora de merendar.

Y, dicho y hecho, se empinó sobre sus menudos pies, alcanzando, con el puño corvo de su sombrilla, los altos colgantes de la silvestre fruta, mientras el veterano, al pie de los pedruscos, sostenía con ambas manos el sombrero de la joven, en el que ésta iba depositando la cose-

cha. Pasó luego de los pedruscos á los añosos troncos retorcidos de los avellanos, y afianzándose en ellos, á riesgo de arañarse con las zarzas interpuestas, alcanzó con grandes esfuerzos las moras más altas. Para ayudarla á cojer los ramilletes apartados, cuyos granos negreaban como grandes botones de azabache y terciopelo, hubo de encaramarse también el general sobre los pedruscos y sostener y levantar en el aire á la chuquisaqueña, que decía gritando y riendo como una chiquilla:

—¡Qué lástima que las más grandes y las más hermosas estén siempre tan altas, mi general!

Y mientras tanto éste, emocionado y confuso, repetía para sus adentros:

—¡Pues, señor, no me ví más comprometido cuando tomé al asalto las alturas de Galarreta!

Rosa dió su sombrero, lleno de fruta, á Anita, y esta obligó á aquella á que se pusiera el suyo blanco, para que la fresca brisa marina, que empezaba á soplar, no enfriase y cortara el copioso sudor que corría por las sienas de la americana. Diez minutos después llegaron á la cima del Caldón, desde la cual se ven ocho concejos, tres puertos y muchas leguas de montes y de mar. Aunque el espectáculo era delicioso, ninguno de los expedicionarios se fijó en él, preocupados como estaban por otras impresiones. A un lado de la cima está la casita de campo de los señores de Lampaya.

Sentáronse instintivamente en dos grupos los cuatro excursionistas, y allí les sirvieron el chocolate y el refresco. Anita regaló las moras á los hijos del casero, á pesar de la protesta de Rosa, y se puso el sombrero rojo de ésta, la cual, como queda dicho, cubría su cabeza con el blanco de aquella. Mientras el sol bajaba á los lejanos límites del horizonte, dorando la tierra y el Océano con

sus últimos resplandores, volvieron á recordar Marcelo y la de Lampaya, en voz baja, los años hermosos de su juventud primera. Y el general, sentado en rústico banco de madera, á cierta distancia de otro que ocupaba Rosa, empezó á lamentarse de lo triste que le iba á ser el llegar solo á Manila, ante cuyas sentidas lamentaciones, se vió ya su alegre amiga convertida en una capitana generala ó virreina de las Indias.

Entre tanto, allá en Lampaya había subido Perlora á la azotea, y después de dar vueltas y más vueltas al tornillo de sus anteojos de campaña hasta que dejó de ver turbio, exclamó:

—¡Ajajá! ahí están; allí les veo en la cumbre de El Caldón. Allí les veo, sí, señor; y aunque no se distinguen del todo, del todo bien, percibo claramente el color rojo oscuro del sombrero de Rosa. ¡Y qué arrimadito está á su lado el otro, Marcelo, el pícaro enemigo de las mujeres! ¡Ah ingenierillo, ya vas cayendo, ya caerás y ya se encargará Rosa de que no te escapes! Un poco más allá veo la pareja del sombrero blanco: es Anita. Enfrente está sentado el general, no hay duda; ¡siempre tan atento y tan afectuoso!

Cuando empezó á anoecer, los de El Caldón tomaron la bajada de la montaña.

—Cambiamos los sombreros, Rosa—dijo Anita—porque no me viene bien el tuyo (y porque, además—dijo para sí,—mi marido ya se habrá retirado de la azotea).

El camino de bajada hacia el mar es anchuroso y sin piedras. En doce minutos se encontraron en la playa, cuando ya se desvanecía la lejana claridad del crepúsculo. Anita ordeno al cochero que marchase delante de ellos, porque la noche plácida y serena convidaba á caminar á pie un rato. Cogióse ella del brazo de Marcelo,

aceptando el cortés ofrecimiento de éste, y Rosa de el de el general, y anduvieron, bien despacio, por la carretera á orillas del mar, así como una media hora.

Al volver á subir al carruaje, Rosa había prometido á su acompañante que no iría solo á Manila; y Anita aseguró al ingeniero que desde que dejó de verle no había pasado un día más feliz.

Cuando entraron en Lampaya, los recibió Perlora con los brazos abiertos.

—¿Qué les han parecido mis ganados, mis fresnos, sóforas y pinsapos, caballeros? exclamó lleno de gozo.

—Admirables, sobrino, admirables!—contestó el general.—Asturias te deberá seguramente su regeneración agrícola silvestre.

—Venimos satisfechísimos, Manolo,—añadió Anita—ha sido una expedición incomparable. ¿Y tus correli-gionarios?

—Tan entusiastas y bondadosos, señores; ya lo veis, la política le obliga al hombre á pasar por todo y á hacer toda clase de papeles. Perdonadme que os haya abandonado por ella.

Tan risueña estuvo Anita en la mesa y tan complaciente con todos, y en especial con su marido, que éste, al cerrar sus notas del día, escribió en la casilla de observaciones: «La atmósfera despejada. Hay seguros indicios de bonanza.»

IV

URIA Y PERLORA

Marcelo insistió en regresar á Oviedo al día siguiente, pretestando urgentes ocupaciones, y lo hubiera realiza-

do, á no oír á Anita decir con irónica gravedad, después de una empeñada discusión sobre este asunto:

—Váyase usted, si gusta; y no nos ocupemos más de cosa semejante.

El ingeniero comprendió que no debía extremar su papel de hombre fosco, y se quedó en Lampaya por un par de días más, durante los cuales los tres amigos de la casa hicieron, á caballo, una agradable visita á El Caldón, saturándose hasta lo indecible de arboricultura y ganadería, por complacer á Perlora. Como coronación y complemento de los trabajos agrícolas de éste, y como gran base para la enseñanza y propaganda rural, le propuso Marcelo la instalación de una fábrica de quesos y mantecas, que utilizase los productos del abundante ganado de la posesión, con cuyo planteamiento le aseguró que obtendría además una ganancia líquida anual de algunos miles de duros.

—Aceptado y agradecido; hágame usted esta noche el bosquejo del proyecto con su presupuesto; pero, con una condición—dijo Perlora.

—¿Con cuál?

—Con la de que la razón social de la fábrica llevará nuestros dos nombres, porque justo es que usted sea el socio facultativo y director, como yo seré el socio capitalista.

El plan quedó hecho, con gran aplauso de toda la gente de Lampaya.

—De este modo—dijo Anita—será usted nuestro prisionero en El Caldón por largas temporadas, y nos instruirá usted en la práctica de esa industria que yo aprenderé también; á ver si con ese pasatiempo se nos hace más entretenida y amena la vida en este rincón del mundo.

—¡Admirable, admirable, Anita! Así quiero yo verte, dispuesta á prescindir de tu eterno mal humor y de tu incomprendible apatía é indiferencia,—exclamó Perlora;— y de ese modo también—pensó para sí—se irá poco á poco entendiendo el ingeniero con Rosa, hasta que al fin le metamos en la familia.

Marcelo partió para Oviedo, después de haberles hecho la promesa de que antes de ocho días estaría en Lampaya con el proyecto estudiado, dibujado, calculado y completo.

Al día siguiente, muy de mañana, dijo el general á Perlora, en un momento en que estuvieron solos:

—Vámonos á la huerta, Manolo, porque tenemos que hablar de cosas muy graves.

—Hable usted, tío,—le contestó Perlora, en cuanto se hallaron á bastante distancia del hotel;—entre usted y yo no puede haber secretos. ¿Necesita usted dinero?

—No, por cierto; y muchas gracias por la pregunta. Lo que necesito es manifestarte que he pensado mucho y muy detenidamente en eso de mi viaje á Filipinas, y...

—¿Qué? ¿qué se ha decidido usted á no ir? Me alegro. Quédese usted aquí con nosotros, que buena falta nos hace.

—No, hombre, no; no seas atolondrado. Has de saber que después de madura reflexión he decidido no ir solo á Manila.

—Me parece muy bien; pero... lo que es yo no le acompaño á usted!

—Ya lo supongo. Pues bien, no quiero irme solo, y me voy á casar.

Perlora dió un paso atrás, con tal violencia, que estuvo á punto de caer, y exclamó:

—¿Está usted loco, tío?

—Estoy muy cuerdo y muy sano, sobrino. Necesito tener allí quien me quiera y quien me cuide, y felizmente he encontrado un angel, que me cuidará y me querrá.

—¿Un angel? ¿En dónde?

—Aquí, en Lampaya.

—¡Hombre! ¡por Dios, tío! ¡mire usted lo que dice! ¡Un angel aquí en Lampaya!... ¡Ah, vamos! Usted ha echado el ojo á alguna de las doncellas de mi mujer, ó á la cocinera ó á alguna doméstica. ¿No es eso? lo comprendo perfectamente; ese es el paradero de todos los solterones...

—Estás equivocado de medio á medio. Aunque solterón y militarón, aún conservo mi antiguo buen gusto. Mi futura es Rosa; y mi secreto era decírtelo y pedirte su mano.

Perlora se quedó como quien ve visiones. Miró fijamente al general, y soltando una tremenda carcajada, exclamó:

—¡Me parece bien la broma! ¡divino, tío, divino!

El general se irguió muy serio, y con enérgico ademán repuso:

—Lo que te he dicho es cierto. Te lo aseguro por mi honor y por mi conciencia. Ella me quiere; tú mujer lo sabe y lo aprueba; sólo falta tú consentimiento como tutor.

—Déjeme usted, tío, que me serene—añadió Perlora—porque no sé qué se me ha puesto en la garganta, ni sé tampoco qué es esto que me zumba en los oídos. Déjeme usted, y crea, señor general, y esto se lo digo también muy de veras, que por más serio que se ponga usted, le declaro y repito que eso no puede ser, que no lo creo, y, en fin, ¡que no será!

—Allí vienen Anita y Rosa—contestó el general—y ellas te dirán si eso puede ser y si debes creerlo.

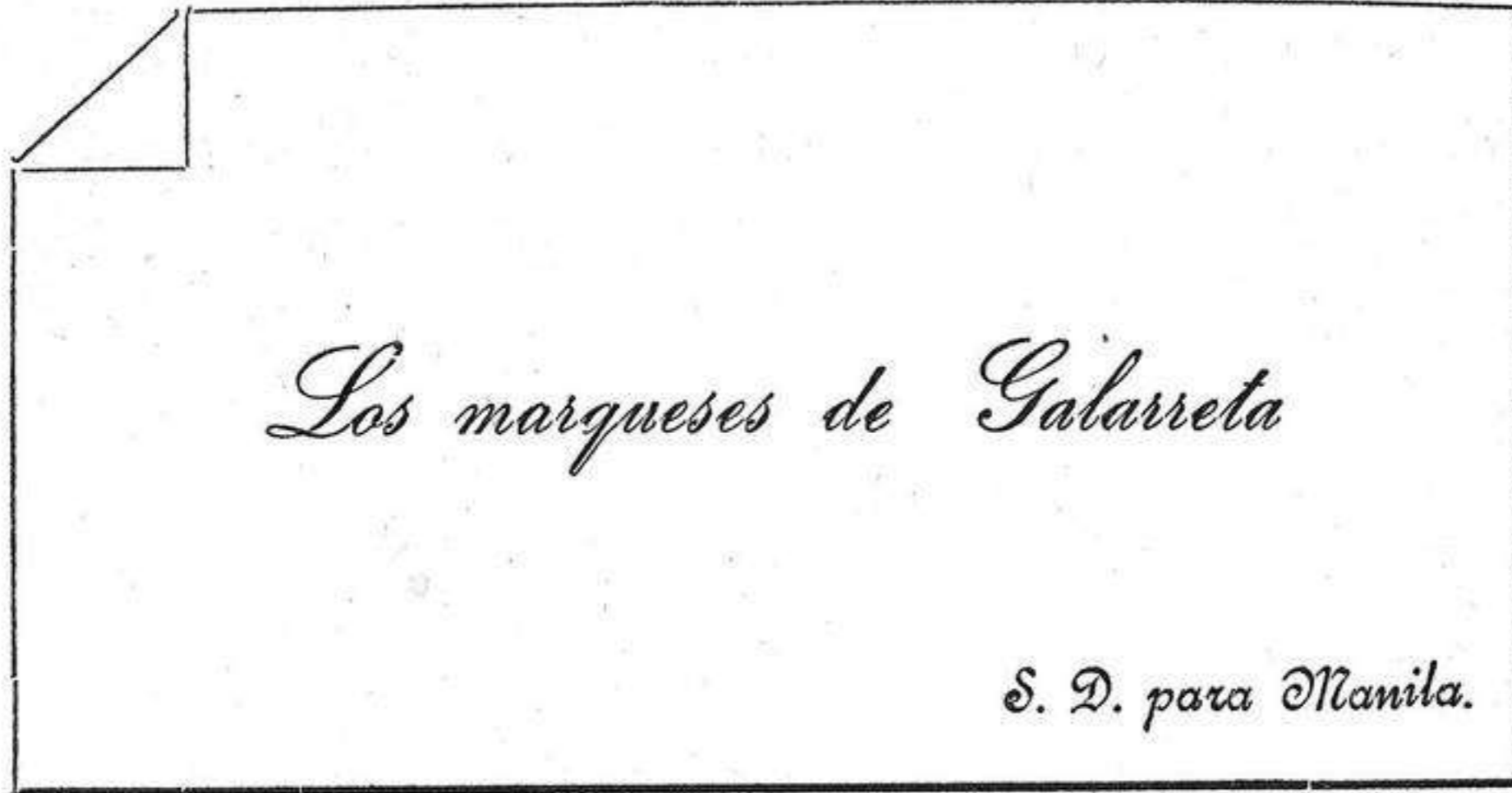
—¡Sí, señor; en ellas, en las mujeres, lo creo todo, absolutamente todo; ¡pero en usted, tío!... ¡Vamos, no se acerquen y me hablen de eso, porque estoy dispuesto, como hay Dios, á hacer ahora mismo una barbaridad!

Mientras el general se reía, y su sobrino se enjugaba el sudor, y apretaba los puños y huía para que su mujer y su pupila no le alcanzaran, le hicieron éstas muy pronto detenerse, y tal y tan tremenda nube de razones, de súplicas, de bromas, de voces y de palmadas descargaron sobre él, que el hombre, rechazándolas cariñosamente, dijo al fin, con aire resuelto:

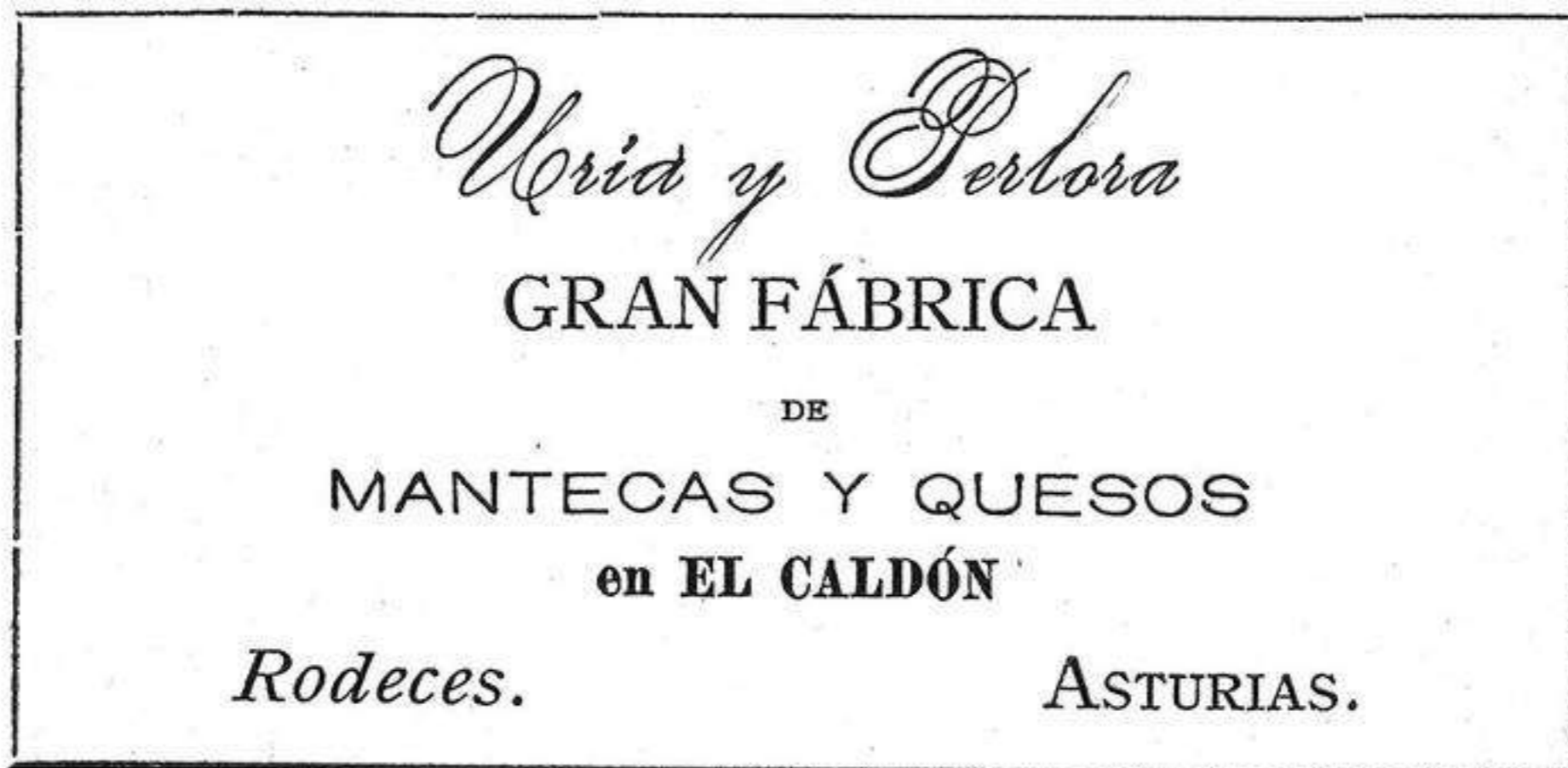
—Me resigno, me entrego y me callo. Así sea. Yo tenía otro gran proyecto, pero ya que entre todos habeis enredado este estupendo negocio, sea. Cuando gustes. Rosa, puedes ascender á tía mía!

—¡Ven á mis brazos, virreina de las Indias!—exclamó Anita oprimiendo á la joven contra su pecho.—Tío mío, que sea enhorabuena; señor marido, muchísimas gracias: has hecho felices á estos dos tortolillos, y yo no sé cómo pagártelo; ¡eres el más bondadoso de los hombres!

El general pidió una prórroga de un mes para embarcarse, y se casó en Lampaya. Marcelo asistió á la boda y les acompañó, en su viaje de novios, hasta Puente los Fierros. Ocho días después comunicaron desde Madrid á Perlora y á su mujer que el general había sido agraciado con un título de Castilla, y, en prueba de ello, incluyeron en la carta una tarjeta que decía así:



Al contestar á una de las cartas que escribieron después desde el archipiélago, incluyó Perlora en la suya otra tarjeta, de gran tamaño, en la que se leía:



Anita había cumplido su palabra, porque no sólo visitó todos los días las obras de construcción de la fábrica,

que dirigió el ingeniero, sino que tomó tal afición y cariño á la nueva industria, que permanecía horas enteras presenciando las operaciones, el almacenaje y el envío de los productos. Continuó Marcelo, al parecer, tan áspero, tan filósofo y tan enemigo de aquella mujer y de todas las mujeres, como lo exigía la conveniencia del caso; y en cambio, se mostró Anita desde entonces tan complaciente, tan decidora y tan afable con su marido, que éste decía á menudo á su consocio:

—Ha realizado usted en mi casa un verdadero milagro. Mi mujer está regenerada. Solo á un hombre de su ingenio se le podía ocurrir la manera de curar el perpetuo aburrimiento de Anita, y la de hacerme ganar dinero al mismo tiempo, cuando yo hubiera dado la mitad de mi fortuna por verla contenta.

—No se fíe usted de las mujeres, amigo Perlora—le contestaba Marcelo,—su genio es más variable que el tiempo; y conste que ya le he repetido á usted muchas veces que la mujer no es otra cosa que un complemento orgánico nuestro, incapaz de raciocinio.

El de Lampaya miraba con aire de compasión al ingeniero, al oírle sostener sus incorregibles sentencias; y en tanto, muy gozoso y satisfecho, escribía todas las noches, en su libro de cuentas y observaciones: «Buen tiempo fijo»

—¡Conforme, de toda conformidad!—exclamaba Anita, cada vez que acudía al libro diario para conocer la opinión de Perlora, acerca del estado de la atmósfera en que vivía: «¡Buen tiempo fijo!», ¡Conforme!; ¡y que no se nos acabe nunca!»

RICARDO BECERRO DE BENGUA.

EL FAUSTO EN LA MÚSICA

II

«MEFISTÓFELE», ÓPERA DE ARRIGO BOÏTO

HA comenzado á popularizarse en España, con trazas de disputar el favor del público á la ópera de Gounod, la del músico y poeta italiano Arrigo Boïto; y aun no faltan personas que, deslumbradas por la novedad ó acaso creyendo pasar plaza de más exigentes y profundas conocedoras del poema original, resueltamente otorga la palma al *Mefistófele*.

Vista de por fuera, la ópera de Boïto parece escrita con ánimo de penetrar en la esencia del *Fausto* y darnos un comentario musical que comprenda la totalidad del poema. La ópera, que es un cultivo muy atenuado del sistema wagneriano en caldos italianos, se divide en dos partes, con un prólogo en el cielo y un epílogo. Los amores de Fausto y Margarita quedan rebajados á su categoría de episodio; la noche *romántica* de Walpürgis está desenvuelta ampliamente bajo las proporciones de un acto entero; otro completo hay dedicado á la noche *clásica* de

Walpürgis, desmayado compendio de la maravillosa fantasía así denominada (la cual comienza en los campos de Farsalia con la siniestra descripción de Ericto y termina con los encantos de la fiesta marina en el mar Egeo), y del impecable *intermedio* de Elena, esculpido por un cincel ático en mármol de Páros. Somos espectadores del remozamiento de Fausto y de su muerte. El único procedimiento discreto que se conoce para habérselas con obras de semejante magnitud, que estriba en concretarse á las escenas capitales, realmente *significativas*, lo ha seguido Boïto. ¿Pero logró ponernos en comunicación con el alma del héroe, ó no ha pasado, acaso, de la corteza y apariencia de las cosas?

Boïto ha pretendido que el protagonista de su ópera fuera Mefistófeles. Vano empeño; Mefistófeles no es un carácter musical. Es un diablo escéptico, burlón, irónico, que ha leído á Voltaire, y, á ratos perdidos, en la biblioteca de Fausto, algunas páginas de la *Ethica* de Spinoza. Ninguna pasión satánina bulle en su pecho: ni el orgullo, ni la ambición, por ejemplo. Le falta la desolada poesía de la desesperación incurable, la nostalgia del cielo, la tristeza del bien ajeno. ¡Cuán diferente del Satán de Milton! «¿Es esta la región, estos el país y morada que hemos de trocar por el cielo, y esta tétrica obscuridad por la luz celeste?... Recibe, profundísimo Averno, recibe á tu nuevo señor, cuyo espíritu jamás ha de cambiar, ni por el transcurso del tiempo, ni por la variedad de lugares. El espíritu transforma, dentro de sí mismo, el cielo en infierno y el infierno en cielo. ¿Qué le hace el lugar de mi residencia, siendo, como soy, el mismo que antes era, aunque inferior á Aquél que es dueño del poder del trueno? Aquí, por lo menos, seremos libres, pues no hizo el Omnipotente este lugar para envidiárnoslo, ni querrá ex-

pulsarnos de él; aquí reinaremos, y es mi ambición reinar, aun cuando sea sobre el infierno; prefiero reinar aquí á servir en el cielo... ¡Príncipes, potestades, guerreros, esplendor del cielo que un día fué vuestro y que habéis perdido!... ¡despertad, levantáos ó permaneced para siempre envilecidos!» (1). Ni aun siquiera tiene el Mefistófeles de Goethe la desmedrada tristeza que el aislamiento infunde en el alma del Mephistophilis de Marlowe, y que á la pregunta de Fausto de por qué tienta á los hombres, le inspira la contestación: «*Solamen miseris socios habuisse doloris!*» Mefistófeles, «porción de esa fuerza que quiere siempre el mal y hace siempre el bien... Espíritu que siempre niega y con razón» (2), es todo un pobre diablo, mal educado, cínico en su lenguaje, grosero en sus modales, viejo, feo y grotesco con su pata de caballo, tertuliano de brujas y monas, desnudo de empaque y prosopopeya personal, hasta el extremo de que sus conjuros son «gestos de tambor mayor.» Su carácter, puramente *intelectual* (como que representa la contraposición, contradicción y negación de lo ideal, no de una manera absoluta, que entonces sería grandioso, sino relativa), únicamente puede suministrar á la música elementos puramente externos, pintorescos y decorativos. El error de Boïto es esencial, y por más que le pese, Fausto es el protagonista efectivo de su obra, aunque esté intencionalmente rebajada su importancia.

La ópera comienza como el poema: en el cielo. La escena inicial del libro de Job se repite cerca de cuatro mil años después. Mefistófeles, como Satán entonces, recibe permiso para tentar á Fausto; ambos casos procurarán

(1) John Milton: *El paraíso perdido*, lib. I.

(2) Goethe, *Faust*, primera parte.

la mayor gloria de Dios y confusión del Enemigo (1). Arrigo Boïto, valiéndose de reminiscencias de la última escena del *Fausto*, ha combinado un cielo que no es del prólogo de Goethe, cuyas indicaciones son, sencillamente, las siguientes: «El Señor, las falanges celestiales, después, Mefistófeles.» Recordemos el himno inmortal de los arcángeles, cuyas estrofas son otros tantos brillantes engarzados en la portada de la obra:

RAFAEL

Une su añejo ritmo á la armonía
De la celeste esfera el sol sereno,
Y exacto sigue la prescrita vía
Con los potentes ímpetus del trueno.
Al angel da vigor su llamarada,
Aunque no pueda penetrar en ella:
Como al salir sonriente de la nada
Aún es la obra de Dios, sublime y bella.

GABRIEL

Y la tierra, esplendente de hermosura,
Con rapidez inconcebible gira;
Y la luz del Edén pronto en oscura
Noche trocada, apágase y expira.
Y en su lecho de rocas espumante
Revuelve el hondo mar sus aguas locas,
Y en el eterno círculo incesante
Rodando van al par aguas y rocas.

MIGUEL

Del mar, la tempestad corre á la tierra,
Y de la tierra al mar vuelve rugiendo;

(1) Véanse los versículos 7, 8, 9, 10, 11 y 12 del libro de Job, cap. 1.º

Y en su órbita fatal al mundo encierra
 Con fiero afán y encadenado estruendo.
 Luto y desolación aterradora
 Nuncian al rayo en predicción sombría;
 Mas tu fiel mensajero ¡oh Dios! adora
 La dulce marcha de tu hermoso día.

LOS TRES ARCÁNGELES

Al angel vigor da tu llamarada,
 Aunque no puede penetrar en ella;
 Como al salir sonriente de la Nada,
 Aún es tu obra, Señor, sublime y bella (1).

El cielo de Boïto es más aparatoso. Ocultos por la nebulosa están las falanges celestes, los querubines, los penitentes, un coro místico, los siete truenos, las siete trompetas del Apocalipsis. Después de una nota tenida de llamada, herida *fortissimo*, comienza á dejarse oír en el metal el *leit-motiv* ó tema de la glorificación, combinado en el de la salutación, iniciado *pianissimo* en forma arpegiada. Los dos temas se suceden repetidas veces, pasando de un tono á otro, sufriendo alteraciones de forma, alternando las dilataciones y contracciones de sonoridad, mudando de timbres con tal arte, que este prelude nos sugiere la idea de una melodía que resuena en las alturas y en los abismos, imagen de un poder que lo llena todo. El coro entona el *Ave Signor* y se escucha el tema grandioso de la redención, propuesto *piano*, el cual, al llegar á su fastigio, tremola *fuerte* un momento y se apaga para ser recogido de nuevo y arrebatado, merced á un *crescendo* rigurosamente gradual, cuya intensidad aumentan los acordes del acompañamiento, tratados por

(1) *Fausto*, primera parte, traducida en verso castellano por D. Teodoro Llorente.

disminución, á las alturas de la orquesta, donde se cierne como una desgarradura de nubes inundadas de luz, en un trémolo brillante atacado *fortissimo* y enriquecido con escalas ascendentes, graves y agudas; después languidece y se disuelve en acordes tenidos. El motivo de la glorificación, lanzado á vuelo por las siete trompetas, remata este primer número del prólogo.

A la solemnidad y pompa de esta composición sucede el ritmo juguetón y ligero del *scherzo* instrumental. Una nota aguda contesta á tres acordes que proponen el nuevo ritmo. La melodía, siempre *staccato*, acompañada por notas sueltas que imitan su movimiento y con ella constituyen endeble y frágil armonía, dibuja el culebreo de un vuelo rápido semejante al del mucíelago y aparece Mefistófeles en la sombra. Viene á solicitar permiso para tentar á Fausto y comienza por exclamar el *Ave Signor* de rúbrica. Mefistófeles une su voz á la de los instrumentos del *scherzo*, cuyo trío, algo más movido, consiste en una frase acentuada y decidida, la cual después se rompe y desgrana en notas que, á la deshilada, imitan la melodía, repetida, por conclusión, más despacio aún, bajo su doble forma, en un *fortissimo* y un *piano* de la orquesta. Mefistófeles habla con el Señor, velado por las nubes; alcanza la permisión deseada y exclama contento y arrogante: «*Sovrá il Ré del ciel, avro vittoria*». Entonces comienza el maravilloso *scherzo* vocal; legiones de angelitos entonan cánticos detrás de los tupidos vapores de la nebulosa; la velocísima y monótona melodía, apoyada en un acompañamiento grave á dos tiempos, pero realmente de ritmo ternario, produce, mediante la aumentación y disminución graduales de la intensidad del sonido, el efecto de la ráuda aproximación y alejamiento ráudo de las angélicas falanges. Mefistófeles, so-

litario y envidioso, pondera su bando precito. El *scherzo* prosigue ascendiendo y descendiendo con vertiginosas vueltas como de pájaros acosados, interrumpido por un canto más tierno, religioso y pausado... y desde el remoto horizonte acuden, nuevamente, los angeles, y se retiran batiendo las alas y cantando aleluya.

La salmodia final iníciala el órgano que acompaña el tema de la salutación, cantado por el coro. Repítese una de las frases del *scherzo* vocal, que provoca la idea de juegos y revuelos de espíritus alados, orquestada con delicadeza insuperable. El tema de la salve reaparece en el órgano y pasa á la orquesta, donde resuena vigoroso, y tras una progresión de acordes en *crescendo*, acompañado por los arpeggios de la cuerda y suavemente propuesto, surge de la orquesta el motivo de la redención, repetido como en el preludio, y se engarza, asimismo, en el de la glorificación encomendado á un *tutti* formidable. El efecto de este *crescendo*—á contar desde la repetición del tema y desde la substitución del acompañamiento arpegiado por el de acordes—es, realmente, arrebatador. Parece como que aquellas nubes van á rasgarse y descubrir el Trono del Señor iluminado por el Iris de esmeralda, lanzando relámpagos, voces y truenos, las siete lámparas ardiendo delante y el mar transparente, semejante al cristal, tal y como se aparecieron al vidente de Pátmos.

El primer acto se titula «*La Domenica di Pascua*». La escena representa las afueras de Francfort sobre el Mein. Es cuadro analógo al de la Kermesse de Gounod. Bandean las campanas y suenan los clarines de vez en cuando. La bulla es ensordecedora, meridional; los sedudos alemanes se portan como si fuesen napolitanos. La música, animada, alegre y vulgar, marca fiesta con sus

ritmos de baile. Fausto y Wagner andan de paseo. Una suave melodía expresa la sensación agradable que los hálitos de la primavera producen en el cansado doctor. Se acerca á contemplar los transportes de la alegría popular, á pesar del disgusto de Wagner, su fámulo pedante y pretencioso. Las danzas cesan al caer de la tarde, y en la música se refleja la melancolía del anochecer. Es la hora de los espectros; la orquesta preludia algunos compases del *scherzo* instrumental. Mefistófeles, no en forma de perro de lanas, como en el *Fausto* de Goethe, sino disfrazado de fraile franciscano, como en el *Fausto* de Marlowe, aparece en mitad del campo; la orquesta, después de unos acordes religiosos, serpea con escalas cromáticas ascendentes. Fausto y Wagner observan al fraile, dudando si es un ser real ó fantástico. Los ecos traen los últimos acentos del pueblo que se aleja cantando. Todo este cuadro está muy bien compuesto. La tranquilidad de la noche inunda el pecho de Fausto. El *larghetto* «*Dai campi, dai prati*», poco original y de corte muy italiano, desprovisto de esa intensidad de emoción que la grandeza del héroe exige, es, en suma, muy agradable, sobre todo á los oídos que buscan siempre melodías fáciles y francas. Fausto se retira á su «laboratorio», seguido de Mefistófeles, que, por el conjuro hecho con el signo de Salomón, recobra su verdadera forma, y principia la escena del pacto. El mérito principal de esta larga escena depende de los primores de la instrumentación y de la rareza de ciertos ritmos, que no de las melodías y cadencias, ajenas de novedad las primeras y de elegancia las segundas. La mejor parte de Mefistófeles es la que repite ó directamente imita al *scherzo* instrumental. Arrigo Boito ha pretendido conservarle su carácter familiar y llano; lo ha conseguido, pero hacién-

dolo completamente insignificante: Mefistófeles resulta un demonio *bailable* en demasía. Cuando entona su *allegretto* «*Fin dasta notte*» parece que principia, no la estu-penda «historia del doctor Faust, famoso mágico y maestro en el arte tenebroso» (1), sino un carnaval de ópera; acaso es preferible la solemnidad eclesiástica del Mefistófeles de Gounod. *El moderato cantabile* de Fausto «*Situ mi doni un ora di riposo*» es bastante inspirado y se ajusta al carácter del héroe.

Acto segundo.—*Il Giardino*.—*La notte del sabba*.— En un jardín de «rústica apariencia» se pasean, dos á dos, Margarita y Fausto, Mefistófele y Marta, al són de la orquesta que preludia *piano* y *legatissimo* una melodía suave á la que presta encanto peregrino cierta melosa languidez. Esta melodía se encadena con otra juguetona, muy *picada*, para que el contraste entre ambas sea aún más señalado. El canto de Margarita «*Cavaliero illustre é saggio*» revela la mezcla de ingenuidad y coquetería que inspira sus palabras. Luego escuchamos los gango-sos arrullos de la «infame tercera» y las guasonas galan-terías con que Mefistófeles la emboba, valiéndose de la melodía del mismo corte, estructura y disposición que la del *scherzo* instrumental, y repiten Margarita su frase y Marta y el diablo las suyas. Entonces, con movimiento más pausado torna el primer motivo del preludeo de este cuarteto, deliciosamente adornado á trozos, con varian-tes y diseños de detalle, como quien redondea un perfil, afina un rasgo ó dibuja un arabesco. Margarita dialoga con Fausto: «*Dimmi se credi Enrico, nella religione...*» «*D'altro parliam,*» contesta Fausto; «*darei perché amo, fanciulla, sangue é vita*».—«*Non basta. Creder bisog-*

(1) Rótulo de la leyenda original alemana ó *Faustbuch*.

na»; estas frases se cruzan como caricias. «*Chi oserebbe affermare tal detto: credo in Dio!*» exclama Fausto. La nota única aguda y repetida en *crescendo*, bien emitida, puede producir—y produce—la sombra engañosa de una emoción que animase á esas palabras; pero el diseño de la melodía que corre á cargo del acompañamiento, la destruye, y no descubro cuál es la causa de que la profesión de fe de Fausto (llamémosla así) esté encomendada á la frase juguetona del preludio, pues no puedo suponer que se pretenda señalar una oposición entre lo sentido y lo expresado, como en la inmortal serenata de *Don Juan*. El amor, momentáneamente preterido por la inquisición religiosa de Margarita, vuelve á imperar exclusivo: las palabras de los enamorados «*Natura! Amor! Misterio! Vita! Dio!*—hueca y macarrónica exclamación—pretenden revelar un éxtasis amoroso que tampoco aparece en la música, más propia para decir ternezas al oído que no para romper en gritos de una pasión que parece caer en voluptuoso espasmo al repetirse el primer motivo del preludio. Fausto entrega á Margarita un narcótico del que ha de valerse para adormecer á su madre, cuya vigilancia estorba las íntimas entrevistas de los amantes. Nuevas sensaciones agitan á Margarita: «*sento un aura arcana é cara che mi penetra nell core,*» y el cuarteto termina con esta anhelosa melodía, desarticulada en fragmentos que se contestan unos á otros como un martilleo, á manera de *stretta* brillante, pero vulgar.

El cuadro segundo está consagrado á la noche romántica de Walpürgis. Las cumbres del Brocken dibujan sus crestas en los lejos del áspero valle del Schirck, dominado á la izquierda por el agudo pico del Rosstrappe. Un resplandor lunar rojizo, desde el cielo gris, ilumina la escena desierta; luego aparecen Fausto y Mefistófeles.

Tremola *pianissimo* la orquesta, y sobre el trémolo, como sobre la superficie de un lago, pasan los quejidos del viento, directamente imitados de los de la tempestad de *Rigoletto*, pero desarrollados en progresión ascendente y sonando *forte* en el fastigio de la progresión. Reaparece, *pianissimo*, el ritmo del *scherzo* instrumental; dibújase una melodía formada por leves *grupettos*, de tres notas; la incipiente melodía muge, silva, vuela, serpea, enróscase en las vibraciones de notas repetidas, deslízase por entre los anillos de escalas cromáticas descendentes: son los juegos fatuos que van y vienen á impulsos del viento caprichoso. «*Su! cammina, cammina...*» grita de vez en cuando Mefistófeles alentando á Fausto. La melodía concluye por fijarse y definirse, perdiendo su originalidad; el lindo *andantino con moto* «*folletto, folletto, veloce, legier,*» se parece á otros muchos. Desátase el viento; chocan entre sí las ramas de los pinos; de las encañadas, de los valles, de las simas, álzase confuso vocerío. «*Ascolta, ascolta,*» exclama Mefistófeles lleno de alegría.

Y de los cuatro puntos del horizonte, con vertiginoso ritmo de galope, acude la canalla sabática y se extiende por la escena en giratorio torbellino. Bailan las brujas y comienzan la zambra y el regodeo del aquelarre. Mefistófeles, centro de aquella demagogia del pecado, sube á personaje de campanillas, y de pobre diablo, engolosinado por el alma de un sabio, á príncipe de las gentes. En el lejano y nebuloso cielo se pinta la pálida imagen de Margarita con grillos en los pies; uno de los motivos de la escena en el jardín, deja oír melancólicamente sus notas; por desimpresionar á Fausto y lucir su erudición clásica, le dice Mefistófeles que está siendo juguete de una ilusión que crea la cabeza de Medusa. Y la fiesta, un

instante interrumpida, continúa, concluyendo el acto con un *galop* infernal é himno al sábado, sumamente estrepitosos, y nada más. Es decir, que en este cuadro, lo verdaderamente bueno es la primera parte, ya que el compositor consiguió, amenudo, trasladar á la música la impresión que leídas causan las portentosas descripciones de Goethe, por más que se encariñó, principalmente, del aspecto humano del aquellarre, y prescindió de los elementos emocionales que podía suministrarle la naturaleza animada é inanimada. ¡Cuán de otra manera hubiese procedido el genio alemán resuelto á desarrollar esta escena, y cómo nos hubieran puesto en comunicación con el alma de las cosas un Beethoven, un Mendelssohn, un Weber.

Acto tercero.—*Morte di Margherita*.—La escena representa la cárcel; es de noche. Los cansados fulgores de una lámpara apenas alumbran el montón de paja que sirve de cama á Margarita. El preludio es corto; notas y acordes monótonos, acompañados por escalas cromáticas que gimen y se lamentan. Margarita, loca, canturrea una canción, cuya letra es traducción libre de la del original. La melodía «*L'altra notte in fondo al mare*» es triste; expresa bien el estado de la imaginación perturbada por fúnebres recuerdos; lástima grande que con pretexto del «*vola, vola,*» concluya con una cadencia, á *piacere*, de gorjeos, trinos y escalitas, según el ritual de las locas de ópera italiana. Entran Fausto y Mefistófeles, y hablan friamente; ningún linaje de espanto ni de compasión se apoderan del alma de Fausto. Diez ú once paletadas de mortero musical ligan á los dos amantes. Margarita tiene un hermoso rasgo de pasión: «¡*Cielo! jah! ¡parla ancora!*» Por un procedimiento imitado de Gounod, resurgen las radiantes visiones de amor; el

motivo elegido es el que cantó Margarita en el jardín, después de coger el frasco de narcótico.

Cuenta cómo murió envenenada su madre, cómo ahogó á su hijo, y recomienda á Fausto que cuide de la tumba que ha de servir para ella misma y de la que servirá para su madre; esta entrecortada melodía tiene acentos de mucha ternura. El *adagio* «*Lontano, lontano, lontano,*» con sus acordes harmónicos tenidos, con la vehemente irrupción de sentimiento que viene á agitar el noble y tranquilo diseño de la melodía, expresa admirablemente el anhelo de lo desconocido, la impaciencia por alcanzarlo y la confianza en lo porvenir que, momentáneamente, dora la imaginación de los amantes. La porfía de Fausto, la negativa de Margarita á seguirle, la intervención de Mefistófeles, todos estos dramáticos incidentes se suceden, sin música digna de ellos; pero la inspiración vuelve en la melodía «*Spunta la aurora pálida, l'ultimo digia viene,*» expresión admirable de ternura y tristeza, sacudida por el escalofrío de la muerte. La pecadora pide perdón á Dios, y su alma atribulada se inunda de los consuelos que no faltan y de las esperanzas que no engañan, traídas á sus labios, que las pasiones terrenales marchitaron, por el motivo glorioso de la redención.

Acto cuarto.—*La notte del sabba clasico*.—Si Arrigo Boïto, desde la cárcel de Margarita nos hubiera llevado al laboratorio de Fausto, sin hacernos atravesar las aguas del Penseios, hubiese impedido que sobre su obra cayese la mácula que más la afea. Porque tomar en boca la noche clásica de Walpürgis y los amores con Elena, episodio complicadísimo, y á pesar de todo, armonioso y esplendente; evocar el recuerdo de unas escenas que preparan y efectúan las bodas del clasicismo y del romanticismo, de la Edad pagana y de la Edad cris-

tiana, progenitores de la poesía moderna, simbolizada en Euphorion; de unas escenas que nos muestran á *Homunculus*, creación de la alquimia medio-eval, disertando con Thales y Anaxágoras y acabando por sumergirse en el Océano, á caballo sobre la cola de delfín de Proteo, para, de esta suerte, realizar la fusión de los elementos, del fuego con el agua; á Mefistófeles regañando con los grifos, galanteando á las esfinges, escuchando, con mal templado oído, el canto de las sirenas, retozando con las lámias y revistiéndose de la forma horrenda, á la par que grotesca, de las Phorkyadas, insinuación de la añeja y panteística consanguinidad que une á todas las personificaciones de lo malo y de lo feo; á Fausto galopando en ancas del centauro Quirón y conduciendo y guiando, luego, los guerreros hijos de la noche cinmeriana á la conquista de la hermosura clásica, trasunto poético de las expediciones de aragoneses, catalanes y nabarros á Grecia; elegir esta interpretación y penetración profundas de mitos religiosos y doctrinas filosóficas, esta simbólica alejandrina, este coro deslumbrador de alegorías esculpidas y cinceladas en mármoles níveos y bronce centellantes por mano de impecable musa, y apelmazarlos, como quien ataca la carga de una escopeta, en un acto raquíptico, estrecho, desprovisto de imaginación y grandeza; apoderarse del velo tejido por el poeta excelso que en las delicadas mallas conserva perfumes de la tierra, estelas de los mares y resplandores de los astros, y en seguida desfigurarle con los brochazos de la más rancia pintura italiana, es atrevimiento, es irreverencia que no han de alcanzar disculpa, aunque se impetre poniendo por delante algunos pocos inspirados compases del *andante amoroso* «*Forma ideal purissima*», y el sonoro concertante final «*¡Amore! misterio celeste, pro-*

fondo,» compuesto y trabajado según las recetas que un buen alumno del Conservatorio conoce al dedillo y observa fiel.

Epílogo.—*La morte di Faust.*—El doctor, viejo ya, recluso en su laboratorio, medita, como quien cayó casi exánime en el punto más saliente del promontorio de la vida: el mar de la muerte por todas partes le circunda y le salpican sus olas. Mefistófeles espera el desenlace, recompensa de su domesticidad afanosa. La orquesta lanza extrañas sonoridades en un corto preludio, cuyas incoherencias pretenden comunicar la impresión de lo misterioso. El oído, espoleado por esta vaguedad é indecisión nebulosas, solicita una melodía. Iníciase ésta, triste y dulce; la idea del morir toma cuerpo en un patético *crescendo*: «*La morte é vicina, cammina, cammina, superbo pensiero.*» Enciéndese la pura aspiración á lo bueno como una luz entre las tinieblas, y el hombre que en las delicias y placeres constantemente renovados nunca sintió la plenitud de la dicha, ni, por tanto, impulsos de decirle al instante ó momento: «*¡detente, eres tan hermoso!*» aplaca y sacia su actividad infinita con la idea del bien moral. Ya puede llegar la muerte, que entonces se avallora el trabajo de morir. Y Fausto la contempla cara á cara, y la recibe y saluda con melancólica, pero serena melodía. Mefistófeles está vencido. Alegre música, como de llamada, celebra su derrota; de los cielos bajan los ecos vibrantes de las trompetas que entonan el tema de la glorificación; la misma frase que sirvió á Mefistófeles en el primer acto para convidar á Fausto con los goces del mundo, sirve ahora para que lo atraiga Margarita á los goces del cielo. El motivo de la redención se inicia interrumpido un instante por los cantos que celebraron los amores de Elena, y prosigue luego majestuoso, cre-

ciendo, desbordándose, rompiendo los diques, cubriéndolo todo con su expresión de apoteosis, hasta que, por última vez, estalla la trompetería angélica glorificando al Señor.

La muerte de Fausto es una página que siempre admiraremos, sobre todo los que se la oímos á Gayarre, que supo descubrir sus más recónditas bellezas, y acaso adornarla con otras que de por sí nunca tuvo.

Para ser de puro corte italiano á la melodía no le sobran sino algunas disonancias; pero aunque la forma externa está ya muy lacia por el manoseo, la idea que la anima es muy bella. Pero quien muere en el teatro no es el Fausto de Goethe, activo hasta lanzar el último suspiro, sino el Fausto de Boïto, por cuya mente parece como que revolotea la imagen que de la muerte nos pintó Espronceda en *El Diablo Mundo*:

«Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo,
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.»

La melodía *Giuto sul passo estremo* me recuerda siempre los anteriores versos. Y esto, aunque es muy bello, es inexacto y constituye otra adulteración del pensamiento de Goethe.

ARTURO CAMPIÓN.

EL COCME

NOVELA CORTA.

I.

¡POBRE Mercedes!
Espigadilla y vivaracha cuando yo la conocí en Cádiz—me decía su antiguo novio Agustín de Viana contándome esta historia—no te diré que fuera una belleza, pero era una mujer muy agradable, y tenía, aparte de sus naturales gracias, la gracia de los diez y ocho años.

Que cómo fué para conocernos en Cádiz, dirás tú, siendo ella de Aragón y yo de Zamora; pues ahí verás: parece cosa del demonio.

Fuí yo á Cádiz acompañando á mi hermana Leonor que quiso ir á esperar á su marido, teniente coronel de ingenieros que volvía de Puerto Rico después de cinco años de ausencia. Llegó mi cuñado endeble y decaído con el mareo y todas las molestias del viaje, que aun en los vapores buenos no son escasas, y como, á pesar de hallarnos en el rigor del invierno, reinaba allí un tiempo verdaderamente primaveral, nos decidimos á quedarnos una temporada.

Y allí había ido ella también, con su padre y su hermano, en busca de clima templado para éste último, que estaba medio tísico ya, y que murió al año siguiente, sólo cuatro después que su madre la señora condesa del Espino.

La primera tarde que la ví en paseo me llamó la atención, porque tenía cierta palidez aristocrática, y alguna otra cosa que no acertaría yo á describir, pero, en fin, algo que la denunciaba como no andaluza.

Quise saber quién era, mas no pude, porque no tuve á quien preguntar: no conocía á nadie.

Por la noche la ví en el teatro, y... lo mismo. Digo, lo mismo no, porque yo tenía mucha más curiosidad de saber quién era que por la tarde. Había advertido ella que yo la miraba, y me miraba también con curiosidad, sin duda parecida á la mía.

Para la tarde siguiente ya había hecho yo conocimiento con un capitán de Estado Mayor amigo de mi cuñado, que había estado á verle en la fonda. Entrar el capitán en el paseo, notar yo que había saludado á Mercedes y correr á pararle todo fué uno.

—¿Quién es esa joven delgadita que acaba usted de saludar?—le pregunté.

—Mercedes Medina—me contestó;—una señorita de Aragón que ha venido aquí á pasar el invierno con su padre, que es ese señor que la acompaña, y con un hermano enfermo. ¿Le gusta á usted?

—Pchs... No me parece mal.

—Es guapilla, pero creo que debe de tener poco fuste. Ya verá usted, si la mira usted un poco, si conoce que tiene usted interés por ella, en seguida preguntará si es usted rico y cuánto tiene. A mí me llamó la atención también cuando vino, y en cuanto me hice presentar á ella, la faltó tiempo para preguntar si era rico, y se lo pre-

guntó á la misma persona que me había presentado; con lo cual excuso decir á usted que no me he vuelto á acordar de ella. Y lo mismo ha hecho ya después con otros varios: en cuanto cree que uno tiene intenciones de obsequiarla, ya está preguntando, no por sus cualidades morales, sino por sus riquezas. Se conoce que la niña está ya pensando en ser condesa, porque su hermano, que actualmente es el conde del Espino, se está muriendo, y quiere llevar el título con lujo... Ella misma ha dicho que no se resigna á no andar en coche...

—¿Cres tú que estas noticias del capitán—continuaba diciéndome Agustín—me retrajeron ni me entibiaron en lo más mínimo? Al contrario; me metieron más en deseo de hablar á Mercedes y tratarla. Me figuré que el capitán hablaba así por despecho, porque ella no le habría querido hacer caso: se apoderó de mí una mezcla de curiosidad, de amor y de orgullo que del todo me quitaba el sosiego; y á los ocho días, en la tertulia del gobernador militar, me presentaban á ella y á su padre. Desde entonces comencé á acompañarla todas las tardes en el paseo y á subir á saludarla al palco en el teatro todas las noches. El buque de mi vanidad marchaba viento en popa. Puedes figurarte lo hueco que iría yo al lado de aquella mujer, que había desdeñado...—para mí era esto ya como artículo de fé—que había desdeñado á todos los que antes de llegar yo se habían dirigido á ella.

Y además era muy agradable en su trato, y hasta tenía un aire de sinceridad, que, por lo que he visto después, no era más que aire. También he sabido después, que preguntó de mí, como de los demás, si era rico; pero la persona á quien preguntó, otro amigo de mi cuñado, la dijo que sí, que era hijo de un riquísimo propietario de Zamora, y á esto debí mi provisional triunfo.

Tan loco iba estando por ella que, cuando mis hermanos trataron de abandonar á Cádiz, repuesto ya mi cuñado completamente, conociendo mi hermana cuánto me contrariaba la partida, me dijo, como por decir algo, seguramente sin ánimo de que aceptara: «Si tú te quieres quedar...», y en el acto la cogí por la palabra y dije: «Si te parece... me quedo... Ya no os hago falta; me quedo unos días...»

Y me quedé efectivamente, y, una semana tras de otra, pasé allí un par de meses que me parecieron un soplo.

La satisfacción de ser públicamente correspondido por Mercedes, delante de aquella sociedad gaditana que la había visto tan desdeñosa con todos los que antes de mí se la habían acercado solicitando su amor, era tan completa y llenaba tanto mis aspiraciones, que no traté por entonces de profundizar en su corazón, ni creo que llegué á hablarla nunca del matrimonio. ¿Qué prisa tenía? ¡Era tan feliz con que ella, en su manera de tratarme, diera á entender claramente que me quería, que me prefería á todos sus anteriores pretendientes!...

II

Al principio de la Cuaresma, que era á la vez el principio del mes de Marzo, se me despidieron una noche su padre y ella para Madrid, y naturalmente yo me vine también á Madrid en el mismo tren que ellos. Al despe-

dirnos en la estación de Atocha, el padre me ofreció su casa en la calle de la Flor Alta, número 5, duplicado.

—Que le veamos á usted por allí, Viana; no nos olvide usted—añadió Mercedes con una amabilidad encantadora.

Y es claro; no fuí aquella tarde, porque me pareció demasiado pronto, pero fuí al día siguiente á ver cómo les había dejado el viaje.

Don Severo Medina, á pesar de su aspecto de brigadier, es hombre muy amable, y para mí lo fué siempre sobremanera, como que á los tres días me pagaba la visita.

Su hija no creerías lo franca y cariñosa que estuvo conmigo, al verme por primera vez en su casa: sólo te diré, que rodando la conversación, halló manera de dejar caer estas palabras: «Sí, esta mañana, á eso de las once y media, cuando salíamos de San Martín... porque todos los días solemos ir allí á misa de once...»

Al día siguiente fuí yo también á misa de once á San Martín, pues me pareció que para eso me lo había dicho: salí cuando ellos, les dí agua bendita, y los acompañé á dar una vuelta por las calles, todo lo cual quedó luego erigido en costumbre. Si vieras... ¡Me iba yo dando un tono al lado de Mercedes!...

Así las cosas, ya ves que no podían ir mejor ¿eh?... así las cosas, estuve algo enfermo unos días y no pude ir á misa. La primera tarde que salí de casa, emprendí el camino para la suya á dar cuenta de mi persona. ¡Figúrate cuál sería mi asombro al ver á Mercedes hablando desde el balcón con un militar!... ¿Sabes quién era?... Le debes de conocer... un comandante de Infantería que se llama Remigio Soria, ayudante del general Anchete.

Dudé si llegar á la casa y subir, ó volverme; pero me decidí por esto último.

Al día siguiente ya fui á misa, y al salir, lo primero que ví fué al comandante, arrimado á la botica de Porta-Coeli. Se conoce que le había dado ella misma la noticia, como á mí; pero como yo salía con ella de la iglesia y me puse inmediatamente á su lado, el comandante no se acercó.

Entablé conversación con Mercedes, y como la insinuara tímidamente mi observación de la víspera, me dijo muy formal que no hiciera caso, que era un amigo antiguo que había venido de Zaragoza, y viéndola por casualidad en el balcón, se había parado á saludarla y á darla noticias de unas amigas.

Hablaba con un acento de sinceridad, que al pronto la creí; pero después... la curiosidad me llevó hacia la calle de la Flor á la misma hora que la tarde antes, y observé lo mismo, el mismo coloquio en pleno día y en plena calle.

Me disgusté mucho, me encerré en casa y estuve quince días retraído.

A los quince días recibí la invitación para un baile en casa de los condes del Haya. Como suponía que había de ir Mercedes, mi primera intención fué no ir. Era lo que debía hacer... y estaba decidido á hacerlo. Mas por otra parte, tenía tanta curiosidad de verla... Yo lo llamo pudorosamente curiosidad, tú puedes llamarlo como gustes... Tenía tanta curiosidad de verla... estaría tan mona... Y eso que á mí ¿qué me importaba ya?... Mas el caso era que también... eso de dejar de ir sólo por ella... ¿No podía yo ir y no hacerla caso?... Pues claro, es lo mejor, me dije por último: voy y me pongo á jugar al tresillo con los señores mayores, me levanto alguna vez cuando me toque dar, observo fríamente la escena y vuelvo á sentarme. Decidido...

III

No se cumplió el programa, ya lo supondrás, no se cumplió el programa más que en la primera parte, en lo de ir: lo demás todo salió al revés.

Al entrar en el salón lo primero que ví fué á Mercedes sentada al lado de la señora de la casa; así es que el primer saludo después del de la condesa, tuvo que ser el suyo, que comenzó ella soltándome esta granizada de preguntas.

—¿Qué es de usted? ¿por dónde anda usted? ¿ha estado usted enfermo? ¿dónde se mete usted?...

Y sin darme tiempo de contestárselas, continuó diciendo:

—Supongo que seguirá usted en su grave costumbre de no bailar más que rigodones, como en Cádiz... Yo tampoco pienso bailar esta noche wals, porque estos días he estado delicada; pero algún rigodón si bailaré...

—Si usted quiere hacerme el obsequio de bailar uno conmigo...—me creí obligado á decirla.

—Con mucho gusto—me contestó.—¿Quiere usted el primero.

—Bien, el primero. muchísimas gracias—la dije. Y seguí saludando á las señoras y luego á los amigos que tenía en la sala.

Poco después el piano hizo señal de comenzar un rigodón, y me fuí á buscar á Mercedes, un tanto emocio-

nado, pero firmemente decidido á no pedirla explicaciones de nada, á no hablar una palabra de nuestro antiguo amor, á charlar sin sustancia del tiempo, de música ó de cualquier cosa; en fin, á estar con ella lo más indiferente del mundo.

¿Crees que llevé á cabo mi propósito?... No le pude llevar, porque ella misma empezó á hablarme del caso, y á acusarme de veleidoso, como todos los hombres; esto lo decía con mucha gravedad y al mismo tiempo con mucha gracia, asegurando que me alejaba de ella porque así lo creería conveniente, pues lo del comandante Soria no podía ser más una disculpa, porque no había nada ni nunca lo había habido, pero entonces menos; y añadía para dar fuerza á sus argumentos.—Ya ve usted cómo no ha venido esta noche, ni vendrá probablemente... y aunque viniera... ya vería usted...

El caso es que la fuí creyendo, que ya la había creído del todo y estaba yo en mis glorias, cuando, al terminar la penúltima figura del rigodón, me acuerdo bien... hacía yo el solo, estaba de espaldas á la puerta del salón, y en el espejo de enfrente vi al comandante que entraba sonriendo. Miré á Mercedes y me pareció que se había sonreído también.

Todo cambió en mi alma: la satisfacción se tornó en disgusto, de las flores de mis ilusiones no quedaron más que las espinas. Se acabó el rigodón, Mercedes se me colgó del brazo, la dejé donde ella me indicó que la dejara, y me fuí hacía las mesas de tresillo, jurando en mi interior no volver á acordarme de ella...

Ya supondrás que rompí el juramento; pero lo que no te habrás atrevido á suponer es que le rompí aquella misma noche... y eso que después de lo que te he dicho la ví bailar un rigodón con Soria, y tener con él conver-

sación muy tirada y reirse mucho. Pues á pesar de eso... ¿Qué quieres?... Me estuve viendo jugar al tresillo todo el resto de la noche, teniendo cuidado de no sentarme junto á la mesa en que jugaba D. Severo Medina, sino al lado de otra donde jugaban aquel Auditor de la Armada muy sordo que iba á casa de la marquesa de Villafría, Manuel Solana el secretario de la Junta consultiva de Caminos y dos magistrados del Supremo muy disputadores. Desde allí presenciaba ya á última hora el desfile de la gente. Ya se había levantado el padre de Mercedes y se había despedido. Hacía yo cuenta de marcharme el último, con la última tanda de viejos que no tenían señoras que acompañar. Pero Mercedes entró en el gabinete aquél á despedirse de su tío el marqués de Tapia, hizo después una inclinación de cabeza á los jugadores que no conocía, y al despedirse de mí me dijo, volviendo á retirar la mano después de haber hecho ademán de dármela:

—¡Ah! no: usted se vendrá con nosotros.

¿Qué había yo de hacer? Me despedí de los tresillistas y salí con ella y con su padre como un doctrino. Me cogió el brazo para bajar la escalera, me dijo que parecía que estaba serio, y como yo la indicara tímidamente el motivo, me llamó inocente y creo que tonto, me dijo que parecía un niño, que una mujer no tenía más remedio que estar amable con todo el mundo, que ya veía cómo Soria no había esperado, y en fin acabó por convencerme.

IV

La temporada que siguió á la noche del baile fué para mí una temporada feliz por entero.

No sé si el comandante Soria tendría por entonces que salir de Madrid, creo que sí; lo cierto es que no le volví á ver ni á la puerta de la iglesia de San Martín, ni por los alrededores de la casa de Mercedes.

Con lo cual, yo, que todavía no la conocía bastante, creía buenamente que ella le había despedido. A mayor abundamiento ella misma me lo indicó así á los pocos días, diciéndome:

—¿Ve usted cómo ya no nos encontramos al comandante por ningún lado?

—Es verdad—la respondí—ya he notado que no la persigue á usted como antes, ó mejor dicho, que no me persigue á mí, porque contra mí era principalmente la persecución.

—¿Y á quién cree usted que se debe el milagro?... Pues, por más que usted no me crea capaz de hacerlos...

—¿No he de creerla á usted capaz de hacer milagros?.. Por lo menos tengo que reconocer uno muy grande que ha hecho usted conmigo.

—¿Cuál? ¿cuál es?

—El de haber hecho de un hombre altivo é indomable, como era yo antes de conocer á usted, un esclavo, un pobre cautivo sin libertad, ni albedrío, ni voluntad, ni vida propia.

—¡Já, já, já! ¡Sí, valiente cautivo está usted!... como todos.

Por este estilo siguió la conversación y con estas cosas iba acabando Mercedes de volverme el juicio.

A tal punto fué llegando mi entusiasmo, que la escribí en el abanico unos versos, malos, eso sí, como casi todos los versos que se escriben en los abanicos, pero muy apasionados y que á ella la gustaron mucho. Todavía me acuerdo de esta estrofa insulsa que la hizo mucha gracia:

Es tan airoso tu talle,
Que el de la palma del valle
No es mejor.
Por tí llaman á esta calle
De la *Flor*.

Cerca de tres meses duró aquella que yo creía felicidad verdadera, aquella posesión tranquila del cariño de Mercedes, sin contradicción de nadie, porque dió la casualidad...—pero esto no lo sabía yo entonces ni acertaba á sospecharlo—porque dió la casualidad de que nadie se acordara de ella.

A últimos de Junio se marchó con su padre á Aragón, citándome para el mes de Agosto en San Sebastián.

Tardó en llegar el mes de Agosto—á lo menos á mí se me figuró que tardaba—pero al cabo llegó, y llegué yo también una tarde al obscurecer á la moderna capital de Guipuzcoa.

En cuanto pude instalarme en una fonda, que no me costó poco trabajo, y comí de prisa y corriendo, me fuí al *boulevard*, seguro de que por allí la encontraría, y la encontré en efecto.

Recibióme con un grito de júbilo.—¡Áy, Viana! Papá, mira Viana...—Paseé y estuve sentado á su lado. Cuando quisieron marcharse del paseo los acompañé hasta su casa, que el padre me ofreció muy amistoso.

A la tarde siguiente fuí á visitarlos, y ¿qué dirás que ví al llegar á la esquina de la calle?... Pues ví á Mercedes hablando desde el balcón con un hombre que estaba en el balcón de al lado. Después supe que era un marino que la hacía el amor y había alquilado exprofeso la casa contigua. Estuve un rato en observación y el coloquio seguía muy animado.

A la otra tarde volví y se estaba repitiendo la misma escena, y á la mañana siguiente dejé la ciudad aburridísimo.

¡Acabáramos! dirás tú... Pero te equivocas, porque no acabamos todavía.

V.

Pasaron tres años, en los cuales la conocí á Mercedes cuatro novios, ninguno de ellos bastante rico. La vi en el invierno siguiente acompañada del marino por la Castellana. En la primavera volvió á privar una temporada el comandante Soria, y muchas tardes la vi sentada entre su padre y él en las sillas del Prado. Al otoño siguiente y casi todo el invierno tuvo relaciones con un diputado asturiano, aquel Tamargo que estuvo en puerta para Di-

rector general de Impuestos. Sucedió á éste un abogado de Lerma, excelente muchacho, pasante de Sánchez de Embite, y á quien este dejó el bufete cuando llegó á ministro.

Después... casi me da vergüenza contártelo. ¿Querrás creer que después de todas estas veleidades, todavía fuí su novio.

La encontré una tarde en el Retiro. Yo quise hacerme el distraído y no mirarla; pero al pasar me dijo con tono cariñoso:—«Adiós, Viana;»—y después que pasó se volvió á mirarme... ¡Ejercían aquellos ojos una influencia sobre mí!...

Y el caso es que entonces llegó á ir la cosa bien: estuvo más de medio año muy formal, sin darme un disgusto.

Pero quiso mi mala estrella que viniera por ahí echándose las de millonario un manchego, de Miguelturra, un tal Damián Pérez, sobrino de Braulio Pérez el opulento comprador de bienes eclesiásticos, nada más que sobrino. El se dió por hijo, y haciéndose preceder de una gran fama de riqueza, fué presentado á Mercedes en la tertulia del general Pinto.—Figúrate—la decían á Mercedes las niñas de la casa al anunciársele—figúrate si será rico cuando á su padre le llaman *Onzas* y á él *Oncitas*.

Estos apodos y la cifra concreta de veinte mil duros en que se fijó en la tertulia la renta de Pérez, deslumbraron á Mercedes por completo, de modo que comenzó á estar sería conmigo y acabamos por romper de una.

¡Qué bien la había conocido el capitán de Estado Mayor!...

Efectivamente, creía haber encontrado el coche, y á los cinco meses se casaba con aquel zanguango.

—Que luego, á lo mejor, no sería rico—le interrumpí.

—Claro que no. Los veinte mil duros se redujeron á

diez mil reales, y eso para cuando se mueran sus padres, que son muy jóvenes todavía. Poco y entre zarzas.

—De suerte que el coche...

—Va la infeliz en el de San Francisco; y todavía no es eso lo más malo. ¡Pobre Mercedes! Por ahí la suelo encontrar sola, y me da lástima. Además de no tener coche, puede decirse que no tiene marido tampoco, porque el de Miguelturra es un perdido que no la hace caso.

ANTONIO DE VALBUENA.

EN EL ALBUM DE UNA CHILENA



Como el manto que la noche
tiende sobre el universo,
negros son, hermosa Delia,
tus abundantes cabellos.

Tus ojos, llenos de vida,
brillan con fulgor intenso,
como dos estrellas negras
en tu rostro que es un cielo.

¿Cómo niña, no cantarte
cuando en tí la imagen veo
de todo cuanto me inspira
admiración y respeto?

Negro es el dolor sublime
que eleva los pensamientos,
negro el espacio profundo
y negro el fondo del tiempo.

Cuanto sobre el alma pesa,
y la domina, lo eterno,
lo infinito, lo inmutable
y lo arcano, todo es negro.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

EL CABECILLA DESTUCHES

(CONCLUSIÓN)

REPENTINAMENTE, en la masa del gentío apiñado abriéronse hendiduras, como en muros que van á desplomarse, y ¡cosa horrible! los bueyes que estaban amontonados y que habían sido contenidos hasta allí por la densidad de la multitud, enfurecidos por el escarlata violento del incendio que les hería los ojos, se dieron á huir por esas hendiduras y las agrandaban, aplastando con las patas y los cuernos todo lo que se les oponía. Fué una matanza peor que la de los Once, los cuales continuaban imperturbablemente la suya al extremo del real de la feria, y á quienes iba á salvar esa inesperada intervención del incendio; porque no podían más... Los látigos seguían restallando, pero su chasquido era menos sonoro; se oía más sordo y mate á cada golpe asestando á aquel montón de carnes ensangrentadas que formaba lodo alrededor de ellos y con que salpicaban la cara de sus enemigos, tirándolo á puñados.

—«*Acuchilla-todo*—dijo Saint-Germain á Campion, llamándolo por su nombre de guerra,—¡basta de acuchillar por hoy!»—Y añadió alegre como unas pascuas: «Sin el incendio, nos freían, pero eso nos va á sacar del atolladero. Dentro de cinco minutos todos estarán allá.»

—«Formemos dos á dos, señores,—dijo La Varesnerie—y salgamos de esta plaza. Una vez en las calles, *chuanear*emos. Las calles de Avranches van á servirnos tanto como el bosque esta noche.»

»Y ejecutaron su maniobra de dos en dos, defendidos por aquellos látigos y aquellos garrotes que manejaban como maestros. Marchando al paso, avanzaron al través de la multitud que se desbandaba, distraída por el fuego y atropellada y fraccionada por los bueyes que corrían de un lado para otro como deshecha tempestad. Así pudieron abandonar al cabo, sin perder un solo hombre, aquella plaza donde hacía tres horas nadaban en sangre, y donde, como nos dijo Le Planquais algunos días más tarde, «¡habían batido la manteca, como se hace en el Cotentin!»

—¿Sabes, Fierdrap, que eso es tan magnífico como Fontenoy?—dijo el abate profundamente pensativo, mientras respiraba su fogosa hermana, cuya cabeza debía estar echando chispas debajo del barril morado y anaranjado.

—¡Es todavía más magnífico!—respondió el barón.—El cuadro diminuto que formaban los Once no fué roto; al revés, ellos fueron los que deshicieron el gran cuadro que los envolvía de frente, por la espalda y por ambos lados, y lo deshicieron con simples látigos por todo cañón. ¡Por todos los diablos, hombre! Eso es magnífico.

La heroína de la chuanería se identificaba tanto con

sus compañeros de armas, aun tratándose de las batallas en que no había intervenido, que dirigió una sonrisa afectuosa al antiguo hulano en señal de gratitud, y prosiguió:

«Una vez en las calles, fueron blanco de algunos disparos sueltos... Pero aún no había salido la luna, y además, aunque hubiese salido, hubiera interceptado su luz el humo rojizo del incendio que iba cubriendo la ciudad como un sombrío dosel. Las angostas calles, que entonces no tenían faroles, como hoy, estaban muy oscuras. Todo se redujo, pues, á oír silbar algunas balas que rebotaban en las esquinas de los tejados; pero sin nuevo combate, pudieron salir de los arrabales de la ciudad, que entonces había acudido en masa al fuego, y reunirse como habían convenido de antemano, bajo un puente viejo que no tenía ya más que un arco ruinoso, y que se llamaba el *Puente del Sacerdote* (á causa quizá del color negro de las piedras). Bajo ese arco solitario corría un hilillo de agua encajonado profundamente, y allí se contó nuestros hombres... Ahora, como no sabían nada de la suerte de Destuches y tenían sobre el alma el peso afrentoso de la ausencia de los amigos que faltaban al llamamiento, resolvieron volver á Avranches, y lo pusieron por obra. Después de lavar sus heridas, dejaron bajo el arco del *Puente del Sacerdote* las blusas ensangrentadas que los hubieran delatado; y como si fuesen obreros de la ciudad que acudían apresuradamente al fuego en mangas de camisa, entraron en la población, sin los sombrerones, ceñidos á la cabeza los pañuelos que acababan de mojar en el río. Cantilly fué el único que se quedó esperando á sus compañeros sobre el montón de las blusas ensangrentadas, porque la rotura del brazo le hacía sufrir cruelmente. Pero no los esperó mucho. Volvieron en seguida. Al llegar á la plaza donde se hallaba acumulada la multitud,

trabajando todavía por apagar el incendio, vieron que todo estaba perdido... La Hocson, que, asomada á la reja de la prisión, lamida por las llamas, no había dejado de devorar con la vista lo que pasaba fuera, acababa de abrir á los azules la puerta del calabozo en donde se había encerrado con el prisionero.

—«¡Mirad!—les dijo enseñándoselo cargado de cadenas y tendido en el suelo sobre las losas desnudas.—¡Ahí tenéis al bandido! Los he sentido *hurgar* en la puerta para prenderle fuego; pero ¡así hubiesen convertido en un horno esta cárcel, aquí me habría dejado asar viva con él antes que entregarlo á nadie más que al ayudante del verdugo á quien pertenece!»

«*M. Jacques* y *Vinel-Royal-Aunis* se habían empeñado, en efecto, en quemar aquella recia puerta, resistente á la acción del fuego lo mismo que al empuje de la palanca. En esa tarea estaban aún, cuando la muchedumbre, dueña del incendio, se precipitó por el pasillo y por las escaleras de la cárcel. Entonces se lanzaron resueltamente, antorcha y pistola en mano, y gracias á la llama, al humo y al desorden producido en la cárcel por la invasión de los azules que corrían como locos al calabozo de *Destuches*, lograron pasar.

»Cuando nosotras vimos á *M. Jacques*, acababa de salir de allí; sin duda el pensamiento de *Amada* le hizo adelantarse á sus demás compañeros. Doce horas después llegaban todos, á excepción de *Vinel-Aunis*, cuya suerte ignoraba *M. Jacques*. Lo creímos muerto; pero no era así. Había recibido en el vientre un tremendo bayonetazo, asestado por un azul, y tuvo fuerzas para andar más de un cuarto de legua por los bosques, conteniéndose con la mano los intestinos próximos á salirse, y en ese estado ganó la choza de un almadreño chuan... Nosotras igno-

rábamos estos pormenores, que hemos sabido después. Creíamos que había perdido la vida en la demanda, y la cosa nos parecía tan sencilla, que no se volvió á hablar del asunto. Pero no sucedía lo mismo con Destuches. ¿Qué había sido de él?... *Para volver á la carga* al otro día, según había dicho *M. Jacques*, era necesario tener noticias de Destuches, y á Touffedelys no llegaba ninguna. Como una mujer inspira menos desconfianza que un hombre, me ofrecí á ir en busca de ellas á Avranches.

»Nuestros amigos aceptaron, y allí fuí, señor de Fierdrap. Ya le he dicho á usted que yo no era novicia; muchas veces había llevado despachos á los jefes de las diversas parroquias, disfrazada de mil modos. Para confundirme mejor con las gentes de la ciudad y para prevenir toda sospecha, me disfracé de mujer del pueblo. Me vestí de trapillo con un traje de droguete; en la cabeza, que desde la guerra no conocía más polvos que aquellos con que se riza el pelo al enemigo (1), me puse esa toca de las granvillesas que parece una servilleta plegada en cuatro dobleces. Pusimos aguaderas á una de nuestras yeguas de vientre, y á más un albardón forrado de becerro con su pelo y todo; me senté encima de lado, metiendo uno de los piés calzados con zuecos en una de las aguaderas, y dejando colgar el otro por el pescuezo de mi yegua, y en esa facha tomé para Avranches á buen trote. Llevaba las aguaderas llenas de excelentes bollos de manteca envueltos en hojas de parra, para venderlos en el mercado. Tú hablabas hace poco, querido hermano, de mi calzón de terciopelo rayado y de mis botazas á la Federica—añadió con la única coquetería posible para ella: la de

(1) Hay aquí un juego, no de palabras, sino de ideas, aprovechando la doble acepción del vocablo francés *poudre*, que significa á la vez «polvos» y «pólvora»—*N. del T.*

haber llevado semejantes botas;—pero, hijo, aquel día tu hermana, la prima de los Northumberland, era pura y simplemente una mantequera de los barrios de Granville. ¡Sí! ¡Hé ahí lo que era por el momento Bárbara Petronila de Percy-Percy!»

—¡Bárbara, sin barba! (1)—dijo el abate echándose á reir;—pero digna de llevarla.

«Me ha nacido después—respondió ella, riendo asimismo;—pero demasiado tarde, cuando ya me es inútil, cuando he vuelto á encajarme, para no abandonarlas más, estas enojosas faldas, que me sientan casi tan bien como á un granadero. Entonces no tenía yo más que una puntita de bozo negro, que, con esta cara de demonios y mi servilleta doblada, me hacía presentar una catadura bastante imponente, y justificaba la frase de un chusco de Avranches, que andaba requebrando á las mozas en el mercado, y que se permitió plantarme las dos manos en mi cumplida cintura. Yo le sacudí los dedos con el mango del cuchillo de manteca, y me dijo furioso: «¡No te hagas la remilgada! No es para tanto. Después de todo, no eres tan fresca como tu manteca.»—«¡Pero soy más salada!—le respondí, poniéndome en jarras como una verdulera,—¡y si quieres la prueba, pillo, la tendrás!»

«A eso se redujeron todos los peligros que corrió en Avranches el honor de su hermana de usted, señor abate. Hice lo que se llama un buen negocio. Al tiempo que vendía mi provisión de manteca redondeé mi provisión de noticias. Recogí todos los rumores y comentarios de la ciudad, que todavía no se había repuesto de la alarma

(1) «Bárbara» y «barba» se dicen en francés de un mismo modo: *Barbe*.—*N. del T.*

causada por los Doce. No se hablaba en todos lados más que de los fingidos tratantes y del incendio de la prisión. Se decía, exagerándolo quizá, el número de las personas que habían perecido en la asonada. Se enseñaban aún charcos de sangre en el sitio de la feria... «¡Pero al menos—gritaban los cobardes—estamos libres de Destuches!» Ese cebo no volvería á atraer á los chuanes. La noche siguiente á ese terrible día, cuyos acontecimientos trastornaron á Avranches de tal manera, se sacó al prisionero secretamente de la población. Lo echaron con sus cadenas en una carreta cubierta de tablas, y escoltado por todo el batallón de los azules, marchó, sin tambor ni trompeta, para Coutances, donde debía ser juzgado y sentenciado á muerte sin duda alguna.

»Yo volví á toda prisa á Touffedelys para anunciar á nuestros amigos ese cambio de prisión de Destuches, que lo colocaba más lejos de nosotros y en condiciones de cautiverio más difíciles de vencer; porque en la guerra, toda tentativa que fracasa una vez se hace más costosa y expuesta, por el sólo hecho de haber abortado: el enemigo vive prevenido, vigila más. *M. Jacques* expresó el pensamiento de todos sus compañeros, diciendo que había que renovar la empresa. «Señores—añadió,—tómense ustedes el día de hoy para curarse las heridas. Mañana procuraremos devolvérselas al enemigo. Es menester que dentro de dos días estemos en Coutances para volver á jugar la partida perdida. Coutances es una ciudad más fuerte que Avranches, y nosotros somos menos fuertes que antes... No somos más que once...»

—«Seguirán ustedes siendo Doce—le dije.—Once es un mal número; nos torcería la suerte. Puesto que no ha vuelto el señor Vinel-Aunis, yo me ofrezco á reemplazarlo. ¡Diantre! Yo no he sido nunca la muchacha más

guapa del mundo, pero aun la más guapa no da sino lo que tiene.

«Y así es como vine á formar parte de la segunda expedición de los Doce, y como ví con mis propios ojos, que no volverán á ver nunca cosas semejantes, lo que me falta contar á usted.»

VI

UN ALTO ENTRE LAS DOS EXPEDICIONES

La señorita de Percy se detuvo de nuevo.

«El día que precedió á nuestra partida para Coutances—prosiguió—fué un gran día en Touffedelys; y, por mi parte, había de vivir cien años, y me acordaría siempre de aquella especie de velada de armas. No hay que decir que se empezó por curar á los heridos, heridos que bromeaban y se reían de sus heridas, la mejor manera de soportarlas. El más herido de todos, y el que más bromeaba, por lo mismo, era el señor de Cantilly, á quien, entre paréntesis, mi querida Santa, dió usted con tanta gentileza su pañuelo á lo María Antonieta. ¿Se acuerda usted? ¡Sí! ¿no es verdad? Le bastó decir galantemente: «Si usted quiere, señorita, que no me haga sufrir más este brazo, déme usted su pañuelo del cuello para ponérmelo de cabestrillo. Y usted, el candor personificado, sin hacerse rogar, se lo quitó del cuello, y se lo dió tibio como estaba con el calor de sus hombros. Después de los

heridos, nos ocupamos de las armas. Esas armas que teníamos á reserva ocultas en aquel castillo, simple mansión de mujeres al parecer, quedaron en estado de servir. Una veintena de manos hermosas, señor de Fierdrap, entre las cuales figuraban las que bordan á la luz de ese quinqué, se ennegrecieron fabricando cartuchos para nuestros hombres. En aquel momento veníamos á ser unas quince las mujeres que había en Touffedelys. Por más que no hubiese dado resultados la campaña de los Doce para salvar á Destuches, una vez pasada la inquietud sobre su suerte y conocido el suceso, recobramos la alegría que venía á animarnos siempre después de las catástrofes, y que es quizá la obstinación de la esperanza. Todas teníamos fe en nuestros héroes. «¿Ayer no salieron adelante? ¡Bueno! ¡pues saldrán mañana!» decíamos; y todas ustedes, que eran más mujeres que yo, volvían á sus risas y á su tono ligero de jóvenes en medio de nuestras ocupaciones guerreras.

»La misma Amada, siempre seria como una reina, pero que había visto volver á su prometido sin una herida de la primera expedición, tenía, á pesar de su reserva, expansiones reveladoras de su sentimiento que era algo más que amor, era orgullo lisonjeado. ¡Sí! El único día que ví á esa magnífica rosa cerrada, que en toda la vida ha pasado de capullo, descubrirnos algo del interior de su cáliz, fué el día que precedió á nuestra marcha hacia Coutances y al golpe que iba á sufrir.

»No tuvo ningún presentimiento de la desgracia que la esperaba... y cuando *M. Jacques*, triste aquel día más que nunca entre sus alegres compañeros, nos dijo el suyo, el presentimiento que tenía él de que moriría en esa segunda expedición...»

—¡Sí!—interrumpió Ursula de Touffedelys—nos lo

dijo á mí y á Febe de Thiboutot, que éramos sus vecinas de mesa durante la cena que tuvimos antes de la partida de ustedes. Estabamos en los postres. Todos aquellos caballeros, muy animados, hablaban del día siguiente como de un día de fiesta. Se había brindado por la salud del Rey y por la libertad del cabecilla Destuches. Sólo él, *M. Jacques*, permanecía sombrío, con el vaso lleno. Febe de Thiboutot, que no estaba en Touffedelys más que hacía poco, y que era algo locuela, le dijo con el candor de una niña: «¿Por qué está usted tan triste? ¿Es que no cree usted en el éxito de la expedición?...» Y él le respondió, mirando á Amada, como si eso lo explicase todo: «Perdón, señorita, creo ciegamente en la salvación de Destuches, pero *estoy seguro de que yo moriré.*» —«Entonces, ¿por qué va usted?», le dije. Porque después de todo lo que había hecho y de lo que contaban de él en el Maine, no había que dudar de su gran valentía. Pero yo me quedé cortada al oír el tono de su voz, y me acordaré siempre de la expresión de su cara cuando me respondió: «¡Señorita, es una razón de más!»

«Pues, como decía—continuó la señorita de Percy—de ese presentimiento de *M. Jacques*, que fué un anuncio de su destino, de ese presentimiento que entonces me hizo encogerme de hombros, y en que he pensado seriamente después, Amada no participaba, y creyó sin duda que podría arrancárselo del corazón realizando la idea que más debía embriagar á un hombre enamorado como él, y hacerle olvidar todos los azares del porvenir en el minuto presente que le brindaba con tal ventura. A partir del día en que nos dijo, con la sencillez de un amor tan resuelto y tan fiel en un alma tan púdica como la suya, que había empeñado su palabra á *M. Jacques*, todo quedó dicho y comprendido entre Amada y nosotras... Ella

tenía una reserva demasiado imponente, y nosotras sobrada confianza en la nobleza de su alma, para dirigirle jamás la menor pregunta sobre *M. Jacques*. Fuera quien fuese, tenía el honor de ser el prometido de Amada de Spens, y eso bastaba... Pero aquel día Amada quiso que fuese algo más. Quiso que fuese su marido á los ojos de todos, y que el matrimonio, imposible en aquel tiempo por no haber ya capilla en Touffedelys, ni un sacerdote en diez leguas á la redonda, se celebrase al menos, mediante promesa y juramento, delante de aquellos diez hombres, hermanos de armas, con quienes quizá iba á morir al día siguiente.

—¡Hombre, empieza á interesarme su Amada de usted!—exclamó cándidamente el barón de Fierdrap.

—¡Me alegro mucho!—dijo en són de burla el abate. —¿Prefieres todavía tu delfín, que no lo era, oh pescador lleno de sagacidad?...

»¡Ah! ¿Le interesa á usted?—dijo impetuosamente la señorita de Percy, que sacó la historia de los paréntesis de la interrupción como sacaba la aguja del bordado.— ¡No me extraña, señor de Fierdrap! Nosotros no hemos visto obrar á Amada más que una vez: fué aquella noche; y le juro que aquella noche no desmintió la raza... Aquella noche pagó toda su vida. Toda su vida después ha sido la desgracia, la viudez, la sordera, un bordado tras el cual se ocultan sus meditaciones, y una pobre violeta al pie de una tumba; pero aquella noche en que quiso desposarse públicamente con *M. Jacques* como ya lo había hecho en secreto, nos dió la medida de lo que hubiera podido ser, á no faltarle, como á tantas otras, el concurso de las circunstancias, y á no ser tan inferior á ella el círculo de esas circunstancias.

»Cumplióse su voluntad al pie de la letra, contribu-

yendo el suceso á dar más realce á ese día de entusiasmo y de alegría viril. Amada no había participado á nadie el proyecto que debía comunicar al objeto de su cariño una alegría suficiente para conllevar todas sus tristezas y para hacer brillar su frente con la irradiación de los corazones felices. ¿Había oído lo que le respondió á usted *M. Jacques*, Ursula, ó necesitaba oirlo acaso para saber lo que había en aquel triste corazón donde ella vivía?... Como quiera que fuese, el caso es que se levantó de la mesa pocos instantes después, seguida de su mejor amiga, Juana de Montevreux. Nadie notó su ausencia; hablábase de la expedición del día siguiente, y de esa partida tan deseada que debía verificarse de allí á pocas horas... cuando, al cabo de cierto tiempo, volvió con Juana de Montevreux á la sala de Touffedelys. Al presentarse en el umbral nos hizo el efecto de una aparición. No era ya la misma mujer. Iba toda de blanco y velada... Y, por la manera como se aproximó á la mesa en que nos encontrábamos, comprendimos que se preparaba algo grande.

—»Señores—dijo con una voz alterada, llena de emoción, pero no por eso menos firme,—ustedes van á partir dentro de poco. ¿Cuándo volverán y cuántos volverán?... Dios solo lo sabe. Uno de ustedes, de doce que eran, no ha vuelto de Avranches. En su próximo regreso puede faltar otro... acaso varios. Pues bien; ahora que todavía están todos ustedes aquí, deseaba rogarles que fuesen testigos de mi matrimonio con *M. Jacques*... ¿Aceptan ustedes?»

»¡Dijo esto tan bien esa Amada! Hasta tal punto se veía á la condesa Amada Isabel de Spens, al pronunciar esas palabras, que no hubiese parecido más condesa bajo el dosel feudal de su mansión...; y todos, novelescos como

héroes, se levantaron espontáneamente, y la aclamaron, por más que palidiesen varios de ellos; porque, ya se lo he dicho á usted, señor de Fierdrap, todos la amaban... con una esperanza loca, ó sin esperanza... pero todos la amaban; y su prima, la señora de Portelance, me aseguró—también creo habérselo dicho—que todos habían pedido su mano.

»Cuando acabó de hablar, miré á *M. Jacques*. Ya saben ustedes que no me agradaba; pero en aquel momento me quedé satisfecha; su fisonomía era indescriptible. ¡Dios me es testigo de que si ella le hubiese puesto en la cabeza una corona de rey, no habría parecido más orgulloso!...

»Sorprendido, más sorprendido que todos, se levantó con los demás, y se dirigió vacilante hacia ella...

—«¡Aquí tiene usted mi mano, que es suya!» le dijo, alargándosela.

»Quizá hubiera caído de alegría y de orgullo á sus pies, pero se afirmó en aquella mano.

—»Sean ustedes testigos, señores,—dijo ella, más conmovedora y majestuosa á cada palabra—de que yo, Amada Isabel de Spens, condesa de Spens, marquesa de Lathallan, aquí presente, tomo hoy por dueño y esposo á *M. Jacques*, actualmente soldado al servicio de su majestad nuestro rey. Obligada por las exigencias de estos tristes tiempos, en que ya no hay iglesias ni sacerdotes, á esperar mejores días para ratificar y consagrar el compromiso solemne que contraigo hoy, he querido, al menos, jurar delante de ustedes que son cristianos y caballeros—y cristianos en tiempos de prueba son casi sacerdotes,—jurar, con plena libertad de alma, obediencia y fidelidad á *M. Jacques*, y empeñarle mi fe y mi vida.»

»Estaban los dos en pie, el uno al lado del otro: ella

espléndida, y él como iluminado por su esplendor.

—«Y ni siquiera hay—dijo tristemente—una cruz ante la cual pueda pronunciar el juramento.»

—«¡Sí, señora!—replicó fogosamente Beaumont, que tuvo una idea de soldado.—¡Cruza tu espada con la mía!»—dijo á La Varesnerie, que estaba enfrente de él.

»Y las cruzaron; así hubo cruz.

»Y ante esas hojas desnudas, que podían teñirse de rojo de allí á algunas horas, Amada de Spens y *M. Jacques* se juraron el uno al otro lo que se habrían jurado ante el altar si todavía hubiese existido en Touffedelys. ¡Y todo eso fué tan rápido, y tan sublime en su misma rapidez, señor de Fierdrap, que al cabo de treinta años se me ha quedado grabado aquel instante de una manera tan deslumbradora como el fulgor de las dos espadas que iluminó la frente de aquellos seres desposados antes de la batalla y separados por la muerte al otro día!

—«¡Hé aquí unas hermosas bodas!»—exclamó La Bochonnière, que era el más joven de los Doce.—Pero en las bodas se baila. ¿Por qué no habíamos de bailar?

«Para aquellos espíritus, inflamables con bien poco, la idea fué como una chispa caída en un reguero de pólvora. En un santiamén desapareció la mesa, y todos estaban en su puesto dando la mano á su pareja. Si allí había corazones destrozados, las piernas no lo estaban; aquellos hombres bailaron... como se habían batido en la feria de Avranches, y no dejaron de romper brazos aún, pero fueron los míos...»

—¿Cómo?—interrumpió el barón de Fierdrap, que no comprendió al pronto, y cuya nariz pareció entonces el más hermoso punto de admiración que se ha dibujado jamás bajo la cicatriz de un sabañón.

»—¡Sí, barón!—insistió;—porque yo fuí la que les pro-

porcioné el medio de que bailaron como desatados hasta las tres de la mañana sin tomar aliento. Yo fuí el ministril de esa boda. Aunque entonces, gracias á la guerra, no tenía un volumen tan respetable como el de hoy, tampoco tenía, sin embargo, talle de bailarina, y apenas servía para otra cosa que para hacer de murguista en un rinconcito del salón de baile. Yo tocaba bastante bien el violín, como muchas mujeres en mi juventud; porque usted se acordará, barón, de que á las mujeres del siglo pasado les entró un día el capricho de tocar el violín, y hasta inventaron una manera de tocarlo que llamaban: *tocar violoncello*, y consistía en apoyar el instrumento sobre la rodilla, sosteniéndolo con la mano izquierda cuyo brazo respectivo se redondeaba, mientras la derecha pasaba el arco magistralmente, en una actitud á lo Santa Cecilia. No dejaba de ser airoso en una mujer bonita; pero ya supondrá usted que no era así como tocaba yo. Hubiera parecido una Santa Cecilia muy original. No estaba tan deseosa de lucir mi brazote, que se veía ya más de lo necesario, ni podía temer que se me estropease la barba. Cogía el violín y lo tocaba como he hecho tantas otras cosas... como un hombre. Y así lo estuve tocando en la boda de Amada por última vez en este mundo. Ahora no me acerco ya á ese violín, que, según decías tú, querido hermano, sentaba tan bien á mi cara de polichinela, y me castigué, colgándole en la pared, por haber acompañado de una manera tan loca los últimos momentos de una felicidad y amenizado tan alegremente una agonía.»

—¡Tú eres, después de todo, una excelente muchacha, colocada por Dios en el seno de un hombre valiente!— dijo el abate, conmovido, á su pesar, por su hermana...

La señorita de Percy no tenía ya su voz marcial. Las tijeras no tocaban á generala.

«Y era una agonía, en efecto,—continuó;—pero, excepto *M. Jacques*, que quizá ni pensaba en ello siquiera, ¿quién se hubiera acordado de la muerte en medio de la alegría de aquel singular baile de bodas, animado por el entusiasmo de los corazones y por las grandiosas ilusiones del valor?... Amada lo inició, según costumbre, bailando el primer rigodón con el elegido de que acababa de hacer su esposo. Deseó que aquella noche no se la llamase más que la *señora de Jacques*, y nosotras no le dimos otro nombre. Estuvo deslumbradora con aquel traje de desposada que convirtió más tarde en sudario del afortunado mortal á quien daba la mano entonces... Hacia las tres de la mañana hubo que pensar en la partida y en la expedición proyectada. Cambié de repente de compás: «¡Señores, tocan la diana!» les dije, atacando bruscamente un aire militar y realista que habíamos cantado con frecuencia.

»Todo el mundo estuvo listo en tres segundos. Yo fuí en busca del traje de chuan con que había hecho más de una expedición nocturna en diversas épocas. El único plan que teníamos entonces era marchar juntos hasta ser de día, dispersarnos después, y reunirnos, cerca de Coutances, en un punto del campo que La Varesnerie, buen conocedor del país, nos indicó, que era en casa de unos aldeanos chuanes, y, por tanto, seguros, donde podríamos ocultar las armas. Dos ó tres de nosotros, á lo sumo, deberíamos ir á la ciudad para adquirir informes sobre el prisionero y la prisión.

»Nuestro propósito era armarnos y entrar en Coutances á la caída de la noche, porque sólo de noche y por sorpresa cabía libertar á Destuches en una ciudad

tan tranquila, donde la cosa más insignificante se convertía á poco en un acontecimiento, y que contaba además para su custodia con una guarnición considerable de infantería.

VII

LA SEGUNDA EXPEDICIÓN

»Nada de particular ocurrió durante la especie de marcha forzada que hicimos desde Touffedelys hasta Coutances—continuó la vieja cronista, recobrando su aplomo, turbado un instante á medida que entraba en el relato de un hecho de guerra en que había intervenido, y en que se veía obligada á decir *nosotros* con un placer rayano casi en la sensualidad.—En aquel tiempo los caminos eran peores que hoy, y, por lo mismo, menos frecuentados; por si no bastase, el que tomamos no era el departamental, es decir, el camino real. Este lo atravesaba dos veces al día la diligencia, escoltada por gendarmes de á caballo; escolta motivada por la idea que tenían los chuanes de que la guerra paga la guerra, y de que el dinero del gobierno que querían derrumbar les pertenecía. A pesar de este principio, aquel día evitamos cuidadosamente la diligencia y sus gendarmes protectores, y tomamos el camino de travesía, que en calidad de

chuanes conocíamos muy bien por haberlo frecuentado mucho tiempo... Llegamos, pues, bastante pronto á casa de los aldeanos de La Varesnerie; y fué suerte no haber encontrado en el camino nada que nos contrariase y haber tenido las piernas bastante ágiles á pesar del baile de que salíamos, porque aquellos aldeanos, que vivían á un cuarto de legua de los arrabales de la ciudad, nos digeron á nuestra llegada que Destuches había sido condenado la noche anterior por el tribunal revolucionario de Coutances y que debía ser ejecutado al día siguiente. Es de advertir que su conducta ante el tribunal revolucionario fué lo más á propósito para exasperar el fanatismo de un odio político que no necesitaba mucho para exasperarse. Con aquel carácter incomprensible, que no desmintió nunca, desdeñó responder á las preguntas de los jueces, y se mantuvo inaccesible y rebelde á todos los interrogatorios y aun á todas las súplicas de los que parecían interesarse por su suerte, oponiéndoles un silencio, no interrumpido siquiera por un grito ni un suspiro, y una impasibilidad de salvaje... Semejantes noticias, confirmadas por los dos ó tres compañeros de expedición que habían penetrado en Coutances y que habían visto levantada ya la guillotina en el lugar de la ejecución, nos obligaban á obrar como el rayo y de no contar más que con la energía, yendo á nuestro fin en línea recta, sin tiempo para seguir los rodeos de la astucia, como en Avranches, y simplificándolo todo, como la estocada recta en el manejo de la espada, merced á la rapidez de la acción.

—«No podemos dudar en la elección de nuestro partido—dijo *M. Jacques*, y era la opinión de todos.—Esta noche, á la hora en que la ciudad empieza á entregarse al sueño, es preciso que intentemos juntos una brusca

entrada en la prisión y sacar á Destuches por la fuerza. ¡El trance será de prueba, señores! La prisión está situada en el centro de tres patios espaciosos que se envuelven unos á otros. En el primero y más exterior de los tres hay un centinela que, disparando su fusil, hará salir á todo el cuerpo de guardia instalado en la calle de al lado, y ése, á su vez, descerrajando una descarga sobre nosotros, atraerá á toda la guarnición de la ciudad. Si toman cartas en el asunto las gentes de la población, pueden tirarnos por las ventanas lo primero que encuentren á mano ó fusilarnos por las puertas entreabiertas á la vuelta de las esquinas de las calles cuya red no conocemos bien.»

—«¡Verdugo!—exclamó Desfontaines.—¡Qué programa!»—Imitaba á Vinel-Aunis, que le parecía delicioso; era un remedo suyo. — «Anoche estábamos bailando, señores,—añadió;—no sería difícil que bailásemos esta noche.»

—«Caballero, usted expone el plan del enemigo—dijo La Varesnerie á *M. Jacques*;—pero, ¿y el nuestro? ¿cuál es?

—«El nuestro—respondió *M. Jacques*—es el de las balas y obuses que entran por todas partes y lo rompen todo, mientras no se aplastan.»

—«¡Pues bien!—exclamó Justo el Bretón, cuyo sobrenombre era «el Temerario».—¡Seamos proyectiles, y entremos!»

«Yo tengo siempre aquí, en los oídos—continuó la señorita de Percy,—la voz clara de Justo el Bretón, cuando pronunció la palabra ¡entremos!, cuya idea fué realizada algunas horas después; porque entramos, y hasta salimos, que era lo más peliagudo. ¡Nunca oí sonido de clarín más alegre! Justo el Bretón se regocijaba con lo

que acababa de decir *M. Jacques*. Nosotros, los diez restantes, no nos preocupábamos, ni temblábamos; pero Justo se regocijaba. El tal Justo el Bretón era el despreciador más absoluto de toda prudencia. La idea de que no había ya que contar más que con la fuerza para salvar á Destuches, de que ya no era hora de pensar en estratagemas y precauciones, sino que estábamos al borde del foso, y no quedaba otra cosa que saltar, esa idea, formidable para los más valerosos, á él lo entusiasmaba. Muchos valientes he conocido yo en mi vida, pero ninguno de ese género de bravura. *M. Jacques*, que era un oficial intrépido con el genio de un general, el mismo Destuches, ese hombre inaudito entre los enérgicos, que quizá en toda su vida sintiese acelerarse los latidos de su corazón en su pecho de mármol, aceptaban la prudencia humana en multitud de circunstancias; Justo el Bretón ¡jamás! Lo llamaban el Temerario; con igual razón hubieran podido llamarlo: «¡Nada imposible!» ¿Quiere usted la prueba? Un día entró aquí á caballo, en la plaza del castillo, á ver á un amigo suyo que se alojaba en el Hotel del Correo; y, subiendo los cuatro pisos de esa manera, obligó á saltar por la ventana á su caballo que, al caer, se rompió tres piernas y se abrió el pecho, mientras que él quedó clavado en su sitio, con las espuelas hundidas enteramente en el vientre del animal, sin un sólo arañazo por su parte!

—Dos segundos de apariencia de hipócrifo,—exclamó el abate;—pero el hipócrifo tenía alas, con lo cual el Rogerio de Ariosto resulta de un mérito menor que tu héroe, señora hermana.

«Otra vez—prosiguió ésta, palpitando de emoción por el éxito del que el abate acababa de llamar su *héroe*,—aburrido un día de lluvia en casa de uno de sus amigos

(creo que en casa de esa gallito batallador de Fermanville), le dijo: «¡Bien podíamos batirnos para pasar el tiempo!» porque en aquella época las gentes eran así en Valognes: mataban el tiempo á estocadas. Y como Fernanville no presentase otra objeción sino la de que no había más que un solo sable, dijo Justo: «Cójelo tú y dejame á mí la vaina». Pero, como el otro, que tenía corazón, no quería aceptar ese partido, Justo el Bretón le obligó á servirse del sable, porque se abalanzó á él, y le dió un tajo con la vaina.

No me permitiré más reflexiones, Percy,—dijo el Abate, siempre amigo de hacer rabiarse,—porque me regalarías otra anécdota sobre tu favorito Justo, y Fierdrap, que se atormenta la barba de impaciencia, se estaría esperando su historia hasta sabe Dios cuándo.

«He concluído—dijo ella,—pero no era una digresión, señor hermano. Venía á cuento para mi historia el que ustedes se formasen idea de ese Justo el Bretón, amante del peligro, no como se ama á la mujer, porque siempre se la encuentra bastante bonita...

Y bastante peligrosa—dijo la lengua irónica del abate.

«Mientras que él—continuó la hermana—jamás encontraba el peligro bastante grande, como lo probó una vez más el día de la expedición, cometiendo una imprudencia que fué la causa de la muerte de *M. Jacques*, y pudo ser la de que nos asesinasen á todos dentro de los muros de Coutances.»

Dijo esto acaloradamente, como lo decía todo aquella vieja leona; pero bien se veía en el tono de su voz que no guardaba un rencor muy grande al sublime tarambana de Justo el Bretón.

«Entre once y doce de la noche—continuó—abandonamos la granja de los Mauger, esos aldeanos de La Va-

resnerie que nos dieron asilo. La abandonamos para no volver á ella; porque, si salíamos con bien, no podíamos llevar á Destuches á un sitio tan próximo á la ciudad; y, si no conseguíamos nuestro objeto, ninguno de los Doce debía volver ni allí ni á ninguna otra parte. Cada cual llevaba una buena carabina muy corta, con suficiente provisión de pólvora y balas, y un cuchillo de monte en el cinturón. El único que llevaba pistolas, en vez de carabina, era Cantilly á causa del brazo roto, que apoyaba en el pañuelo de usted, Santa. Ese marchaba con la pistola en la mano. Cuando salimos de la granja de los Mauger, una traidora luz de luna hizo decir á nuestro teniente de *truhán*, Desfontaines: «Luna por Luna, preferiría mejor que ésa para esta noche á la señorita Luna de Thiboutot.

«Aquella luna de mal agüero podía jugarnos, efectivamente, más de una mala pasada. Pero, al acercarnos á la ciudad, nos tranquilizó un poco una neblina que empezó á subir del suelo, como el humo de un fuego, de turbera en el campo. Concebimos la esperanza de que aquella niebla espesaría lo bastante siquiera para que no se pudiese distinguir nada claramente en las calles de Coutances, más estrechas que las de Avranches, y más sumidas, de consiguiente, en la sombra proyectada por las casas. Entramos en la población cuando el reloj de la catedral daba los tres cuartos para las doce, repetidos por los otros relojes de esa ciudad; que dormía como una mansión de justos, aunque era una ciudad de pícaros revolucionarios. Las calles estaban mudas; ni un gato pasaba. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros, de Destuches, de nuestro proyecto, con solo que hubiésemos encontrado una patrulla? Sabíamos de sobra lo que habría sucedido en ese caso; pero no teníamos libertad de elección;

precisaba exponerse y jugar el todo por el todo, ó no había remedio: Destuches sería guillotinado al otro día. Felizmente, no encontramos ni la sombra de una patrulla en aquella ciudad dormida como una muerta. Algún que otro farol, á grandes distancias entre sí, temblaba á merced del viento en la esquina de una calle, colgado de un largo poste negro con un brazo perpendicular, á manera de una T no concluída, tenían la facha de horcas. Todo eso era lúgubre, pero poco espantoso. Seguimos una calle, luego otra. Siempre el mismo silencio y la misma soledad. La luna que se enturbiaba más cada vez, se reflejaba un poco todavía en las vidrieras de las ventanas, tras las cuales no se veía siquiera ni el resplandor de una lamparilla mortecina. Apagábamos el ruído de nuestras pisadas al andar.

«El momento era tan solemne para nosotros, que he conservado las menores impresiones de esa entrada nocturna en Coutances y aquella serie de calles, por donde avanzábamos como sobre una trampa de que se desconfía, porque puede abrirse de repente y tragarnos; y me acuerdo perfectamente de una vieja con gorro de dormir—único sér vivo de aquella ciudad sepultada en sus casas como en otras tantas tumbas—que desde la ventana de un piso alto vaciaba á la luz de la luna una jofaina con precaución y misterio, y con tal lentitud, que las gotas del líquido que vertía ha'brían tenido tiempo de cristalizarse antes de caer al suelo, si hubiese hecho un poco más de frío. Acompañaba el acto de la advertencia caritativa: «¡Agua va! ¡agua va!» pronunciada con voz temblona, que apagaba lo posible para no despertar á nadie, revelando lo concienzuda y timorata que era. A cada gota que caía ó no caía, repetía con el mismo tono doliente su monótono «¡Agua va!»... Nos colocamos en hilera pega-

dos á la pared fronteriza, temiendo que nos viese... Pero, demasiado ocupada para eso, continuó dando suelta á su manantial eterno, sin dejar de pronunciar su «¡Agua va!»

—«No dejaría de asombrarse si le rompiésemos la jofaina con una bala al ras de la mano»—dijo Cantilly, gran tirador de pistola, que echaba á lo alto un par de guantes y lo atravesaba de un balazo antes de que volviese á caer.

«Nos reímos y pasamos adelante, olvidando á la vieja al volver la esquina de la calle y encontrarnos de manos á boca con la guillotina, que se alzaba erguida y amenazadora ante nosotros esperando su víctima... ¡Emboscada fúnebre! Era la plaza de las ejecuciones. No debía estar lejos la prisión. Bajamos como quien desciende á un abismo la calle que va de la prisión á la plaza del cadalso, y que se llama en toda la ciudad la calle de *Sube á remolque*, la que había que impedir que subiese Destuches al día siguiente. La carcel blanqueaba al extremo de esa especie de tubo sombrío en otra plaza. Nos detuvimos... el tiempo necesario para respirar.»

Contaba la narradora como quien ha vivido lo que cuenta. El abate y el barón no respiraban.

«¡Ah! ¡Era el momento—dijo,—el momento terrible en que se va á romper la vidriera, y estaría uno perdido si, al romperla, hiciese ruído uno solo de los vidrios!... El centinela, envuelto en su capote azul, se paseaba indolentemente, del uno al otro extremo del pórtico, con el fusil apoyado en el brazo, como un capero de iglesia en vísperas. El último rayo vacilante de aquella luna, que una hora después debía parecer un caldero de gachas, y que nos hizo este último servicio, caía de lleno en la cara del soldado y le impedía distinguir nuestras sombras móviles en medio de la sombra fija de las casas.

—«Yo me encargo del centinela»—dijo en voz baja Justo el Bretón á *M. Jacques*, y de un saltó estuvo sobre él, cargó con capote, fusil, hombre y todo, y desapareció con ese fardo bajo el pórtico de la prisión, dejándonos el paso libre, ¿Cómo se las arregló ese demonio de Justo?... El centinela no había proferido un solo grito.

—«¡Lo habrá apuñalado!»—dijo *M. Jacques*.—¡Vamos! Ahora nos toca á nosotros, señores. Podemos avanzar...»

«Y todos con él, apiñados unos contra otros como los granos de un racimo, nos precipitamos bajo el pórtico desembarazado por Justo, y entramos en el primer patio de la prisión.

«Era un patio perfectamente redondo, con arcos muy bajos y gruesos pilares, que le daban la apariencia del patio de un claustro. Estaba vacío. ¿A dónde había ido Justo...? Dirigimos nuestras miradas por el interior de aquellos arcos donde nada se veía, por entre aquellos pilares á donde había llevado quizá al centinela degollado; pero ¡bah! ya sabría encontrarnos él. Pasamos aceleradamente al segundo patio, tan desierto como el primero, para llegar sin un respiro á la prisión, que estaba en el fondo del tercero... ¡Ah! ¡aquello era moverse! ¡Nos hostigaba el aguijón de la necesidad! Vimos vacilar una luz en un cuerpecito de edificio avanzado, y que parecía lo que en términos de construcción militar se llama una garita. El alcaide no estaba acostado. No era ya la enérgica Hocson de Avranches con su corazón desolado é implacable; era un animal con gorro frigio, que trabajaba de remendón para las gentes de la ciudad. Como aquel día era vencimiento de década, y al siguiente tenía que hacer entregas á sus parroquianos, velaba... Su mujer y su hija, una niña de trece años, dormían en una es-

pecie de camaranchón muy elevado, al cual se subía con una escala. Vimos todo eso al través de una vidriera grasiada iluminada por un candil con una luz rojiza y humosa... No lo previnimos, no lo llamamos, no dimos golpecitos á la puerta, sino que, impulsados por esa necesidad de obrar *á manera de balas*, como había dicho *M. Jacques*, de un culatazo dado á la vez por las once carabinas, hizimos volar la puerta, y caímos como un rayo sobre aquel hombre, derribándolo al suelo, alzándolo después, poniéndolo de pie derecho, sujetándolo por el cuello con dos puños vigorosos, y ordenándole, con el cuchillo dirigido al corazón, que entregara las llaves y nos guíase hasta donde estaba Destuches. Usted lo sabe, señor de Fierdrap: los chuanes tenían una fama siniestra, merecida á veces. Se los veía siempre al resplandor de los horribles fuegos que encendían debajo de los pies de los Azules. El espanto público les daba el nombre de *Tuesta-pies*. Nos aprovechamos de esa tremenda reputación de los chuanes para aterrorizar al miserable á quien sujetábamos; y Campión, que era cejijunto y tenía una cara terrible, lo amenazó con asarlo como un cochinito, si hacía el menor ademán de resistencia. No resistió. Estaba anonadado por la sorpresa y el miedo, un miedo idiota y lívido. Entregó las llaves, y, arrastrado por dos de los nuestros, nos llevó al calabozo de Destuches. La mujer y la hija quedaron más muertas que vivas en el camaranchón, y nosotros tiramos la escala para impedir que bajasen y fuesen á avisar. El terror les hacía un nudo en la garganta. No gritaron; pero, aunque hubiesen gritado, poco nos importaba. Los muros de la cárcel eran espesos. Había de por medio tres patios, todos desiertos. No se hubiesen oído sus gritos.

«¡Viva el Rey!» dijimos al entrar en el calabozo de

Destuches... Prisionero una semana en Avranches, prisionero en Coutances hacía unos días, maltratado por sus enemigos que querían triturar su energía bajo las torturas del hambre y exhibirlo en el cadalso en un estado de deshonrosa debilidad, Destuches se hallaba sentado en una especie de poyo de piedra de forma de artesa, encadenado pero muy tranquilo.

«Ese guerrillero y ese piloto estaba hecho á los azares de la guerra como á las inconstancias de las olas. ¡Cogido un día, librado otro, vuelto á prender quizá! he ahí un pensamiento con que se había familiarizado.

—«¡Bueno!—dijo con su hermosa sonrisa.—¡No será todavía mañana! Miren—añadió,—desembarácenme esta mano, y los ayudare en lo demás.»

«Había retorcido la cadena que le ataba los brazos, pero las manillas de acero que le oprimían, paralizando el juego de sus músculos, le habían impedido romperla.

—«¡No, caballero!»—le dijo *M. Jacques*.—Sería demasiado largo serrar todo esto. Tenemos prisa; lo llevaremos á usted con las cadenas.»

«Y dicho y hecho, barón de Fierdrap. Tres lo cogieron en hombros, y lo sacaron como sobre un pavés.

»En lugar de Destuches metimos en el calabozo al alcaide, á quien dejamos la vida, pero encerrándolo por prudencia con llave. Yo empleo más tiempo en contar todas estas cosas del que tardamos en ejecutarlas. No son más rápidos los zig-zags del relámpago. Volvimos á atravesar los tres grandes patios, siempre solitarios; pero en la calle... en la calle iba á empezar de nuevo el peligro.

»¡Y, sin embargo, las cosas no podían ir mejor! ¡Teníamos á Destuches! La luna no era ya más que un ojo vaciado. Manchaba el cielo, en vez de iluminarlo, y la

niebla empezaba á tender una especie de velo de seda entre los objetos y nosotros... Los contornos de las casas se desvanecían en la vaporosidad. Volvimos á tomar por las calles que ya habíamos seguido, siempre sin encontrar á nadie. ¡Suerte prodigiosa! Era cosa de magia. Aquella ciudad, inmóvil en su sueño, parecía encantada. Cuando volvimos á pasar por la calle donde la vieja vaciaba la jofaina, estaba aún en el mismo sitio, y pareciendo seguir la operación. La vimos menos á causa de la niebla, pero continuaba sin interrupción su «¡agua va!» prudente y quejumbroso. ¿Era una estatua que hablaba? ¿Llegó á interrumpirla lo que oímos de repente? En el inmenso silencio de la ciudad resonó un tiro.

—«¡Amartillemos las carabinas, señores, y alerta!»—dijo *M. Jacques*.

—«¡Y ojo á las balas!»—dijo Desfontaines.—Ya no se trata de «¡agua va!»

»Casi en el mismo momento desgarró más cruelmente el aire é hizo vibrar el espacio otra detonación más fuerte.

—«¡Es la carabina de Justo el Bretón!»—dijo *M. Jacques*, reconociéndola con su oído militar.

»No había pronunciado estas palabras cuando Justo, abalanzándose como un tigre, caía entre nosotros, y nos decía con voz clara:

—«¡Aprieten el paso! Vienen los azules!»

»¡Sepa usted ahora lo que había pasado, señor de Fierdrap! El «Temerario», que no en balde llevaba ese nombre, en vez de acuchillar al centinela, como el instinto de la guerra hizo suponer á *M. Jacques*, se lo llevó vivo, en brazos, debajo de los arcos de la cárcel. Seguro de su fuerza, y gozándose en probarla, tuvo el desdén generoso de no matar á aquel hombre, y se limitó á es-

trujarle la garganta con su formidable mano para que no pudiese gritar, y á permanecer así, estrujándolo, todo el tiempo que tardamos nosotros en librar á Destuches.

Desde el fondo de su arco y de aquellas tinieblas nos vió volver á pasar por el patio con el prisionero, y para darnos tiempo de hacer seguramente la retirada, continuó sujetando al centinela en aquella situación, terrible para ambos. Cuando nos creyó bastante lejos de la cárcel para no tener ya nada que temer, lo soltó creyendo haberlo ahogado. En efecto: fuese astucia ó dolor ocasionado por la mano que lo había oprimido como una argolla de hierro, cayó á los pies de Justo, y éste se marchó. Pero, una vez libre, el centinela, fiel á su consigna, se levantó, cogió el fusil y disparó para llamar á las armas al cuerpo de guardia.

» Justo estaba entonces en lo alto de la calle de *Sube á remolque*.

—«¡Ah!—pensó.—He cometido una torpeza en dejar con vida á ese canalla, pero me las va á pagar.»

» Y volvió á bajar la calle, y á sesenta pasos, á pesar de la niebla, tendió rígido al centinela que cargaba de nuevo el fusil, y emprendió la carrera para reunirse con nosotros y avisarnos.

» ¡Pero había prendido la pólvora! Hacia el barrio que acabábamos de abandonar se oían redobles de tambor. Apresuramos el paso.

» Detras de nosotros, al extremo de una de las calles que seguíamos, vimos una partida de tropa que creimos soldados del cuerpo de guardia, y lo eran probablemente. Avanzaban con precaución, porque no conocían nuestro número... «¡*Quién vive!*» gritaron al acercarse; pero todos, excepto los que llevaban á Destuches, les respon-

dimos con una descarga, que les dijo con claridad suficiente que éramos *Cazadores del Rey*.

»También ellos tiraron. Sentimos el viento de sus balas, que rebotaron en las paredes, pero no nos mataron á nadie. Para nosotros era evidente, visto lo débil de la persecución, que aquellos hombres aguardaban refuerzo de la guarnición despierta, y esta circunstancia nos permitió tomar algún avance. Marchando casi á la carrera, donde quiera que tropezábamos con un farol lo rompíamos de un tiro. Inundábanse, pues, de oscuridad aquellas calles estrechas, donde la tropa más considerable no hubiese podido desplegar sino un frente reducidísimo. Era una ventaja para nosotros. Los que llevaban á Destuches iban cubiertos por los otros nueve, que de minuto en minuto se volvían y disparaban. Llegábamos á las puertas de la ciudad, ya era tiempo. En el centro de Coutances se elevaba gran tumulto. Se oían distintamente los gritos de «¡á las armas!» La ciudad estaba en movimiento. Los que venían detrás de nosotros no se retrasaban más que el tiempo indispensable para volver á cargar las armas. A la última descarga que hicieron ¡fatalidad! *M. Jacques*, después de girar dos veces sobre sí mismo como una peonza, cayó. Yo estaba cerca de él.

—«¡Oh, su presentimiento!—pensé, estremeciéndome al recuerdo de Amada.—¿Está muerto?—dije á Justo el Bretón que lo había levantado.

—«Muerto ó nó—respondió,—no se lo dejaremos á los azules, que se vengarían de nosotros fusilando su cadáver.» Y alzándolo con sus dos brazos de Hércules, lo tendió sobre los hombros de los que llevaban á Destuches, el cual tuvo así un compañero de pavés.

»Veinte minutos después la ciudad quedaba ya lejos, anegada en su niebla y en su ruido, y nosotros estábamos

en pleno campo con nuestra doble carga. No nos habían cercado ni cortado, pero lo hubieran hecho si no hubiese concluído oportunamente la calle de salida. En el campo la niebla era más densa aún que en la población. Una vez fuera de las calles, los azules que nos perseguían no podían saber la dirección que íbamos á tomar. Por otra parte, el campo, la maleza, la espesura, las sendas extraviadas, todo eso nos conocía. ¡Eramos chuanes!

»La Varesnerie, que sabía el país de memoria, nos hizo tomar por las tierras labradas. Luego abrimos una ó dos barreras, cerradas solamente con aros de madera retorcida, y entramos en caminos que parecían surcos de carros. Al cabo de dos horas de marcha próximamente, bajamos á una hondonada por donde corría un río, á cuya orilla había amarrado un lanchón destinado al acarreo de ese abono que en el país se llama *tangue*, y arrastrado á maroma á lo largo de un camino paralelo al río.

»En ese lanchón depositaron á Destuches y á *M. Jacques* sus portadores, y allí esperamos el día contentos de haber librado á uno, pero con el corazón oprimido por haber perdido á otro. Cuando amaneció, pudimos apreciar la herida de *M. Jacques*. Había recibido una bala en pleno corazón. A orillas de aquel río desconocido enteramos á aquel otro desconocido, de quien no sabíamos nada sino que era un héroe. Antes de tenderlo en la fosa que abrimos con nuestros cuchillos de monte, corté del brazo el brazalete que le había tejido Amada con sus cabellos más puros que el oro y cubierto de una sangre que iba á ser para ella una reliquia sagrada. Sin sacerdotes, lejos de todo, le tributamos el único honor que pueden tributar soldados á un héroe, saludándolo por última vez con el fuego de nuestras carabinas, y perfumando el ces-

ped bajo el cual iba á dormir con ese olor de la pólvora que siempre había respirado.»

—No es de compadecer—dijo el barón de Fierdrap, que creyó responder al pensamiento secreto de la señorita de Percy.—Tuvo la muerte de un chuan y está enterrado al pie de un matorral como un chuan, ¡su verdadero puesto!, mientras que Destuches, á quien acaba de ver el abate en la plaza de los Capuchinos, es probablemente un mísero loco errante, y Juan Cottereau, el gran Juan Cottereau, que ha dado nombre á la chuanería, y único superviviente de seis hermanos varones y hembras, muertos en batalla ó en la guillotina, ha expirado con el corazón herido por los amos á quienes sirvió, á quienes pidió en vano, ¡pobre corazón novelesco!, el simple derecho, ridículo ahora, de llevar la espada. El abate tiene razón: morirán como los Estuardos.

La señorita de Percy no se atrevió á protestar por segunda vez contra la opinión de esos heridos de la Fidelidad que, como el abate y el barón, se quejaban entre sí de los Borbones como se quejaría cualquiera de una amante; porque quejarse de una amante es probablemente una manera más de adorarla.

«Después de cumplir nuestros últimos deberes para con *M. Jacques*—continuó la narradora,—pensamos en librar de sus cadenas al cabecilla Destuches, á quien habíamos sentado en el lanchón de *tangue*, recostándolo en el mástil á que se sujeta el cable. Sus aprensos le habían envuelto en una especie de camisa de fuerza con cadenas entrecruzadas, y las habían apretado hasta el punto de embotar dolorosamente el cuerpo esbelto y flexible de aquel hombre en cuyos miembros dormía una fuerza que despertaba á veces como el león. Con su instinto y su amor del combate debió sufrir furiosamente al oír pa-

sar las balas en torno suyo sobre los hombros de sus compañeros sin poder escupir una sola al enemigo; pero la nota distintiva del valor de Destuches era la paciencia del animal ó del salvaje en las circunstancias desesperadas. ¡Era un indio ese hijo de Granville! Hasta allí, durante la marcha y la noche, había sufrido en silencio las cadenas: pero ya de día, y sin el enemigo tras nuestros pasos, debía sentir impaciencia por librarse de aquel peso abrumador. Dentro de poco deberíamos volver á ponernos en camino, y él, una vez libre, sería un bizarro soldado más, si por acaso nos atacaban en nuestro regreso á Touffedelys. Tratamos, pués, de romper aquellos hierros, pero sin más herramientas que los cuchillos de caza y los gatillos de las carabinas, la faena amenazaba ser larga y quizá imposible, cuando uno de esos azares que sólo se presentan en la guerra, vino á sacarnos de apuros.»

—¡Ah, es la historia de Couyart!—dijo moviéndose voluptuosamente en su poltrona la señorita Sainte de Touffedelys como si le hubiesen acercado á la nariz un frasco de su olor favorito.

Se veía que aquella historia, cuyo heroísmo no hacía gran mella en su cerebro, se reducía al fin á proporciones que le agradaban. Todo es relativo en este mundo. El tiempo había llegado á cruzar el cisne de los antiguos días con un pobre ganso que no hubiese salvado al capitolio. La señorita de Touffedelys se había animado casi... Couyart era su relojero.

—Esta mañana ha venido á dar cuerda al reloj—dijo profundamente esa observadora inefable.

Sentía un antiguo y poderoso interés por el tal Couyart, que creía en aparecidos como ella, y que, cuando iba á reparar el Baco de oro molido, no acababa de ha-

blarle nunca de los que veía por todos lados, porque eso era el pan nuestro de cada día para el buen hombre. No era dueño de moverse sin verlos, con sólo que saliese á su patio á lo que ustedes saben. Era un hombre tímido, escrupuloso, de suave hablar, y que andaba como hablaba, con los chapines de veludillo que siempre se ponía por respeto al pavimento lustroso de los salones cuyos relojes cuidaba. Era delicado y nervioso, de cara blanca como una vieja, y, aunque calvo por cráneo y frente, provisto de un resíduo de pelos en el occipucio y sobre las orejas, que empolvaba por el solo motivo de que tal era la moda de las personas *distinguidas* antes de *esa desgraciada revolución...* Él siempre había sido, decía, *aristócrata*. Con sus parroquianos, que eran toda la nobleza de Valognes, tenía esa timidez que lisonjea á los príncipes, cuando una persona no sabe qué decir en su presencia—exquisita adulación, que en él era natural.

Entrecortaba las frases con los *¡jem, jem!* del hombre cohibido y las empezaba con unos *pues bueno* inconcebibles, probando así que los rodajes de la mecánica no dan los hábitos del razonamiento. Siempre que no trabajaba en sus relojes, estuviese sentado, á pie quieto ó andando, se frotaba eternamente con satisfacción sus manos suaves y paliduchas de relojero, acostumbradas á coger cosas delicadas y frágiles; y era la delicia de los niños, cuando, al volver de la escuela, se pegaban á la vidriera de la tienda para verlo, delante de su mesa cubierta de papel blanco y de copas bajo las cuales colocaba las piezas de los relojes, enteramente absorto en su lente y buscando lo que llamaba un *escape*.

VIII

EL MOLINO AZUL

La señorita de Percy pasó por alto, naturalmente, la reflexión de su ingenua amiga, y prosiguió:

Mientras forcejeábamos por librar á Destuches de sus cadenas, y juro á usted, barón, que la cosa nos pareció un momento más difícil que el sacarlo de la cárcel; vimos venir de lejos un hombre por el camino de la orilla del río. Saint-Germain, que tenía ojo de vigía, fué el primero que lo vió venir tranquilamente hacia nosotros, y me excedo, al decir tranquilamente, porque ya no las tenía todas consigo. Aquel grupo de hombres tan de mañana, á la vera de un río que no solía ver mucha gente en sus orillas, aquel grupo armado, cuyas carabinas relumbaban al sol levante que disipaba la niebla, preocupaba al hombre de andar circunspecto y casi cauteloso, porque usted sabe como anda, Santa. ¡Yo siempre he encontrado el mismo al bueno de Couyart! A la margen de aquel río donde lo veía por primera vez, presentóseme como aquí, en la sala de ustedes, cuando viene á dar cuerda. ¡Sí! Nuestro grupo, que no podía reconocer bien de lejos, le preocupaba y hasta le hizo volverse, tornando á subir el camino, como un gato prudente que ve el peligro y lo evita.

— «Amiguito—dijo Saint-Germain,—no se marcha uno

así, cuando tiene la suerte de tropezarse con *cazadores del Rey* antes del desayuno, y te prometo que no has de ir á contar á nadie esta mañana que nos has visto.»

«Y amartillando su carabina, le apuntó.

«Iba á meterle una bala entre los hombros, cuando La Varesniere, que trataba de hacer saltar un tornillo con el lomo de su cuchillo de caza, de una de las cadenas de Destuches, levantó con el mismo cuchillo el cañón de la de la carabina, diciendo:

—«¡Deja esa chocha! No es un espía. Es Couyart, Couyart de Marchessieux, que vuelve de Marchessieux á Coutances, donde trabaja de oficial de relojero en casa de Le Calus, en la plaza de la Catedral, frente por frente del hotel de *Crux*. Lo conozco, es un realista. Me ha compuesto muchas veces el reloj de caza. ¡Viene como pedrada en ojo de boticario! Quizá el mismo Dios nos lo envía, porque un relejero debe tener siempre en el bolsillo algún instrumento ó algún muelle de reloj, y probablemente nos va á prestar la ayuda que necesitamos en esta endiablada obra.»

«Y como veía que el hombre, temiendo algún mal paso, se volvía, alzó la voz y corrió hacia él:

—«¡Eh, Couyart!—gritó.—¡Eh, eh, Couyart! ¡Son amigos!»

«El relojero se detuvo; y dos segundos después lo vimos, sombrero en mano, delante de La Varesnerie, que nos lo trajo, siempre con la cabeza descubierta.

«No estaba aún enteramente tranquilo; pero, cuando sus ojuelos de pájaro prisionero en la mano dieron la vuelta al grupo:

—«¡Oh, Dios mío!—dijo.—¿Usted también aquí, señor de Beaumont? ¿Y usted también, señor Lottin de La Bouchonnière? (que, en efecto, se llamaba Lottin). ¿Y us-

ted también, señor Desfontaines? *Pues* tengo el honor de ofrecerle mis humildes respetos, y aseguro á ustedes, *pues*, que yo... ¡jem! no pensaba... ¡jem, jem! encontrar á ustedes tan temprano.

—«¡Sí! Es un poco de día para nosotros—dijo La Varesnerie,—pero ¡ante todo el servicio del Rey! Por servir al Rey hemos pasado la noche en Coutances, y por eso no estamos aún bajo techado á la salida del sol, que es la hora del cubre-fuego para nosotros. Usted es un buen realista, Couyart, y sabrá con placer que esta noche hemos trabajado con suerte en Coutances; pero, amigo, esta mañana necesitamos de usted para concluir la obra.»

—«¿De mí, señor?—dijo el pacífico relojero, viéndose en medio de todos nosotros apoyados en carabinas.—No veo ¡jem! muy bien, ¡jem, jem! como... podría yo... ¿Es para la hora?—dijo rehaciéndose.—Pues yo tengo la hora—y lanzó la broma vinculada en la relojería desde la fabricación del primer reloj: «Yo gobierno la marcha del sol.»

—«Mire usted, Couyart—dijo La Varesnerie;—apártese ustedes un poco, señores, porque le ocultamos el lanchón y Destuches. Y entonces enseñó al relojero estupefacto, con los ojos tan abiertos como la boca, al caballero aherrojado. ¡Mire! ¡Ahí tiene nuestra obra y la suya! Usted llevará sobre sí algún instrumento de su profesión, alguna lima á algún muelle dé reloj, que valdría más aún. Pues bien, hijo mío, lime todo ese almacén de hierro, y, cuando vuelva el Rey, podrá usted alabarse de haber sido uno de los libertadores de Destuches.

»¡Y vea usted, barón, cómo lo fué el tal Couyart á su modo, lo mismo que nosotros al nuestro! La Varesnerie había previsto bien. Couyart, según nos dijo el mismo, llevaba siempre en los bolsillos un montón de útiles.

—Trabaje, pues, buen amigo—dijo La Varesnerie,— y no tema nada; yo le juro por Dios y por todos los Santos del calendario que nadie ha de distraerlo mientras trabaje. ¡No lo interrumpirán á usted, se lo fío! Ya nos cuidaremos nosotros de defenderlo de importunos. Y, mientras trabajaba, anduvimos batiendo la estrada en torno de él. Ese trabajo, ¡á que nunca hubiésemos podido dar cima sin su ayuda, duró medio día. Jamás hubo reloj, á creerlo, que le diese más que hacer y más quebraderos de cabeza, que aquellas malditas cadenas; pero tuvo la paciencia de un hombre paciente, que á mi me asombra siempre mucho, y añadió la de un relojero, que es ya incomprendible para mí. Así que, aunque la cosa fué dura de pelar, él salió airoso de su empeño. Pero el trabajo que le costó hizo época en la vida del infeliz, tanto que, desde entonces, cuando quería hablar de una compostura complicada ó de cualquier cosa extraordinariamente difícil, nunca dejaba de decir: «¡Es tan difícil como *serrar las cadenas de Destuches!*»

«Ahora todo esto se halla bien lejos de nosotros, señor de Fierdrap, y el tiempo, que ha extinguido nuestra juventud, ha apagado tan completamente el brillo de nuestras obras y el ruído que hizimos en días lejanos, que esa locución de Couyart: «*difícil como serrar las cadenas de Destuches*», esa locución, que pasa por una muletilla del pobre hombre, nadie sabe ya lo que significa; pero nosotras tres, Úrsula, Santa y yo. ¡bien lo sabemos!»

No era la primera vez que vibraba una nota melancólica en la historia de esa noble vieja, tan poco melancólica de costumbre; pero siempre era una nota no más, que pasaba fugazmente por aquel relato, animado con la alegría de un corazón tan valeroso.

«En cuanto al caballero Destuches—prosiguió sin to-

marse más tiempo que el necesario para ahogar un suspiro,—no bien recuperó su libertad y sus fuerzas, nos dió cortesmente las gracias. Nos estrechó á todos la mano. Al tomar la mía, como uno de los Doce, me reconoció bajo aquel disfraz masculino que había llevado ya en otras circunstancias, pero con el cual no me había visto aún. No se asombró. ¿Quién se asombraba de nada en aquel tiempo? Sabía que me gustaba el fusil más que el huso. ¿Y qué mejor ocasión para satisfacer tal gusto que la necesidad de esa vida armada de guerrilleros que era entonces nuestra vida?

—«Señores—nos dijo,—el Rey debe á ustedes un servidor que va á reanudar sus servicios. Esta noche volveré al mar. El sol va á declinar dentro de poco; pero todavía, está bastante alto para que podamos presentarnos juntos y armados por los caminos. Tenemos que dispersarnos. Dentro de dos horas podemos reunirnos en aquel molino de viento que está allí á la derecha de ustedes coronando una altura, y para donde yo les doy cita.»

«Es el *Molino azul*» dijo La Varesnerie.

—«Azul, en efecto—contestó sombriamente Destuches; porque en ese molino, señores, es donde me prendieron por traición los Azules, dándoles á ustedes el trabajo de libertarme. He jurado en mi interior que he de pagarles en moneda corriente ese trabajo que les han dado. He jurado—dijo con una voz resonante como el timbre del metal—que he de vengar la muerte de *M. Jacques*. ¡Ustedes verán si cumplo mi juramento! ¡Antes de que ese sol, que anuncia las tres de la tarde, haya desaparecido bajo el horizonte, y yo con él en la bruma de las costas de Inglaterra, doy á ustedes mi palabra de chuán de que el *Molino azul* se trocará en *Molino rojo*, y no

volverá á llevar otro nombre, mientras conserven memoria las gentes de estos lugares!»

«Lo miré cuando hablaba, y nunca me pareció merecer más su nombre de guerra, *la Avispa*, con su talle ceñido por el cinturón que ajustaba su blusa de piloto: ¡era la avispa sacando el aguijón y buscando sangre! Me recordaba también esos leones rampantes de blasón, de lomo estrecho y nervioso como el de las panteras más finas, y con zarpas, á lo que parece, capaces de desgarrarlo todo. Su cara de mujer, que á mí no me hacía gracia, aunque teniendo que reconocer que era hermosa, respiraba y aspiraba con tal ferocidad la venganza, que era cien veces más terrible que si hubiese poseído la más desenfadada virilidad.

«Todos los Doce quedamos subyugados por aquella cara de Némesis. Pero La Varesnerie previó quizá algo espantoso, que debía traer represalias abominables y ennegrecer algo más la reputación de los chuanes, ya ennegrecida de sobra.

—«¿Y si nosotros no acudiésemos á la cita de usted caballero?—preguntó La Varesnerie.—¿Qué sucedería?»

—«¡Nada, señor!—dijo altaneramente Destuches, y en la hinchazón de su nariz me pareció ver como una estocada.—Yo quería á ustedes por testigos de una justicia, pero no necesito á nadie para hacer por mi mismo lo que he resuelto.»

«La Varesnerie reflexionó un instante. Había meollo en aquella cabeza de La Varesnerie. Era joven. Algún tiempo después de esa época M. Frotte lo nombró mayor:

—«Solo contra varios quizá—murmuró.—¡No, señor! Hemos salvado á usted, y debemos al Rey su vida. Iremos todos, ¿verdad, señores?»

«Combinimos en ello, barón, y nos separamos toman-

do senderos diferentes. Yo me marché con Justo el Bretón á quien mi hermano llama mi favorito. Tiene razón; lo era, y no necesito añadir el *honni soit qui mal y pense!* porque, con las gracias de mi persona, ¿quién podía pensar mal de mí. Justo me decía en el trayecto:

—«¿Qué va á hacer el cabecilla Destuches? Lleva los ultrajes de dos prisiones acumuladas en un corazón tremendamente altanero.»

«Justo se interesaba, como yo, por Destuches, porque no veía en él sino lo único que yo veía: el hombre de guerra, indiferente á todo lo que no era la guerra y sus feroces ambiciones.

—«Lo han cogido por traición—continuaba Justo.—Ha sido entregado á los azules, pero ¿cuándo, cómo y en qué momento? ¡Porqué Destuches es la vigilancia y el insomnio!»

»Andábamos tan preocupados con lo que iba á suceder, que subimos, sin darnos cuenta de la longitud del camino, las pendientes de la altura en que se encontraba el *Molino azul*, como lo llamaban en el país. Presas del magnetismo de la curiosidad, de la idea fija, del lugar que no se ha visto y que se quiere ver, atraídos y casi aspirados por aquel sitio como aspira el mar al niño arrollado por la ola de la playa, llegamos los primeros al punto de la cita, y nos quedamos á alguna distancia del molino de viento en cuestión, esperando á nuestros compañeros y á Destuches, que probablemente los atajaría á todos.

Era un sitio sumamente tranquilo. Su altura se debía á un movimiento muy suave, pero muy contínuo del terreno; así que no parecía nada para los pies, una vez que se había alcanzado, pero era mucho para los ojos, cuando, al volverse, miraba uno detrás de sí el camino reco-

rrido. La superficie de toda esa altura estaba cubierta de una hierba menuda, pero bastante verde. Pacían allí con trabajo dos ó tres ovejas. No había ni un árbol, ni un arbusto, ni un seto, ni una hondonada, ni un cerrillo, ni nada, en fin, que pudiera oponerse á la marcha del viento, el cual era un rey en aquel paraje donde se explayaba á sus anchas, haciendo girar el molino con una lentitud silenciosa. Nada crugía ni rechinaba en ese molino de inmensas aspas, cuyos tirantes lienzos palpitaban á veces como velas de navio, al soplo de ciertas bocanadas más enérgicas. Ese era, pues, el *Molino azul*. ¿Por qué lo llamaban azul?... ¿Era porque la puerta, los postigos, la rueda que hace girar el techo, y hasta la veleta, todo era de ese azul que se ha llamado mucho tiempo *azul de peluquero*, en atención á que los peluqueros, á partir de San Luis, según se dice, pintaban de él sus establecimientos?

»Todo, excepto los muros y las aspas del molino, era de ese azul vistoso y alegre, que parecía más claro en contraste con el azul subido del cielo y con la cálida luz que enviaba un sol de las cinco de la tarde, que no lo doraba aún. ¿Por qué todo ese azul desconocido en los molinos de viento de Normandía? ¿Era para justificar la expresión de los populacheros? ¡Era el molino azul, es decir, el molino que no era blanco! ¡El molino *patriota*! La puerta cortada era puerta y ventana á la vez, y la parte que servía de ventana estaba abierta. Por lo demás ni un alma: ni molinero, ni molinera; nada más que el molino, girando solitariamente como hubiese podido girar dentro de un saco de algodón en rama—¡tan silenciosamente lo hacía!—y cuyas aspas, corriendo unas tras otras, como las horas, en aquella sosegada y muda rotación, ni temblaban siquiera.

»No duró mucho ese silencio... Oyóse un *pizzicato* de violín, que salía por la puerta entreabierta. Era el sonido agudo y estridente de una prima como despertada por una mano que dormía aún... una mano de molinero que no se oye á sí propio por la harina que tapa sus oídos.

«—¡Qué buenas trazas tiene ese molino de la traición!—dijo Justo.—¡No me sorprende que hayan engañado al mismo Destuches.»

»Entre tanto continuaba el *pizzicato* indeciso, vago, adormecido, y sólo perceptible á causa del profundo silencio de aquella tarde de verano y de aquel molino que parecía girar en el vacío. Era realmente para haceros participar de la sensación de soñolencia en que á todas luces se hallaba sumido aquel molinero invisible que soñaba tocar más bien que tocaba.

»En tal momento de una sensación única para mí, señor de Fierdrap, siempre que pienso en lo que siguió, fué cuando Destuches, á quien esperábamos con impaciencia, apareció sólo en el raquítico césped de aquella altura. Se adelantaba á los otros diez de los Doce, pero vió que estábamos allí Justo el Bretón y yo, y nos hizo la señal del silencio. Venía sin armas, con las manos vacías. Desde que nos reparamos no había arrancado de ningún seto nada con que hacerse siquiera un bastón.

»Miró el pestillo de la puerta, y entró en el molino... No oímos ya *pizzicato*... Pasó como un reloj cuyo *tic-tac* sonaba no hacía un minuto, pero que había dejado de andar...»

—¡Y tú también!—dijo el abate á su hermana, que se había parado para saborear la impresión que producía, porque veía bien que la producía sobre el barón de Fierdrap y sobre su hermano.—Anda, mujer, anda, y no nos abrases á fuego lento.

—«Son nuestros amigos—dijo Justo el Bretón, viéndolos venir en ese instante que puedo llamar supremo ahora, porque entonces sólo sentía una ansiedad sin nombre.

»Cuando llegaron á la altura y nos vieron:

—«Venimos á la cita—dijo La Vaesnerie,—¿Dónde está el cabecilla?

—«¡Helo ahí—respondí, porque, desde que entró en el molino, mis ojos no se separaban de la puerta que dejó abierta.

»Salía, en efecto. ¿Se podía decir que con alguien? Traía, agarrado por el cuello con las dos manos á guisa de corbatín, al molinero, un hombretón panzudo, arrastrándolo en pos de sí por el polvo.

—«¡Diablo!—exclamó Desfontaines (imitando siempre á Vinel Aunis); ya no es sólo azul el molino, sino también el molinero.»

»Cuando Destuches apareció en el umbral del molino silencioso, de donde no salió nadie más que él y ese molinero, que parecía no tener peso para las manos que lo aferraban, creímos que aquello había concluído... que lo había matado... y era ya bastante trágico, ¿verdad, barón? Pero ¡bah! dentro de nada íbamos á tener algo más trágico delante de los ojos.

»El molinero se había desvanecido bajo la presión de las garras de Destuches. Lo ahogaba la sangre—aquel hombre apoplético era como un tonel lleno hasta el tope,—pero vivía sin conocimiento, y el cabecilla Destuches, que medía la proporción de su esfuerzo á la fuerza del enemigo, sabía que vivía aquel hombre inmóvil...

»¡Señores—dijo—este es el traidor, este es el judas que me entregó á los azules! Todos los que han perecido en Avranches, Vinel-Aunis muerto probablemente, *M. Jacques* herido esta noche y enterrado esta mañana, y quin-

ce días en que me han hecho beber como agua los ultrajes y devorar como pan los más infames tratamientos, todo eso hay que ponerlo á cuenta del hombre que está aquí y cuyo suplicio me pertenece...»

»Escuchábamos creyendo que iba á apelar á nuestras carabinas, pero seguía sujetando entre las manos el cuello de aquel hombre, cuyo cuerpo oprimía contra el suelo, y cuya enorme cabeza tenía apoyada en el muslo, como si hubiese sido un tambor.

—»Señores—continuó; había visto quizá crispase algunas de nuestras manos en el cañón de las carabinas, gracias á la lucidez de la sangre fria que en medio de todo conservaba,—guarden ustedes su pólvora para soldados... ¡Acuérdese usted, señor de La Varesnerie, que yo no he querido contar con los Doce de la liberación sino para ser testigos de la justicia!... Yo sólo me encargo del castigo... Pedro el Grande, y no se dirá que elijo mal ejemplo, fué á menudo, hasta donde yo sé, juez y verdugo en un momento mismo.»

»Ninguno de los que estábamos oyéndolo y mirándolo comprendíamos lo que quería hacer; pero sólo para intentar lo que pensaba... había que ser un milagro de fuerza... ¡había que ser lo que era él. Siguió sujetando con una mano aquella cabeza de toro del molinero, y se la colocó entre las rodillas montando brutalmente sobre la nuca... Creímos que iba á dislocarla. ¡Pero no era eso todavía, señor de Fierdrap. El molinero llevaba un cinto, como los que llevan aún los aldeanos de Normandía, una faja flexible y fuerte que sujeta los riñones de esos hombres dedicados á faenas rudas; y al verle desarrollar esa faja con la otra mano, nos dijimos: «Lo va á estrangular.» Pero á cada movimiento nos engañábamos.

»¡No! ¡Fué una cosa inesperada y para dejar atónito á

cualquiera! Conservando al hombre entre las rodillas, cogió una de las aspas del molino, deteniéndola al pasar. Fué un alarde de fuerza tan magnífico que lanzamos una exclamación...

»Seguía reteniendo el aspa con las dos manos.

—«Se le cita á usted, caballero Justo el Bretón—dijo— como uno de los hombres de más puños de todo el Cotentin. ¿Sería usted, pues, capaz de sujetarme un solo minuto este aspa que acabo de detener?...»

«Justo no resistió. Destuches lo ganó por la idolatría de su fuerza, por esa embriaguez de la fuerza que pagó más tarde, sucumbiendo á una pequeña herida... Justo tomó con orgullo el aspa del molino de manos del caballero, y, por el estímulo de esa rivalidad que centuplica las fuerzas humanas, la contuvo. La contuvo durante el tiempo que necesitó Destuches para atar al molinero con el cinturón á lo largo del aspa, la cual, libre de nuevo, recobró su amplio movimiento acompasado y silencioso.

»¡Ah! Era una extraña argolla, ¿verdad, barón? ¡Espectáculo nunca visto el de aquel hombre amarrado á un aspa de molino que giraba sin cesar! El movimiento, el aire que hendía al describir de esa suerte la gran órbita del aspa, elevándose de pronto para tornar á bajar, y bajando para elevarse otra vez, le hicieron volver en sí. Abrió los ojos. La sangre que amenazaba reventarle la cara, como el vino demasiado violento revienta la pipa, volvió á bajar por todo el cuerpo, y el hombre palideció... Destuches tuvo una salida de marino:

—«Es que empieza el mareo»—dijo cruelmente.

»El molinero volvió á cerrar los ojos como si hubiese querido sustraerse á la horrible sensación del abismo de aire que bajaba sujeto al aspa implacable del molino, remontándose eternamente para volver á bajar, y bajando

para tornar á subir... El sol que brillaba enfrente vino á agregar la ferocidad de su deslumbramiento á la tortura de ese extraño supliciado, que andaba por los aires. El infeliz empezó por chillar como un halieta á quien degüellan, así que recobró el conocimiento; pero á poco ya no chillaba... se quedó sin fuerzas para gritar... ¡las fuerzas del cobarde! y se desmayó en el blanco lienzo del aspa como en un lecho de agonía. Creo firmemente que lo que sufría era inexpresable... Desde abajo se veían brillar al sol sobre sus sienes las gotas de sudor... Aquellos señores miraban impasibles con los ojos secos y los labios contraídos. Pero yo, señor de Fierdrap (¡y por Cristo, que era la primera vez de mi vida!), comprendí que no era tan hombre como pensaba. La mujer que alentaba en mí se conmovió, y no pude menos de decir á aquel vengador terrible:

—«¡Por Dios, caballero, abrevie usted semejante suplicio!»

«Y le alargué mi carabina.

—«¡Pues por Dios y por usted, reñorita!—respondió.—Ha hecho usted esta misma noche lo suficiente para que yo no pueda negarle nada.»

«Y colocándose bien en frente, á treinta pasos, con la destreza del hombre que mataba al vuelo las golondrinas de mar en una canoa que las olas balanceaban como un columpio, disparó un tiro tan certero, al pasar por delante de él el aspa del molino, que atravesó de parte á parte el pecho del hombre tendido sobre aquel blanco móvil.

»Corrió la sangre por el aspa tiñéndola de púrpura, y un chorro furibundo que saltó de aquel cuerpo sanguíneo como el agua de una bomba, dejó una placa roja en la pared. El caballero Destuches no había mentido. Acababa de transformar el risueño y tranquilo *Molino azul* en un

espantoso molino rojo. Si existe todavía ese molino, teatro del suplicio de un traidor, cuya traición debió ofrecer pormenores horribles, aunque jamás sabidos de nosotros, para provocar tan implacable venganza, se debe llamar aún el *Molino de la sangre*... No se sabe ya probablemente la mano que la vertió; no se sabe ya por qué fué vertida la sangre que mancha ese muro siniestro; pero todavía debe ser visible, y hablará durante mucho con terrible misterio de una cosa espantosa allí acaecida, cuando no viva ya nadie para contarla.»

—¡Decididamente era un hombre feroz la *bella Elena*—dijo el abate pensativo.

«El hombre feroz no se aplacó aún con esa venganza y ese suplicio—prosiguió la señorita de Percy.—Creímos que estaría aplacado... pero nos desengañó algunos instantes después. Abandonamos juntos aquella altura para volver, unos á Touffedelys, otros donde quisieran, puesto que la expedición había tenido éxito. Eran los últimos pasos que dábamos unidos. Ya á distancia, cuando seguíamos los caminos de abajo, yo, que iba al lado de Justo el Bretón, me volví á mirar por última vez la eminencia abandonada... El sol, sonrojándose como si se sintiese humillado de bajar hacia la tierra, enviaba como una mirada de sangre al molino ensangrentado... El viento que soplabá del mar, de aquel mar que volvería á recibir de allí á poco á Destuches, precipitaba las aspas de aquel molino que arrastraba por los sombríos aires su cadáver, cuando creí ver surgir del tejado puntiagudo columnillas de humo. Lo participé en las filas.

—«¡Sólo el fuego purifica!»—dijo Destuches.

Y nos comunicó que habia prendido fuego dentro del molino, añadiendo con el acento alegre de la guerra, porque en él siempre vivía el chuán:

—«¡Harina de menos para la comida de los patriotas!»

«El fuego había tomado cuerpo desde nuestra marcha, y cuando surgió la llama de la humareda que envolvió de pronto la eminencia y que la había ocultado:

—«A los muertos se les encienden cirios—dijo Destuches;—¡ese es el que yo pongo á *M. Jacques*! Esta noche me animará su resplandor largo trecho en medio de las brumas de la Mancha.»

IX

HISTORIA DE UN RUBOR

Entre tanto—continuó sin interrupción la señorita de Percy—después de andar otro poco, llegamos á un cruce de caminos que conducían á las diversas ciudades y pueblos del país. Allí había que separarse, después del último apretón de manos. Unos tomaron la carretera de Granville y de Avranches; otros se fueron hacia la parte de Vire y de Montain. Convenimos en reunirnos en Touffedelys, si había de promoverse á poco un nuevo levantamiento. Destuches siguió el camino que llevaba directamente á la costa. Justo el Bretón y yo fuímos los únicos de los Doce que permanecemos hasta el último instante con aquel hombre, objeto para nosotros de un interés que adquiriría caracteres trágicos y de una curiosidad que jamás se ha visto enteramente satisfecha.

Debíamos volver á Touffedelys por los *Mielles*, como se llama á los arenales, siguiendo el mar y su larga línea sinuosa. Cuando dejamos las tierras labradas para entrar á las arenas, había cerrado la noche y salido la luna. Guiaba el caballero como quien sabe á donde va. Con su experiencia de marino conocía al minuto próximamente la hora de la marea que debía llevarlo á Inglaterra. Nosotros pensábamos, sin necesidad de decírnoslo, que tendría á sus órdenes en aquella costa apartada algún pescador fiel. Pero ¡cuál no fué nuestro asombro, al subir con él el último médano, cuando descubrimos la pleamar, brillante y tranquila en una línea tan inmensa como profundamente solitaria. Allí no había ni un ser vivo que esperase á Destuches, ni una barca, oculta en la arena, que se pudiese poner á flote para transportarlo.

—«¡Ah!—exclamó casi alegremente.—Bien seguro es ¡por Dios! que hoy no hay espías en la playa. Desde mi prisión han podido dormir, y todavía no han recibido la noticia de mi libertad que va á evitarles el pecado de la pereza. Los señores guardacostas me creen guillotinado desde esta mañana y andan de asueto.»

—¡Valientes vacas marinas!—interrumpió el barón de Fierdrap, que, en su calidad de gran pescador, no podía tolerar vigilancia marítima de ninguna clase. ¡Siempre han sido lo mismo esos soldados amfibios, bajo todo régimen! Antes de la revolución, el que no había realizado ninguna acción brillante necesitaba veinticinco años de servicios como oficial para obtener la cruz de San Luis; pero los guardacostas necesitaban cincuenta. Eso los pinta.

—Sí—dijo Ursula, bastante indiferente por el momento al honor militar, y que dijo *sí* como podía haber dicho *no*;—pero ¡qué bonito uniforme tenían, blanco con vuel-

tas verde mar!—añadió pensativa.—Quizá volvía á ver aquel uniforme en algún guapo mozo que le agradara en su juventud, y todo eso pasaba, como una gaviota entre la bruma, por el fondo de la niebla gris de sus pobres recuerdos.

Pero ¡bastante le importaban á la señorita de Percy los sueños de Úrsula ni los odios desdeñosos del barón de Fierdrap! Pasó, pues, adelante:

—«Pero ¿cómo va usted á embarcarse, caballero?—le dije.—Yo no veo una tabla en esta playa, y supongo que no pensará usted ir á nado desde la costa de Francia á la de Inglaterra.

—»Se podría ir—me dijo sériamente, y ¿quién sabe si no se sentía con fuerzas para ello?—Pero, señorita, si no hay tablas sobre la arena, las hay debajo.

»Entonces conocimos la prudencia y la inventiva de recursos de ese hombre nacido para la guerra de facción. Tenía la memoria de los lugares que caracteriza al piloto, y no la tenía sólo en el mar. Se orientó en el terreno donde nos encontrábamos, y sacó del cinturón una podadera, que sin duda había cogido en el molino, porque los azules no se hubiesen atrevido á dejar á semejante hombre ni la punta de un cuchillo siquiera. Y con esa podadera empezó á cavar la arena como hacen los pescadores de amonita.»

—Mejor sería decir «los cazadores»—interrumpió el barón de Fierdrap, serio como un dogma.—Yo nunca he comprendido la pesca sin el agua.

«En algunos segundos—siguió la narradora—Destuches desenterró una azada, y diez minutos después su canoa. Èl mismo la había enterrado en aquel sitio cuando su último desembarque. Era su costumbre, según nos dijo. Jamás se confiaba á nadie.

»Obligado á internarse en tierra para llevar á tal ó cual sitio los despachos de que estaba encargado, no podía dejar aquella canoa, que él mismo había construído, en ningún amarradero, donde la habrían sorprendido los guardacostas. Luego que la hubo desenterrado, la trasladó al mar, y no necesitó para eso de todas sus fuerzas. La canoa era una pluma. Saltó á esa pluma, que empezó á bailar suavemente sobre las olas. Ya había vuelto á ser «la *Avispa*»; iba á volver á ser «el *Duende*.»

»Con el remo clavado en el suelo sujetaba la barquilla que se alzaba sobre la ola como un caballo fogoso que piafa.

—»¡Adiós, señorita! ¡y usted también, caballero!—nos dijo á Justo el Bretón y á mí, de pie en la proa de su barca, y saludándonos con la mano.—¿Cuándo nos volveremos á ver? ¿Volveremos á vernos siquiera? Los aldeanos están cansados; la guerra decae. ¿No hablan ya de pacificación?... Sería menester que viniese aquí uno de los príncipes para reanimarlo todo.. ¡y no vendrá!—añadió con un gesto de desdén que me hizo daño, y que he vuelto á ver muchas veces en labios de servidores leales (y dirigió á su hermano una mirada de reconvención).—No traeré ninguno á la costa en esta canoa que traje á *M. Jacques*. Si acaba la guerra, ¿qué será de nosotros, de mí, por lo menos, que no sirvo más que para la guerra? ¡Iré á que me maten en cualquier parte, y esta costa no oirá hablar más de Destuches.»

»Le devolvimos su adiós.

—«Es hora de partir—dijo;—ha llegado el reflujo.»

«Dejó de sujetar la barca inmóvil sobre la ola espumosa de la playa, y con una de sus nerviosas remadas la engolfó en aquel mar, tan conocido de él, y desapareció entre dos olas para reaparecer más adelante, como un

ave marina que se sumerge volando y vuelve á levantarse sacudiendo las alas. ¡Era cosa de preguntarse quién de los dos ganaba de nuevo al otro: si él al mar, ó el mar á él! Lo seguimos con la vista á la luz de la luna que tornaba luminosas las ondulaciones del agua; pero el oleaje que encontró en alta mar acabó por ocultarnos aquella especie de piragua de tan poca madera, aquella débil canoa casi fantástica. El *Duende* se había desvanecido... Nosotros nos dirigimos á Touffedelys por los médanos. La noche era soberbia. Rara vez la he visto más hermosa en mi vida nocturna de chuana. Ibamos oyendo menos cada vez el ruido del mar, que se alejaba y empezaba á descubrir sus primeras rocas. Por la parte de tierra todo se hallaba en calma; la brisa del Océano moría en la playa; los árboles estaban inmóviles. Sobre la altura, allá en la azulada lontananza, concluía de arder, en silencio y sin socorro, el molino de viento solitario que había mutilado el fuego y no tenía ya sino tres aspas, que giraban aún. Invadidas las últimas por las llamas, merced á su situación, habían acabado por inflamarse. Una ardió más deprisa que las otras, pero las tres restantes, incendiadas también, llameaban y despedían chispas al girar, como habían despedido sangre por la tarde. Aunque perdido en la inmensidad del mar á aquellas horas, el terrible incendiario del molino podía verlo consumirse en medio de una atmósfera tranquila y envuelto en su llama recta como la de una antorcha, durante aquella noche transparente, sin nada de vapor—cosa rara en la Mancha, ese mar verde como un prado, cuyo rocío es la bruma. No sé que tristeza me invadió á mí, tan risueña. La mujer que había sentido en mis adentros, al ver tan cruel á Destuches, alentaba nuevamente bajo mi disfraz de chuán... ¡Mi corazón se inundaba de compasión por Ama-

da, á quien tenía que comunicar la muerte de *M. Jacques*, la muerte vengada por Destuches, circunstancia que no había de servirla de consuelo.»

Esta vez se detuvo la señorita de Percy como el que ha acabado su historia. Rechazó las tijeras con que venía accionando hacia el bordado que estaba revuelto con el estambre en el velador.

—Esa es, barón—dijo,—la historia de la libertad de Destuches que le había prometido mi hermano.

—Y que usted ha *narrado* muy bien, mi querida Percy—dijo Santa—que, deseando parecer amable, puso en su boca inocente el elogio cruel de esa humillante palabra.

Pero el barón de Fierdrap, que había hablado con tanta ligereza de la pena de Amada, el pescador antisentimental de dardos—que tan poco se cuidaba de los del amor, decía el abate, cuando estaba de humor de retruécanos,—el barón de Fierdrap andaba en vena de ternura, había vuelto á ser el barón Hylas, y quiso que se le hablase de Amada.

«Yo fuí quien le comuniqué la muerte de su prometido—dijo la señorita de Percy.—Palideció como si fuese á morir á su vez, y se encerró para ocultar sus lágrimas. En Amada, como usted ha visto, barón, todo se concentra, y el exterior jamás pierde su calma. Lo único visible de esa pena, encerrada en su corazón como una reliquia en una urna, fué el fúnebre capricho de hacer desenterrar al que llamaba su marido del sitio en que lo habíamos sepultado, y envolverlo en el traje de bodas que ella lució una sola noche, transformándolo en sudario.

» Más tarde, cuando volvieron los sacerdotes y se abrieron de nuevo las iglesias, siéndole imposible soportar la idea de no reposar á su lado un día, resolvió trasladarlo al campo santo. Todo eso, barón, se hizo sin ruido,

sin aparato, para calmar su corazón, cuyas heridas oculta tras sonrisas que entreabrirían el cielo á desgraciados menos infelices que ella. En medio de su desesperación y de esa palidez que ha conservado siempre desde entonces—porque nunca ha vuelto á recobrar aquel encarnado de rosa entreabierto que hacía de ella la reina de las rosas de Valognes, donde la última muchacha de la calle deslumbra por su frescura,—cuando se le dijo que estaba salvado Destuches, volvió á ofrecer su cara aquel arrebatamiento inexplicable que le daba la apariencia de una estatua viva de coral.

«E inexplicable ha permanecido, señor de Fierdrap, tan inaudito rubor. Han pasado los años; ha marchado el tiempo; la vida no es ya para ella sino un gran silencio en un solo pensamiento; la sordera, la aisladora sordera, ha interpuesto una muralla entre ella y los demás, y la ha *encerrado en su torre*, como ella dice. Pues bien: que un día que ella oiga se pronuncie por casualidad en su presencia el nombre de Destuches, de que ahora se habla bien poco, y reaparecerá el fuego en esas sienas de una pureza de doncella muerta, y entre cuyos cabellos, á no ser rubia, habrían empezado ya á brillar hebras de plata. Parecerá increíble, barón, pero es así. Mire usted: yo no quisiese nunca causar involuntariamente la menor pena á esta noble criatura; pero si este temor no me contuviese, y levantándome de mi sitio, me llegase á la que está bordando á la luz de ese quinqué desde hace tres horas sin oír una sola palabra de lo que hemos dicho, y le gritase al oído: «¡Amada, el cabecilla Destuches no ha muerto! El abate acaba de verlo en la plaza...» ¿apostamos, barón, á que el rubor, el rubor inexplicable, reaparecía en la cara de la prometida de *M. Jacques*, que nunca ha amado á nadie más que á él?...

—No digo que no—respondió el abate gravemente.—No cabe duda de que amaba á *M. Jacques*. Pero, ¿quién sabe—añadió bajando la voz (precaución inútil para ella, y sólo como si temiese por sí mismo lo que decía),—quién sabe... sí, por caso extraordinario, no era tan pura?...»

Y se detuvo, sin atreverse á acabar, arredrado aquel abate gran señor, no ya sólo de su palabra, sino de su pensamiento.

—¡Oh, hermano!—exclamó la señorita de Percy, con un sentimiento inspirado á la vez por el horror y por la imposibilidad del supuesto, dando un golpe en el suelo con el pie á lo reina Berta.

Y las mismas Touffedelis, tornándose sensitivas, porque la imbecilidad se hace sensible á ratos, retrocedieron en sus sillones con una energía que pregonaba de sobra hasta qué punto las escandalizaba el pensamiento del abate.

El abate no acabó... Había dicho bastante. El sacerdote es siempre el más profundo de los moralistas. La mirada, aguzada por la confesión, va siempre más allá que la de los otros hombres. Se dice que el zahorí ve el cadáver al través del césped que lo cubre. El sacerdote es el zahorí de nuestros corazones.

Miró al barón de Fierdrap, que giñó los ojos; tampoco añadió una palabra. Fué una pausa singular. El tonel del Baco dió las dos. No ahullaban ya los perros de *M. Mesnilhouseau*. Fuera reinaba el silencio, no interrumpido ya por la lluvia, é invadía aquel salón, cuya chimenea se había apagado, y cuyo grillo, esa cigarra del hogar, que Santa llamaba una chicharra, se había dormido.

—¡Calle!—dijo el barón de Fierdrap.—Con toda esta historia no he tomado mi té. Abrió la tetera y metió den-

tro las narices. El agua se había evaporado á fuerza de hervir.

—¡Imagen de todo!—exclamó el abate.—¡Vámonos, Fierdrap! Dejemos acostarse á estas señoritas. Esta noche hemos tenido una verdadera orgía de conversación.

—No todos los días son de fiesta—respondió su amigo.—Ahora lo que tengo son unas ganas furiosas de que llegue mañana. Puesto que estás seguro de haberlo visto esta noche en la plaza de los Capuchinos, mañana tendremos quizá noticias del cabecilla Destuches.

Y se marcharon, después de sepultar la señorita de Percy su corpulenta persona y su barril oriental dentro de su capuchón de tiritaña. El abate, que tenía más razón que nunca para llamarla «su gendarme,» se agarró á su brazo de autoridad, y le cantó á media voz, arrastrando los zuecos por las calles, las primeras palabras de una canción que le dedicó un día:

Conozco yo un militar
que va rezando el breviario,
y por todo regimiento
no tiene más que un soldado.

El tal es una niña
un poco montaraz.

¡Plan, rataplán, plan, rataplán!

El barón había encendido su linterna, como el abate, y los tres acompañaron solemnemente hasta el convento á Amada, á quien las hermanas Bernardinas, por deferencia á tal pensionista, concedían el permiso de recogerse tarde. El abate, su hermana y el barón iban más ó menos impresionados por aquella historia de uno de los héroes de su juventud, pero lo estaban menos seguramen-

te que *otra persona* que había allí, de quien nada he dicho todavía. Abstraídos en lo que contaban, la habían olvidado, y yo he hecho lo mismo que ellos... Esa otra persona no era más que un niño, de quien no hicieron aprecio, engolfados en su historia; y él, quietecito en su taburete, había permanecido junto á la chimenea, recostando en el mármol su cabeza prematuramente pensativa. Tenía unos trece años, la edad en que, si sois *juiciosos*, se olvidan de mandaros á la cama en las casas donde os quieren. Él lo había sido aquel día, por casualidad probablemente, y se había quedado en el vetusto saloncito, mirando y grabando en su tierna memoria aquellas caras que rara vez se veían en ese tiempo, y que ahora ya no se ven, é interesándose por aquellos tipos en que se mezclaba el genio bondadoso y bromista con tanto carácter y tan altos y grandes sentimientos. Tal circunstancia es una suerte para esta historia, si os ha interesado; porque, sin ese niño, estaría enterrada en las cenizas del hogar apagado de las señoritas de Touffedelys, cuya familia no existe ya, y cuya casa de la calle de las Carmelitas, la casa de esas primas de Tourville, habitan ahora ingleses de paso por Valognes; nadie, pues, en el mundo hubiera podido contárosla y acabarla, ya que, como veis, la historia no estaba concluída. La señorita de Percy no la había terminado, ni la terminó nunca. Quedóse interrumpida en aquel rubor, sobre el cual proyectó el abate con una palabra sola, una luz que sublevó á todos.

La señorita de Percy tenía fe en Amada, y los sentimientos de aquel espíritu enérgico eran inquebrantables. Amada de Spens guardó su secreto, y la señorita de Percy conservó su respeto hacia Amada. Murió creyéndola la Virgen-Viuda, como decía, digna de entrar con

dos palmas en el cielo, las dos palmas de los dos sacrificios cumplidos. El abate, que tenía el tacto de los grandes espíritus, no hizo jamás una reflexión, ni habló nunca del cabecilla Destuches á la señorita de Spens, que, habiendo perdido á las Touffedelys después de la señorita de Percy, se enclaustró sin tomar el velo, y no volvió á salir del convento.

Pero el niño á que me he referido creció, y la vida, la vida apasionada con sus vertiginosas distracciones y los horribles sinsabores que las siguen, no pudieron hacerle olvidar nunca esa impresión de la infancia, esa historia tejida, como un tirso, de dos relatos entrelazados, ¡el uno tan soberbio y el otro tan triste! y los dos, como todo lo que es bello en la tierra, que perece sin haber dicho su última palabra, los dos sin desenlace. ¿Qué había sido del cabecilla Destuches?... No hubo al día siguiente las noticias que el barón de Fierdrap esperaba. En Valognes nadie conocía al cabecilla Destuches, y, sin embargo, el abate no era un soñador á quien se le hiciesen duendes los dedos como á las señoritas de Touffedelys y á Couyart. Había visto á Destuches. Era, pues, una realidad; había pasado por Valognes. Pero... había pasado... Por otra parte, ¿qué misterio encerraba la vida de esa bella y pura Amada de Spens con respecto á Destuches?... Dos cuestiones cerniéndose eternamente sobre dos imágenes, y á las cuales respondieron después de veinte años las circunstancias, vencidas por el encarnizamiento del recuerdo. ¿Quién sabe? A fuerza de pensar en una cosa, se crea quizá el azar.

Yo no había cesado nunca de pensar en ese hombre y de informarme de su suerte, y el azar me reveló, en efecto, que vivía... que mi gran abate de Percy no se había engañado cuando lo vió y lo tomó por un loco.

Desde Valognes, por donde había atravesado, como el rey Lear, en medio de la lluvia y la borrasca, de vuelta de Inglaterra, sustrayéndose á la vigilancia de las personas que lo restituían á su país, fué á parar á casa de una familia á quien espantó por la locura furiosa de que estaba poseído. El fracaso de sus ambiciones, el desconocimiento de sus servicios, la crueldad de la suerte que elige á veces las manos más queridas para herirnos, todo había sido parte para volver loco á aquel hombre, frío como Claverhouse,—loco cuyo vigor irresistible ofrecía el peligro de una calamidad, y exigía la camisa de fuerza.—Lo habían encerrado misteriosamente en un manicomio, donde vivía hacía más de veinte años. Todo esto lo supe poco á poco, á retazos, como llega uno á saber las cosas que le ocultan. Pero, cuando lo supe, me prometí ver á aquel hombre, que se había esforzado en pintarme una mujer, como lo hubiera pintado un poeta. El estado en que encontraría yo á ese hombre heróico, muerto por completo y pudriéndose en el más tremendo de los sepulcros—¡una casa de locos!—era una razón más para desear el espectáculo. Es bueno empa- par el corazón en el menosprecio de las cosas humanas, y, sobre todo, de la gloria, que se da muchos humos con los que se fían de ella, y creen que no puede engañar.

Llegó, pues, un día en que pude ver al cabecilla Destuches, y comparar mentalmente su figura juvenil, esbelta y terrible, como la de Perseo cortando la cabeza á la Gorgona, con la figura de un viejo, destruído por la edad, la locura y todos los reveses del destino. Inútil es decir lo que hice para lograrlo, pero pude verlo... Lo hallé sentado en una piedra, porque hacía ya mucho tiempo que no era loco de atar, en un patio cuadrado, circuido de arcos, muy blanco y muy limpio. Desde que

no era malo, lo habían sacado de los calabozos y le dejaban vagar por ese patio, en donde había una fuente cercada de acirates poblados de flores rojas, y en torno de la cual andaban algunos pavos reales. Él miraba esas flores rojas con sus ojos de azul marino, donde nada sobrevivía, excepto una llama que ardía aún sin pensamiento, como un fuego abandonado en el cual ya nadie se calienta. La hermosura de la *bella Elena*, de aquel hombre que fué un día más celestialmente hermoso que la *bella Amada*, según la señorita de Percy, se había desvanecido totalmente, pero su fuerza no. Era aún vigoroso, á pesar del agotamiento originado por veinte años de locura, que hubiesen consumido á cualquier hombre menos robusto. Llevaba un traje de muletón azul con botones de hueso y un pañuelo de Jersey al cuello, como un marinero; y eso era: tenía trazas de un marinero viejo que espera aburrido en tierra. El médico me dijo que, avanzando la vejez, y sucediendo al furor la demencia, habíase operado en sus facultades el más irremediable y profundo desorden; que se creía gobernador de una plaza, de edad de dos mil años, y que en vano trataría de sacar de él un rayo de lucidez. Pero yo no me anduve en rodeos, y, sin más preámbulos, le dije bruscamente:

—¿Con que es usted, cabecilla Destuches?

Se levantó como si lo hubiese llamado, y quitándose su gorrilla de hule, me enseñó un cráneo calvo y pulimentado como una bola de billar.

—Es singular—dijo el doctor;—yo no hubiera creído nunca que respondiese á su nombre, teniendo tan perdida la memoria.

Pero yo, animado por el éxito, le dije á boca de jarro:

—¿Se acuerda usted de su evasión de Coutances, señor Destuches?

Miraba al vacío como si viese en el aire alguna cosa.

—¡Sí!—contestó, parándose un poco.—¡Coutances! y el juez que me condenó á muerte—añadió sin pararse,— ¡el bribón de...!

Lo nombró. Era un nombre subsistente aún en la comarca, y sus ojos de azul marino despidieron un rayo fosfórico de odio implacable.

—Y de Amada de Spens, ¿se acuerda usted?—agregué, como quien suelta un tiro tras otro, temiendo que el loco reapareciera, y queriendo herir con este último recuerdo el timbre mudo de aquella memoria gastada que había que despertar.

Se estremeció.

—¡Sí, también!—dijo, y parecía afluir á sus ojos un tropel de pensamientos.—¡Amada de Spens, la que me salvó la vida! ¡La hermosa Amada!

—¡Ah! Quizá era mía la historia que la señorita de Percy no había acabado... Y esa idea me comunicó la voluntad magnética que domina un minuto á los locos y les obliga á obedecer.

—¿Y cómo se arregló para eso, señor Destuches? ¡Vamos, diga usted!

—¡Oh!—respondió (yo había conseguido transmitir mi alma á su pecho, á fuerza de voluntad).—Estábamos solos en Bois-Frelon, ¿sabe usted? cerca de Avranches... Todos se habían ido... Vinieron los azules como venían frecuentemente, pasito á pasito... Cercaron la casa... Era de noche. Yo me hubiese dejado matar, arriesgándolo todo, tirándome por las ventanas como en la Faulx, pero llevaba despachos. Esos despachos me quemaban... Frotté estaba esperando. Lo han matado á Frotté, ¿verdad?

Temblé, temiendo que la idea de Frotté lo llevase demasiado lejos de lo que yo quería que me dijese.

—¡Lo han matado, lo han fusilado!—le respondí.—
Pero, ¿Amada?...

Y le sacudí rudamente el brazo.

—¡Ah!—continuó.—Rezó á Dios... entreabrió las cortinas para que la vieses bien... Era la hora de acostarse... Se desnudó. Se quedó completamente desnuda. Jamás hubiesen creído que allí había un hombre, y se marcharon. La habían visto... Yo también... ¡Era hermosísima!... encarnada como esas flores que hay ahí (señalando las de los cuadros).

La mirada volvió á recobrar su aspecto vago y vacío, y empezó á divagar.

Pero yo no temía ya su locura. ¡Tenía mi historia! Con esas pocas palabras reconstituía el conjunto, como un nuevo Cuvier. Era, pues, cierto; el abate tenía razón, y tenía razón su hermana: ¡la viuda de *M. Jacques* seguía siendo la Virgen-Viuda! ¡Amada era pura como una azucena! Sólo que había salvado la vida de Destuches como jamás mujer salvó la de nadie... La había salvado ultrajando ella misma su pudor. Cuando los azules vieron, al través de la ventana, desde el escondite en donde estaban emboscados, aquella casta mujer que iba á acostarse, y se quitaba uno á uno sus velos como si sólo se hubiese hallado ante los ojos de Dios, no abrigaron ya ninguna duda; allí no podía haber nadie, y partieron: ¡Estaba salvado Destuches! ¡Destuches, que la había visto también como los azules... que, joven entonces, no tuvo quizá fuerzas para cerrar los ojos y no ver la belleza de aquella joven sublime, que, por salvarlo, sacrificaba la pureza inmaculada de las flores de su alma y la divinidad de su pudor! Luchando entre ese pudor tan deli-

cado y altivo y la piedad que impulsa á salvar á un hombre, vaciló... vaciló, ¡sí! pero al cabo llevó su mano á ese cáliz de vergüenza, y lo apuró. ¡Mademoiselle de Lombrenil no bebió más que un vaso de sangre por salvar á su padre! Más adelante sufriría acaso Amada tanto como ella!... Aquellos sonrojos, que la cubrían por entero, cuando estaba presente Destuches, ó al oír su solo nombre, y que nunca la incendiaron con oleadas tan encendidas como el día en que la señorita de Percy pronunció sin saberlo la frase que le recordaba la desgracia de su vida: «¡*Destuches será su testigo de usted!*»; aquellos sonrojos eran signos, siempre prontos á reaparecer, de un suplicio que duraba eternamente en su pensamiento, y que tornaba más bello su sacrificio cada vez que la sangre ofendida la teñía con su ofensa.

Confieso que salí de aquel manicomio sin pensar más que en Amada de Spens. Casi había olvidado á Destuches... Antes de abandonar el patio me volví para verlo... Había tornado á sentarse bajo su arco, y con aquellos ojos que habían traspasado las brumas, las distancias, las olas, las filas enemigas y el humo de los combates, no miraba ya sino las flores rojas con que acababa de comparar á Amada, y, en medio de la abstracción de su demencia, quizá ni las veía...

J. BARBEY D'AUREVILLY.

EL SECRETO



FRANCET Mamai, un gaitero (1) viejo, que viene á mi casa de vez en cuando á pasar la velada, bebiendo vino hervido, me contó la otra noche un dramita de aldea, de que fué testigo mi molino hará unos veinte años. Me conmovió el relato del viejo, y voy á tratar de repetíroslo tal y como se lo oí.

Figuraos por un momento, caros lectores, que estáis sentados delante de una jarra de aromático vino, y que os habla un viejo gaitero.

Ha de saber usted, señor mío, que nuestra tierra no ha sido siempre un país muerto y sin nombradía, como hoy. En otras épocas teníamos un gran comercio molinero, y de diez leguas á la redonda nos traían á moler su trigo las gentes de las masías... Las colinas de alrededor de la aldea estaban cubiertas de molinos de viento. A derecha é izquierda no se veían más que aspas que giraban con el mistral por encima de los pinos, y reatas de borriquillos cargados de costales, que subían y bajaban por los senderos. Y daba gusto oír arriba toda la semana el

(1) Traducimos la idea, no la palabra, tomando la voz «gaitero» en su acepción más general. La traducción estricta sería: *pifanero*.—N. del T.

chasquido de los látigos, el crugido del lienzo y el ¡*Día hue!* de los mozos del molino... Los domingos nos íbamos allá en pelotón, y los molineros pagaban el moscatel. Las molineras estaban hechas unas reinas, tan guapetonas, con sus pañoletas de encaje y sus cruces de oro. Yo llevaba el pífano y se bailaban farándulas hasta que era ya noche oscura. En fin: que aquellos molinos eran la alegría y la riqueza de esta tierra.

Desgraciadamente, á unos franceses de París les dió la idea de establecer una fábrica de harinas al vapor en el camino de Tarascón. ¡Todo tan bonito y tan nuevo! La gente tomó la costumbre de mandar su trigo á esos fabricantes, y los pobres molinos de viento se quedaron sin trabajo. Trataron de luchar algún tiempo; pero pudo más el vapor, y unos tras otros, ¡demonche!, todos tuvieron que cerrarse... Ya no volvieron á aparecer los borriquillos... Las molineras guapetonas vendieron sus cruces de oro... ¡Adios moscatel! ¡adios farándula!... Podía soplar el mistral, que lo que es las aspas no rebullían... Luego viene un día el Ayuntamiento y manda echar abajo aquellas casuchas, para plantar en su lugar viñas y olivos.

A pesar de todo, en medio de ese desastre, hubo un molino que se hizo firme, y seguía moviendo las aspas como un valiente, encima de su collado, á las barbas de los fabricantes. Era el molino del tío Cornille, el mismito en que estamos pasando la velada en este momento.

*
* *

El tío Cornille era un molinero viejo, que vivía hacía sesenta años metido entre la harina, y no sabía salir de su molino. La instalación de las fábricas lo volvió medio

loco. Durante ocho días anduvo corriendo por el lugar amotinando á la gente, y gritando que querían envenenar á la Provenza con la harina de los fabricantes. «No vayáis allá (decía); esos bandidos se sirven, para hacer pan, del vapor, que es una invención del diablo, mientras que yo trabajo con el mistral y la tramontana, que son la respiración de Dios bendito...» Y así se le ocurrían una porción de buenas cosas en alabanza de los molinos de viento, pero nadie las escuchaba.

Entonces el viejo, lleno de despecho y de rabia, se encerró en su molino y vivió enteramente solo como una fiera. No quiso quedarse ni aun con su nieta Vivette, una muchacha de quince años, que desde la muerte de sus padres no tenía á nadie en el mundo más que al abuelo. La pobreta se vió obligada á ganarse la vida, y andar de masada en masada ofreciendo sus servicios para la siega, la cría de los gusanos de seda ó la recolección de la aceituna. Y el caso es que el abuelo parecía querer mucho á la chica. Se andaba á menudo sus cuatro leguas á pie con un sol de justicia para ir á verla al más en donde trabajaba; y, cuando estaba á su lado, se pasaba las horas muertas mirándola con las lágrimas en los ojos...

En el país se pensaba que, al despedir á Vivette, el viejo había obrado por avaricia, y no lo honraba mucho eso de dejar que la nieta fuese rodando de cortijo en cortijo, expuesta á las brutalidades de los amos y á todas las miserias de su condición. Parecía muy mal también que un hombre de las circunstancias del tío Cornille, y que hasta allí había sabido respetarse, se marchase entonces por esos mundos de Dios como un verdadero gitano, con los pies descalzos, con el gorro agujereado y la ropa hecha girones... La verdad es que, cuando lo veíamos entrar en misa los domingos, á nosotros, los viejos, nos daba

vergüenza por él; y Cornille lo comprendía tan perfectamente que ya no se atrevía á sentarse en nuestro banco; siempre se quedaba en el fondo de la iglesia, entre los pobres, junto á la pila del agua bendita.

Había algo que no acaba de explicarse en la vida del tío Cornille. Hacía mucho tiempo que en el lugar nadie le enviaba trigo, y, sin embargo, las aspas del molino seguían su marcha como antes... Por la tarde encontraban al viejo en los caminos arreando su asno cargado de abultados costales de harina.

—Buenas tardes, tío Cornille (le gritaban los campesinos). Parece que marcha siempre esa molienda.

—Siempre, hijos (respondía el viejo con voz alegre). Trabajo no falta, gracias á Dios.

Si luego le preguntaban de dónde demonios podía venirle tanto trabajo, se llevaba un dedo á los labios y respondía gravemente:

—¡Chito! Trabajo para la exportación...

Jamás pudo sacársele otra cosa.

En cuanto á meter la nariz en su molino, no había que soñarlo. Ni la misma Vivette entraba allí.

Cuando pasaba uno por delante, siempre veía cerrada la puerta, las aspas en movimiento, el borrico viejo mascullando la hierba de la explanada, y un gatazo flacucho tomando el sol en el alfeizar de la ventana y mirándole á usted con cara de pocos amigos.

Todo eso trascendía á misterio, y daba mucho que hablar á la gente. Cada cual explicaba á su modo el secreto del tío Cornille, pero el rumor más extendido era que en aquel molino abundaban más aún las talegas de escudos que los costales de harina.

*
* *

Sin embargo, á la larga todo se descubrió. He aquí cómo:

Un día, tocando el pífano para que bailara la gente moza, noté que el mayor de mis hijos y la Vivette andaban enamorados. En realidad no me pesó, porque, después de todo, el nombre de Cornille era para nosotros respetable; y luego, que sería un gusto ver bullir por la casa á esa pajarita tan mona de Vivette. Pero, como los chicos tenían mil ocasiones de encontrarse juntos, quise arreglar las cosas en caliente para evitar contingencias, y subí hasta el molino á decir dos palabras al abuelo... ¡Cuidado con el vegestorio! ¡Había que ver de que manera me recibió! Imposible hacerle abrir la puerta. Le expliqué el caso como Dios me dió á entender al través del agujero de la cerradura, y, mientras hablaba, no se quitaba de allí el bribón del gato flacucho que bufaba como un condenado.

El viejo no me dió tiempo de acabar, y me gritó con la mayor grosería que me volviese á mi flauta; que si tenía prisa de casar á mi chico, podía ir en busca de novias á la fábrica... No hay que decir si se me subiría la sangre á la cabeza oyendo aquellas bellaquerías; pero tuve la bastante prudencia para contenerme, y dejando aquel viejo loco en su molino, volví á anunciar á los chicos el percance... Los pobres tortolillos no podían dar crédito á lo que oían, y me pidieron por favor que los dejase subir juntos al molino para hablar al abuelo... Yo no tuve valor para negárselo, y ¡brrrrum! allá van mis dos novios.

Cabalmente cuando ellos llegaron acababa de salir el tío Cornille. Estaba cerrada la puerta; pero el viejo, al marcharse, había dejado fuera su escala, y en un santiamén les asaltó á los muchachos la idea de entrar por la

ventana y hechar una ojeada á lo que pudiese haber en aquel famoso molino...

¡Cosa singular! la pieza de la muela estaba vacía... Ni un saco, ni un grano de trigo, ni la menor señal de harina en las paredes ni en las telas de araña... No se percibía siquiera ese olor cálido agradable de trigo triturado que embalsama los molinos... El árbol estaba cubierto de polvo, y encima estaba durmiendo el gatazo escuálido.

La pieza inferior ofrecía las mismas señales de miseria y de abandono: un mal camastro, algunos harapos, un pedazo de pan en un escalón, y en un rincón tres ó cuatro costales repletos de cascote y de tierra blanca.

¡Tal era el secreto del tío Cornille! Aquel cascote era el que paseaba á la tarde por los caminos para salvar el honor del molino, y hacer creer que allí se fabricaba harina... ¡Pobre molino! ¡Pobre Cornille! Había ya mucho tiempo que las fábricas les quitaron su último cliente. Las aspas daban vueltas, pero la muela giraba en el vacío.

Los chicos volvieron llorosos á contarme lo que habían visto. A mí, al oírlos, se me despedazó el corazón...

Sin perder un minuto, corrí á ver á los vecinos; les puse al corriente en dos palabras, y convinimos en que hacía falta llevar inmediatamente al molino de Cornille todo el trigo que hubiese en las casas... Dicho y hecho. Toda la aldea se puso en movimiento, y llegamos arriba con una procesión de asnos cargados de trigos; pero ¡aquél si que era trigo de veras!

El molino estaba abierto de par en par... El tío Cornille, sentado en un saco delante de la puerta, lloraba con la cabeza entre las manos. Acababa de advertir, al vol-

ver, que durante su ausencia habían entrado y sorprendido su secreto.

¡Pobre de mí! (decía). Ahora ya no me queda más que morir... ¡El molino está deshonorado!

Y sollozaba de una manera que partía el alma, dando á su molino toda clase de nombres y hablándole como una verdadera persona.

En aquel momento llegan los asnos á la explanada, y todos nos ponemos á gritar muy fuerte, como en los buenos tiempos de los molineros:

—¡Ah del molino! ¡Eh, tío Cornille!

Y allá van amontonándose sacos delante de la puerta, y derramándose por todas partes el hermoso grano rubio...

El tío Cornille abría desmesuradamente los ojos. Había cogido un puñado de trigo con su mano apergamina da, y decía, riendo y llorando á la vez:

—¡Es trigo!... ¡Santo Dios!... ¡Trigo bueno!... Dejadme que lo mire.

Y luego, volviéndose hacia nosotros, añadió:

—¡Ah! ¡Ya sabía yo que volveríais!... Todos esos fabricantes son unos ladrones.

Queríamos llevarlo en triunfo á la aldea.

—No, no, hijos míos; antes de todo tengo que dar de comer á mi molino... ¡Haceos cargo! ¡Va ya tanto tiempo que no pasa nada por sus dientes!

Y todos teníamos los ojos llenos de lágrimas, al ver al pobre viejo ir de acá para allá, vaciando los sacos é inspeccionando la rueda, al tiempo que el grano se trituraba y volaba al techo el menudo polvo del trigo.

Hay que hacernos justicia: desde aquel día jamás dejamos al viejo sin trabajo. Pero una mañana murió el tío Cornille, y las aspas de nuestro último molino cesaron de

girar para siempre... Muerto Cornille, nadie lo sustituyó. ¡Qué quiere usted, señor!... Todo tiene fin en este mundo, y hay que creer que había pasado el tiempo de los molinos de viento, como el de las cocas del Ródano, de los «parlamentos» y de las jaquetas rameadas.

ALFONSO DAUDET.

(1) TRAMONÉS DU CHARDONNET (1)

RECUERDOS DE MI JUVENTUD

SAINT-NICOLAS DU CHARDONNET (1)

I

EL Seminario Saint-Nicolas du Chardonnet, situado junto á la iglesia de este nombre, entre la calle de San Víctor y la de Pontoise, vino á ser, después de la revolución, el instituto eclesiástico de segunda enseñanza de la diócesis de París. Hasta 1837 no tuvo ningún renombre. El renacimiento brillante del clericalismo ilustrado y mundano se verifica entre 1830 y 1840. Durante el primer tercio del siglo San Nicolás fué un establecimiento religioso oscuro; los estudios valían poco, y el número de alumnos quedaba muy por debajo de las necesidades de la diócesis. Lo dirigió, sin embargo, un sacerdote bastante notable, el abate Frère, teólogo profundo, muy

(1) *San Nicolas del Cardizal* diríamos nosotros. Llamóse así la iglesia de que toma nombre el Seminario, aludiendo al terreno inculto, poblado de cardos, en que se edificó.—*N. del T.*

versado en la mística cristiana. Pero era el hombre menos á propósito para despertar y estimular á niños de segunda enseñanza. Bajo su dirección, San Nicolás fue un establecimiento puramente eclesiástico, poco numeroso, y sin otra mira que la carrera sacerdotal, un Seminario anticipado, abierto exclusivamente á los que se consagraban al sacerdocio, y que desatendía por completo el aspecto profano de los estudios.

M. de Quélen tuvo una inspiración de genio al confiar la dirección de esa casa á M. Dupanloup. El aristocrático prelado no apreciaba mucho la dirección enteramente clerical del abate Frère; amaba la piedad, pero la piedad mundana, de buen tono, sin barbarie escolástica ni jerga mística, la piedad como complemento de un ideal de buena sociedad, que era realmente su principal religión. Si Hugues ó Ricardo de Saint-Víctor se hubiesen presentado á él como pedantes ó patanes, no los hubiese tenido en gran estima. Profesaba á M. Dupanloup el más vivo afecto. Este era entonces legitimista y ultramontano. Han sido menester las exageraciones de los tiempos siguientes para que, trocándose los papeles, se le haya podido considerar como galicano y orleanista. M. de Quélen veía en él un hijo espiritual, partícipe de sus desdenes y prejuicios. Sabía sin duda el secreto de su nacimiento. Las familias que habían velado paternalmente sobre el joven eclesiástico, haciendo de él una persona bien educada y admitiéndole en el círculo cerrado de su sociedad, eran las que conocía el noble arzobispo, y las que formaban para él los confines del universo. Yo he visto á M. de Quélen; me dejó la impresión del perfecto obispo del antiguo régimen. Recuerdo su belleza (una belleza de mujer), su elegante presencia y la gracia arrebatadora de sus movimientos. No tenía otra cultura que la del hom-

bre de mundo de una educación excelente. Para él la religión era inseparable de las buenas maneras y de la dosis de buen sentido relativo que dan los estudios clásicos. Tal era también la medida intelectual de M. Dupanloup. No distinguía á esos hombres la bella imaginación que asegura un valor durable á ciertas obras de Lacordaire y de Montalembert, ni la profunda pasión de Lamennais; para ellos el humanismo y la buena educación eran el objeto y fin de todas las cosas; el favor de las gentes de mundo bien educadas constituía su supremo criterio del bien. En uno y otro, ausencia completa de teología; se contentaban con reverenciarla de lejos. Los estudios teológicos de esos distinguidos personajes habían sido muy endebles. Tenían fe viva y sincera, pero una fe implícita, poco preocupada de los dogmas en que era preciso creer. Comprendían el poco éxito que alcanzaría la escolástica en el público á que ellos miraban exclusivamente, el público mundano y asaz frívolo de un predicador de Saint-Roch ó de Saint-Thomas d'Aquin.

Con tal disposición de espíritu puso M. de Quélen en manos de M. Dupanloup la austera y oscura casa del abate Frère y de Adriano de Bourdoise. El seminario de segunda enseñanza de París no había sido hasta entonces, al tenor del concordato, más que el plantel de los sacerdotes de París, plantel harto deficiente y estrictamente circunscrito al objeto que la ley le prescribía. Muy otra cosa soñaba el nuevo superior elegido por el arzobispo para el ministerio, poco ambicionado, de dirigir los estudios de los seminaristas. Le pareció necesario reconstruirlo todo, desde los edificios, donde la piqueta no dejó más que los muros. hasta el plan de estudios, que M. Dupanloup reformó de arriba abajo. Su pensamiento se resumía en dos puntos esenciales. Vió, en primer lugar, que un ins-

tituto de segunda enseñanza puramente eclesiástico no tenía ninguna probabilidad de éxito en París, ni bastaría nunca para el reclutamiento de la diócesis, Tomando informes, particularmente del Oeste de Francia y de Saboya, su país natal, concibió la idea de llevar á París los muchachos de esperanzas que le indicaron.

En segundo término, quiso que aquella casa fuese un centro modelo de educación, según él la concebía, y no un seminario del tipo ascético y clerical. Se propuso—cosa delicada quizá—que la educación dada á los jóvenes seminaristas sirviese al propio tiempo para los hijos de las primeras familias de Francia. El éxito del espinoso asunto de la calle de Saint-Florentin lo había puesto de moda entre los legitimistas; algunas relaciones con los orleanistas le aseguraban otra clientela, de que no era bueno privarse. Siempre en acecho de los vientos de la moda y de la publicidad, no desperdiciaba ninguna cosa que alcanzase el favor del momento. Su concepción de la sociedad era muy aristocrática; pero admitía tres aristocracias: la nobleza, el clero y la literatura. Lo que él quería era una educación liberal, que pudiese convenir igualmente al clero y á la juventud del barrio de Saint-Germain, sobre la base de la piedad cristiana y de las letras clásicas. El estudio de las ciencias quedaba excluído; no tenía de él la menor idea.

De esa suerte la vetusta casa de la calle de San Víctor fué durante algunos años la casa de Francia donde hubo más nombres históricos ó conocidos; obtener allí plaza para un joven era un favor muy regateado. Las cuantiosas sumas con que las familias ricas compraban ese favor servían para dar educación gratuita á los jóvenes sin recursos que se distinguían por éxitos constantes. Todo revelaba la fe absoluta de M. Dupanloup en los es-

tudios clásicos. A sus ojos esos estudios formaban parte de la religión. Creía que la juventud destinada al estado eclesiástico y la juventud destinada al primer rango social debían educarse de la misma manera. Le parecía que Virgilio debía entrar por tanto como la Biblia, cuando menos, en la cultura intelectual de un sacerdote. Esperaba que una plana escogida de la juventud clerical, en contacto con jóvenes de las altas clases, sometidos á las mismas disciplinas, sacaría un barniz superior y hábitos más distinguidos que los que pueden dar seminarios poblados exclusivamente de alumnos pobres y de hijos de aldeanos. El hecho es que en este punto realizó prodigios. La casa, compuesta de dos elementos en apariencia inconciliables, tenía perfecta unidad. La idea de que el talento dominaba sobre todo ahogaba las divisiones, y el mayor infelizote, torpe y encogido, recién llegado de provincias, si al cabo de ocho días componía un buen tema ó algunos versos latinos de buen cariz era objeto de la envidia del millonario en ciernes que le pagaba la pensión sin saberlo.

En aquel año de 1836 obtuve yo cabalmente en el colegio de Tréguier todos los premios de mi curso. El *palmares* fué á dar en ojos de uno de los hombres ilustrados que el ardiente capitán empleaba en reclutar su juventud armada. En un minuto quedó decidida mi suerte. «Envíelo acá», dijo el impetuoso superior. Yo tenía quince años y medio; no se nos dió tiempo de reflexionar. Me encontraba de vacaciones en casa de un amigo, en una aldea próxima á Trégier. El 4 de Setiembre por la tarde fué á buscarme un enviado. Me acuerdo de aquel regreso como si fuese ayer mismo. Había que andar una legua á pie por el campo. El piadoso toque de oraciones, propagándose de parroquia en parroquia, difundía en el

aire una calma dulce y melancólica, imagen de la vida que iba á abandonar para siempre. Al otro día salí con dirección á París; el 7 ví cosas tan nuevas para mis ojos como si de repente me hubiesen lanzado á Francia desde Tahitíó Tombuctu.

II

Sí: un lama buddhista ó un faquir musulmán, transportado en un abrir y cerrar de ojos desde Asia á los *bullevares*, no se hubiera sorprendido tanto como yo al caer súbitamente en un medio tan distinto del de mis viejos sacerdotes de Bretaña, testas venerables, transformadas totalmente en cabezas de palo ó de granito, especie de colosos osíricos de grandiosa beatitud, semejantes á los que debía admirar después en Egipto, formando prolongadas avenidas. Mi vida en París fué el paso de una religión á otra. Mi cristianismo de Bretaña, se parecía al que encontraba entonces lo mismo que se parece al percal una tela antigua, dura como una tabla. No era la misma religión. Mis viejos sacerdotes, dentro de su maciza bóveda románica, me hacían el efecto de magos poseedores de las palabras de la eternidad; ahora lo que se me ofrecía era una religión de indiana y algodón, una piedad perfumana y emperifollada, una devoción de velitas y tiestecitos, una teología de señoritas sin solidez, de un estilo compuesto, indefinible, como la portada polícroma de un libro de Horas de casa de Lebel.

Fué la crisis más grave de mi vida. El bretón joven es difícil de transplantar. La viva repulsión moral que yo experimentaba, complicada con un cambio completo de

régimen y de costumbres, me produjo un acceso terrible de nostalgia. Me mataba el internado. Los recuerdos de la vida libre y feliz que había hecho hasta entonces con mi madre, me partían el corazón. No era yo el único que sufría. M. Dupanloup no había calculado todas las consecuencias de su conducta. Procedía imperiosamente á lo general de ejército, sin cuidarse de los muertos y enfermos que resultaban entre sus jóvenes reclutas. Nosotros nos comunicábamos nuestras penas. Mi mejor amigo, un joven de Coutances, si no me engaño, transportado también y que era un corazón excelente, se aisló, no quiso ver nada y murió. Los saboyanos parecían mucho menos aclimatables aún. Uno de ellos, de más edad que yo, me confesaba que todas las noches medía la altura del dormitorio del tercer piso sobre la calle de San Victor. Yo caí enfermo; según todas las apariencias, era hombre desahuciado. El bretón que alentaba en mí, divagaba abismado en infinitas melancolías. El último toque de oraciones cuyos ecos había oído prolongarse por nuestras queridas colinas y el último sol que había visto ponerse en aquellos tranquilos campos volvían á mi memoria como flechas agudas.

Según las reglas ordinarias, debí morir; quizás hubiese sido mejor. Dos amigos que llevé conmigo de Bretaña al año siguiente dieron una gran prueba de fidelidad: no pudieron acostumbrarse á aquel mundo nuevo, y volvieron á irse. Yo pienso á veces que dentro de mí murió el bretón; el gascón ¡ay! tuvo sobrados motivos para vivir; más aún: se percató de que aquel mundo nuevo era muy interesante, y valía la pena de asociarse á él.

En el fondo quien me salvó fué el que me había sometido á tan cruel prueba. Dos cosas debo á M. Dupanloup: haberme traído á París y haberme impedido morir al

llegar á él. Aquel hombre rebosaba vida, y me subyugó. Claro es que al principio se ocupó poco de mí. El personaje más de moda del clero parisiense, encargado de dirigir ó, más bien, de fundar un establecimiento de doscientos alumnos, no podía cuidarse personalmente del niño más oscuro. Una circunstancia singular anudó un lazo entre nosotros. El fondo de mi herida era el recuerdo demasiado vivo de mi madre. Habiendo vivido siempre solo con ella, no podía desechar las imágenes de la dulce vida que había gustado durante años. Yo había sido feliz, yo había sido pobre en su compañía. Mil circunstancias de aquella pobreza, que con la ausencia se hacían más conmovedoras, me destrozaban el corazón. Durante la noche yo no pensaba más que en mi madre; no podía conciliar el sueño. Mi único consuelo era escribirle cartas henchidas de cariño y empapadas de pena. Nuestras cartas, según costumbre de las casas religiosas, eran leídas por uno de los directores. El encargado de esa tarea notó el acento de amor profundo que palpitaba en aquellas páginas de un niño, y comunicó á M. Dupanloup una de mis cartas, que le causó el mayor asombro.

La prenda más hermosa del carácter de M. Dupanloup era el amor que profesaba á su madre. Aunque su nacimiento fué, por un lado, la mayor dificultad de su vida, honraba á su madre con un verdadero culto. La anciana vivía con él; no la veíamos nunca, pero sabíamos que todos los días pasaba algún tiempo con ella. Solía decir que el valor de los hombres está en proporción del respeto que tienen á su madre. Sobre este punto nos daba excelentes reglas, que, yo, por mi parte, había practicado siempre, como no tutear nunca á nuestras madres, ni acabar jamás las cartas que les dirigíamos sin escribir la

palabra *respeto*. Por aquí brotó entre nosotros una verdadera chispa de comunicación. El día en que le entregaron mi carta era viernes, día solemne, porque á la noche se leía en su presencia el cuadro de los puestos y notas de la semana. Aquella vez no salí airoso con la composición: era el quinto ó sexto de la clase. «¡Ah! (dijo M. Dupanloup) si el tema hubiese sido el de una carta que he leído yo esta mañana, Ernesto Renan, sería el primero.» Desde entonces se fijó en mi persona. Yo existí gracias á él; fué para mí lo que era para todos: un principio de vida, una especie de Dios. Un culto reemplazó á otro, y con ello se amortiguaron mucho los sentimientos que mis primeros maestros me inspiraban.

Sólo, en efecto, los que han conocido á Saint-Nicolas du Chardonnet en aquellos años brillantes de 1838 á 1844 pueden formarse idea de la intensa vida que allí se desarrollaba. Y esa vida no tenía más que una sola fuente, un solo principio: M. Dupanloup. Era la casa entera. El reglamento, el régimen práctico, la administración, el gobierno espiritual y temporal, todo lo era él. La institución estaba llena de partes defectuosas; él lo suplía todo. Como escritor y como orador era de segundo orden; como educador no tenía rival. El antiguo reglamento de la casa, como todos los reglamentos de seminario, prescribía un ejercicio de *lectura espiritual*. Todas las noches debía consagrarse media hora á la lectura de una obra ascética; M. Dupanloup suplantó de golpe á San Juan Clímaco y á las *Vidas de los Padres del desierto*. Aquella media hora la acaparó para sí. Todos los días se ponía en relación directa con la totalidad de los alumnos mediante una conversación íntima, comparable amenu-do por su naturalidad y abandono con las homilias de Juan Crisóstomo en la *Palæa* de Antioquía. Toda cir-

cunstancia de la vida interior de la casa, todo suceso de interés personal para el superior ó para cualquiera de los alumnos, era ocasión de una conversación rápida y animada. La sesión de las notas del viernes, era cosa más personal todavía, y que embargaba á todo el mundo. No había quien no viviese esperando ese día. Las observaciones con que acompañaba el superior la lectura de las notas eran la vida ó la muerte. No existía ningún castigo en la casa; la lectura de las notas y las reflexiones del superior constituían la sanción única que mantenía á todos suspensos y vigilantes.

Ese régimen ofrecía sus inconvenientes, no hay que decirlo. M. Dupanloup, adorado de sus discípulos, no era siempre agradable á sus colaboradores. Me han contado que lo mismo pasaba después en su diócesis, que siempre lo querían más sus seculares que sus sacerdotes. Verdad es que todo lo avasallaba en torno suyo. Pero su misma violencia nos atraía, al ver que nosotros constituíamos su único objeto. Era un despertador incomparable; nadie lo igualaba en sacar de cada alumno todo lo que podía dar de sí. Cada uno de los doscientos existía con perfecta distinción en su mente, y él era para todos el estímulo incessante, el motivo que impulsaba á vivir y trabajar. Creía en el talento, y lo erigía en base de la fe. Repetía frecuentemente que el hombre vale en proporción á su facultad de admirar. Su admiración no siempre era bastante ilustrada por la ciencia, pero nacía de un gran calor del alma y de un corazón verdaderamente poseído del amor á lo bello. Ha sido el Villemain de la escuela católica. M. Villemain fué, entre los seculares, el hombre que más amó y mejor comprendió. Cada vez que venía de verlo, nos contaba la conversación que habían tenido con el tono de la más calurosa simpatía.

Los defectos de la educación que daba eran los defectos mismos de su espíritu. Era muy poco razonador, muy poco científico. Hubiérase creído que todos sus doscientos alumnos estaban destinados á ser poetas, escritores y oradores. Estimaba poco la instrucción sin el talento. Eso se tocaba sobre todo al entrar los nicolaitas en San Sulpicio donde el talento no tenía valor ninguno, y solo se estimaban la escolástica y la erudición. Cuando se trataba de aderezar lógica y filosofía en latín bárbaro, aquellos espíritus, amamantados en las bellas letras, eran refractarios, y se negaban á una alimentación tan ordinaria. Así los nicolaitas eran poco estimados en San Sulpicio. Allí no se nombraba jamás á M. Dupanloup; se le reputaba demasiado poco teólogo. Cuando algún antiguo alumno de San Nicolás se aventuraba á recordar aquel instituto, no faltaba algún director viejo que decía: «¡Oh, sí! en tiempo de M. Bourdoise...», demostrando claramente que, en punto á aquella casa, no admitía otra ilustración que su pasado del siglo XVII.

ERNESTO RENÁN.

MADRID



(VERSIÓN LIBRE DE ALFREDO DE MUSSET)

Madrid: Princesa de las Españas,
en tus floridas verdes campañas
que el sol que mata sus resplandores
envuelve en leves, gasas y tules,
brillan radiantes y encantadores
ojos muy negros y ojos azules.

Ciudad hermosa de las verbenas,
de los romances de amantes penas,
de las tapadas, los galanteos,
¡cuántos pies blancos como jazmines,
huellan las flores de tus jardines,
alzan el polvo de tus paseos!

Ven en la plaza tus picadores
mil rebocillos provocadores,
mil blancas manos que palmotean
cuando tus toros, embravecidos,
la arena escarban, el lomo arquean,

braman, embisten y huyen heridos.

Ven los luceros en tus callejas
furtivas sombras junto á las rejas,
ven embozados tus caballeros,
ven que de prisa y enamoradas
la oscura calle cruzan tapadas
damas que llevan sus escuderos.

Madrid, asilo de la ventura,
Madrid, emporio de la hermosura,
calado alcázar que maravillas
con tus palacios y tus jardines,
las blancas blondas de las mantillas
y el negro raso de los chapines.

Todas tus rubias y tus morenas
las que caminan de gracia llenas
cimbrando el talle, la cara ufana,
juntas no valen lo que un cabello
de aquellas crenchas que sobre el cuello
deja caídas mi sevillana.

Es una blanca rubia española,
joven y viuda que vive sola.
—Calle escondida, vetusta casa,
portón ferrado, dueña que cela.
Si el Rey la ha visto y amor le abrasa
no confíe en el oro de su escarcela.

Llame y... aguarde si así lo quiere,
llame cien veces y desespere:
á todas horas silencio grave,
calle desierta, puerta cerrada;
pero si llego, mi enamorada
quita el cerrojo, tuerce la llave;

Porque me arrulla cuando me besa,
porque es la blanca y rubia Princesa

que ha coronado mi fantasía;
ágil, flexible, siempre nerviosa,
demonio y ángel, avispa y rosa,
donaire y fuego de Andalucía.

Cae en mis brazos y se estremece,
beso sus ojos y desfallece;
con soplo ardiente su pecho late,
rompe violenta los dulces lazos
y en las delicias de tal combate
huye y se escapa de entre mis brazos.

¿Qué me hizo dueño de su hermosura?
¿Qué me ha valido tanta ventura?
Mi árabe y negra cabalgadura,
su casco de oro, su estampa real...
mis alabanzas para Sevilla...
y aquella dulce miel con vainilla
de aquella tarde de Carnaval.

AGUSTÍN F. CUENCA.

ALFREDO DE MUSSET

ME propongo hablar de Alfredo de Musset. Ha mucho tiempo deseaba yo consagrar un estudio á este poeta, para mi tan querido, y que despierta en mi alma los recuerdos más gratos de la juventud. La ocasión se ha presentado: Pablo de Musset, el hermano que sobrevivió al poeta, ha publicado una obra titulada: «*Biografía de Alfredo de Musset, su vida y sus obras*», cuyo análisis me permite realizar al fin mis deseos.

Quiero, sin embargo, abrir mi corazón antes de haber abierto el libro. Corría el año de gracia de 1856, tenía yo diez y seis años y me desarrollaba en un rincón de la Provenza. Determino con precisión la fecha porque es la fecha de una pasión literaria entre la juventud. Eramos tres amigos; tres rapazuelos que todavía destrozábamos nuestros pantalones en los bancos de un colegio. En los días de asueto, en los días que podíamos robar al estudio nos entregábamos á correr como locos por los campos; sentíamos necesidad de aire libre, de sol, de senderos perdidos en el fondo de los barrancos, de los cuales, á guisa de conquistadores, tomábamos posesión. ¡Ah! ¡Que interminables paseos por las colinas! ¡Que delicio-

sos y que prolongados descansos en la verde plazoleta, contigua á un torrente en miniatura! ¡Que inolvidables regresos á la caída de la tarde entre el espeso polvo de la carretera, que crugía bajo nuestros pies, como cruje la nieve cuando ha caído en abundancia! En invierno, el frío nos encantaba; adorábamos la tierra endurecida por las heladas, que rechinaba alegremente á nuestro paso y nos dirigíamos á devorar tortillas á los pueblecitos adyacentes con la alegría de aquel cielo tan vivo, tan puro. En verano, nuestras citas eran todas en la orilla del río, porque entonces se enseñoreaba de nosotros la pasión por el agua; pasábamos tardes enteras zambulléndonos; allí vivíamos y solamente salíamos del agua para tendernos sobre la arena; una arena fina y recalentada por el sol. Después, en otoño, cambiaban nuestras aficiones; nos apasionábamos por la caza; ¡oh! éramos por cierto cazadores muy inofensivos, porque la caza era solamente un pretexto para largas escursiones. Bien será advertir que en aquellos terrenos no hay caza mayor, ni menor; los cierbos excasean lo mismo que las perdices. Hay un conejo para cada diez cazadores. Se da el caso de matar algunos zorzales ó cualesquiera otros pajarillos como hortelanos, papafigos, tordos; pero ¿qué nos importaba eso? Si de cuando en cuando disparábamos nuestras escopetas era realmente por el gusto de producir ruido. La partida de caza concluía siempre á la sombra de un árbol, tumbados los tres boca arriba y charlando sin cesar de nuestras aficiones.

Nuestras aficiones eran, á la sazón, los poetas. No charlábamos solos, llevábamos libros en nuestros bolsillos ó en nuestros zurriones. Durante un año Victor Hugo nos dominó como rey absoluto. Nos había conquistado por sus vuelos de gigante y nos hechizaba con su retóri-

ca vigorosa. Los tres sabíamos de memoria trozos enteros de sus obras y cuando volvíamos á casa, á la hora del crepúsculo vespertino, llevábamos el paso al compás de sus versos, tan sonoros como notas de clarín. Después, uno de nosotros llevó cierta mañana un tomo de Musset. En aquel rincón de provincia eramos muy ignorantes, nuestros profesores se abstenían de hablarnos de los poetas contemporáneos. La lectura de Musset fué para nosotros el despertar de nuestro propio corazón. Paramos todos estremecidos. No estoy ahora criticando literariamente, refiero con sinceridad y sencillez las sensaciones de tres muchachos abandonados á su propia naturaleza. Nuestra adoración por Victor Hugo recibió entonces un golpe terrible; poco á poco nos dejamos invadir por cierta frialdad, sus versos huyeron de nuestra memoria, ya no volvió á suceder que tropezásemos con un tomo de «*Las Orientales*, ó de *Hojas de Otoño*» entre nuestras municiones de guerra. Solo Alfredo de Musset dominaba en nuestros zurrones.

¡Hermosos recuerdos! No puedo cerrar mis ojos sin ver reproducidas las mañanas y las tardes de aquella época tan dichosa. Era una hermosísima mañana de Setiembre; una de esas mañanas de un cielo gris, suavemente gris; como si su color azul se nos presentase velado por gasas; almorzábamos en una hondonada rodeada de árboles cuyas ramas caían sobre nuestras cabezas. Era día lluvioso; nosotros, sin embargo, habíamos salido, despreciando la amenaza del cielo y habíamos tenido que refugiarnos en el hueco de una roca mientras la lluvia caía á torrentes. Hacía mucho viento; uno de esos vientos terribles que tronchan los árboles; habíamos buscado refugio en una taberna del pueblo, instalándonos en lo más apartado de una salita y regocijándonos con la

idea de pasar allí toda la tarde. Pero allí, lo mismo que en todas partes, nuestro mayor, nuestro único encanto consistía en que llevábamos á Musset con nosotros; en la hondonada, en el hueco de la roca, en la salita de la taberna de un villorrio, Musset nos acompañaba; esto era lo bastante para regocijarnos. El poeta nos consolaba siempre y en todo; desvanecía nuestro mal humor y estrechaba cada vez con más fuerza nuestra amistad. Alguna vez, si un pájaro demasiado curioso llegaba á ponerse al alcance de nuestra escopeta, pensábamos que era cuestión de honra disparar contra él; por fortuna los tres eramos detestables tiradores y en la mayor parte de los casos el pájaro agitaba sus plumas... y huía. Este episodio interrumpía á penas á uno de nosotros que leía en voz alta, por vigésima vez acaso, «*Rolla*» ó «*Las Noches*». No he comprendido nunca la caza de otro modo. Siempre que delante de mí hablan de caza, pienso en nuestros ensueños al aire libre, en la estrofa que se pierde en el aire con rumor de alas; vuelvo á ver las campiñas verdes, las llanuras abrasadas por el sol, los horizontes cuya inmensidad bastaba apenas á la ambiciosa soberbia de nuestros diez y seis años.

Hoy, cuando trato de analizar mis sensaciones de aquella época creo que Musset nos seducía primeramente por sus atrevimientos geniales. Sus *Cuentos de Italia y de España*, nos transportaron á un romanticismo algo irónico que, sin echarlo de ver nosotros mismos, nos hacía descansar del romanticismo sincero y concienzudo de Victor Hugo. Nosotros adorábamos el aparato de la Edad Media, los filtros y las estocadas; pero nos agradaban más un tanto deshilvanado, presentados con esa ironía delicada, ese excepticismo que se vislumbra entre líneas. La balada á la luna nos entusiasmaba porque era el

reto que un poeta de raza lanzaba lo mismo á los románticos que á los clásicos; era la carcajada franca de un espíritu independiente en el cual toda nuestra generación reconocía un hermano. Después cuando conocimos los versos más valiosos de Musset, el calor de humanidad que de él se desprende acabó por completo de conquistarnos. Ya no era solamente un muchacho de genio, era nuestro hermano, el hermano de todos los que teníamos entonces diez y seis años; presentábase á nosotros tan profundamente humano que oíamos palpar nuestros corazones al compás de sus versos. Entonces Musset vino á ser nuestra religión. Bajo aquellas risas y aquellas bromas de estudiante comenzamos á ver sus lágrimas; no llegó á ser del todo nuestro poeta hasta que, leyéndole, lloramos.

La escuela literaria que antepone á todo la perfección de la forma se coloca, á mi parecer, en muy peligroso camino. El razonamiento de esos escritores impecables es el siguiente: sin la forma, sin la perfección nada hay duradero; las únicas obras que duran son las obras perfectas. Mencionan, en apoyo de su opinión, la historia; sueñan con inmovilizar sus obras en actitudes de estatuas griegas; su orgullo les hace desear que no quede de ellos una página sola que no sea de mármol ó de bronce. En realidad, tenemos entre nuestros escritores contemporáneos algunos que han aplicado maravillosamente esas teorías. Pero los que á mi me imponen temor son los discípulos, porque la perfección, sistemáticamente perseguida, de la forma, acaba por secar y esterilizar las obras. Por otra parte, no es exacto que solamente sea duradera la belleza; la vida es más duradera todavía. Un idioma desaparece, una estatua se transforma, un ideal es sustituido por otro; mientras que el grito humano, la verdad.

de la alegría y del dolor son eternos. Nosotros no sentimos ya la perfección plástica de los versos de Homero y de Virgilio; lo que les hace vivir á través de siglos y de generaciones es el soplo de vida con que los poetas supieron animarlos; lo humano que pusieron en ellos. Antes que el coordinador de palabras, está siempre el creador. Una ilusión de su vanidad inspira á muchos artistas importantes la creencia de que vivirán siglos y siglos con tal que logren combinar en cierto orden armónico las voces del diccionario. No, no vivirán sino en tanto que lleven con ellos mismos la vida; un rincón de la verdad humana, con tristeza ó con alegría que les sea personal y propia. Sirvan de ejemplo Alfredo de Musset y Victor Hugo. El primero ha galopado libremente á través de la prosodia y de toda la gramática; ha sido el segundo uno de los más poderosos constructores de frases que sea posible hallar; pues bien, estoy seguro de que el polvo devorará el setenta y cinco por ciento de los versos de este y que los versos del otro perdurarán casi todos intactos, porque más que rimados, fueron vividos. Los armazones gigantescos sobre los cuales se alzan los adoradores de la Retórica acaban siempre por derrumbarse.

Es claro que á los diez y seis años no razonábamos así. Sentíamos, sin discutir las, las seducciones de Musset. El poeta se había apoderado de nosotros completamente. Sus rimas defectuosas tan censuradas por la crítica; su menosprecio á la nobleza poética, los horizontes puramente individuales en que se encierra eran tal vez otras tantas causas de nuestro cariño. Musset nos hablaba de las mujeres con una amargura y una pasión que nos inflamaban. Comprendíamos perfectamente que, bajo la máscara de Don Juan burlón y desdeñoso, el poeta adoraba en ellas, adoraba en ellas hasta morir de amor. Era es-

céptico y apasionado como nosotros; lleno de delicadeza y de fiereza; confesaba sus faltas con la misma espontaneidad con que las había cometido. Se ha dicho que Alfredo de Musset resumió su siglo; se ha pretendido, sobre todo, verle en Rolla, pervertido á los veinte años, suicidándose en casa de una mujer á quien ama y en cuyos brazos lanza el poster suspiro. La imagen es hermosa, muéstrase en ella el eterno amor renaciendo de sí mismo y prueba que las generaciones que han vivido demasiado deprisa no tienen razón cuando se desesperan porque la alegría de amar es eterna; pero yo, tengo para mí, que Musset antes que contemporáneo es humano. En él Rolla es el poeta vestido, la figura dispuesta y aliñada. Musset era por necesidad el hijo de los primeros románticos; había tenido que soñar ineludiblemente con René y con Manfredo contemplándose en los espejos. En este origen tiene su razón lo de *hijo del siglo* que, hablando de Musset, se pone todavía ante todo; el joven hastiado, angel y demonio, que destroza el vaso en que ha bebido y que es víctima de una duda y de una pasión inmensa. Por fortuna, Alfredo de Musset no se ha obstinado hasta el fin en dar vida á ese personaje. Llevaba dentro de sí mismo un genio demasiado libre para no vivir más elevado. Cuando escribió *Las Noches* ya había arrojado la herencia romántica, no era ya de su siglo, era de todos los tiempos.

Su voz se eleva como el grito de angustia y de amor de la humanidad misma. En esto Musset está fuera de la moda, fuera de las escuelas literarias. Sus quejas salen de todos los corazones. Así me explico hoy el eco que sus poesías despertaban en nosotros. Eramos no solamente colegiales hechizados por la perfección de las frases, eramos también hombres que de pronto oían á su personali-

dad tomar voz y palabras. Musset vivía en voz alta, y nosotros vivíamos con él.

Por aquel entonces no había en provincia un joven que no tuviese las poesías de Alfredo de Musset en su biblioteca. Todavía hoy, según me aseguran, todo el que se escapa del colegio compra ante todo esas poesías. En provincias se lee muy poco. En cada ciudad de escaso vecindario, suele haber una sociedad de quince á veinte jóvenes, próximamente, que piensen en literatura. Los libros nuevos penetran muy rara vez en esos círculos estrechos; conténtanse los que los forman con ciertas obras ya consagradas. En estos domina principalmente Musset. Sus dos tomos de poesías, valiéndome del tecnicismo usual en el negocio de libros, son de venta corriente; el editor mismo afirmaba hace poco tiempo que al cabo de veinte años, y no obstante las muchas ediciones publicadas, la venta no había disminuído. Menciono este hecho para demostrar la perseverancia del buen éxito. Es cierto que, entre los compradores de las obras de Musset, hay que contar á las mujeres. En provincias también las mujeres leen mucho á ese poeta. En tanto que la estrella de Lamartine palidece, la de Musset conserva en el horizonte un brillo constante. Siempre es instructivo levantar acta de estas corrientes de la moda que llevan de una parte á otra las admiraciones colectivas. Si los poetas de principios de siglo no pueden ser todavía clasificados por la verdadera posteridad, ya es lícito prever desde ahora cual será esa clasificación en el siglo próximo venidero.

Confieso ingenuamente, eso es otra cosa, que yo por mi parte no acertaría á tratar de Musset con la severa imparcialidad del crítico. Lo he dicho ya: Musset ha sido toda mi juventud. Cuando leo una de sus estrofas me pa-

rece que es aquella mi juventud que se despierta y habla. No es, por consiguiente, un estudio crítico el que me propongo hacer ahora. Trato solamente de hablar algo acerca del poeta con ocasión de la biografía que su hermano acaba de dar á la estampa.

II

La obra de Pablo de Musset, anunciada hace ya algún tiempo, era esperada con impaciencia. Esperaban todos conocer, por fin, la verdad relativamente á Musset.

No hay escritor cuya vida haya dado motivo á mayor número de leyendas. Aún viviendo él, referíanse sobre su persona los hechos más contradictorios. Producía esto una curiosidad muy legítima, pues si Pablo de Musset no decía la verdad, de seguro ningún otro podría decirlo. Hallábase en la situación más favorable para saberlo todo; acometía una tarea que él solamente podía llevar á cabo.

Pues bien; creo que reflexionándolo un poco, se habría esperado menos del trabajo de Pablo de Musset. Indudablemente nadie como él podía escribir la vida de su hermano; conservaba sus recuerdos, poseía documentos de todas clases; pero si todo lo sabía, estaba también obligado á no decirlo todo. Su estudio debía convertirse, desde la primera página, en una defensa. No refiere la vida de su hermano; le defiende contra los rumores que sobre él han corrido. Extiende cuidadosamente un velo sobre los puntos de vista desfavorables y pone de relieve los

hechos que le favorecen. En resumen, no es bastante desinteresado para que podamos creerlo bajo su palabra. Por esta razón la biografía de Alfredo de Musset, escrita por Pablo de Musset, será siempre la que lean todos con mayor número de reservas.

Tiene, sin embargo, un interés muy vivo: el de los documentos. El estudio está lleno de hechos nuevos; lo cual me induce á decir que debemos considerarle como un centón de excelentes noticias de las que un biógrafo futuro podrá sacar muy buen partido. Si ahora no es completa servirá indudablemente para completar el expediente del autor, y uniendo á la defensa la acusación, quizás se llegase, andando el tiempo, á la verdad real y positiva. Será preciso consultar á los contemporáneos de Musset que aun viven, comparar sus declaraciones con los testimonios del hermano y fallar después de una investigación minuciosa. Claro es que no abrigo tal intención. Voy á contentarme con los documentos que Pablo de Musset nos ha proporcionado.

Parece que la juventud de Alfredo de Musset, fué la de un muchacho precoz y turbulento. Nació en París, á 11 de Diciembre de 1810, en la calle de Nogers, una de las calles más estrechas y más populares del París viejo. La casa que tiene el número 33, existe aun, si bien uno de los dos lados de la calle ha desaparecido para que se abriese un *boulevard* nuevo. Allí creció el poeta, en medio de una familia rígida y á la sombra de esa antigua vivienda. Ninguna morada pudo revelar menos aquel genio apasionado, libre y sediento de luz. Pablo de Musset narra muchos y muy curiosos rasgos de la niñez del poeta. Voy á mencionar uno: «Tenía Alfredo tres años cuando le dieron un par de zapatitos encarnados que le parecieron admirables. Estaban vistiéndole y el mucha-

cho tenía mucha prisa por salir con los zapatos nuevos, cuyo color le llenaba el ojo. Mientras su madre estaba peinando los largos y rizados cabellos de Alfredo, éste temblaba de pura impaciencia. Por último, no pudiendo contenerse por más tiempo, exclamó en tono lacrimoso: ¡Despacha, mamá; mis zapatos nuevos van á hacerse viejos! El biógrafo ve en este rasgo la impaciencia para el goce que después ha caracterizado á Alfredo de Musset. He aquí otro hecho que me parece más singular todavía. Alfredo de Musset contaba á la sazón nueve años y dice su biógrafo: «Alfredo tuvo accesos de extravagancia ó manía, producidos por la falta de aire y de espacio, y que tenían cierto parecido con los que padecen, según se dice, algunas muchachas cloróticas. En un sólo día: rompió uno de los espejos del salón con una bola de marfil, cortó con una tijera varias cortinas nuevas y líquidó una barra de lacre rojo encima de un hermoso mapa de Europa, en medio del mar Mediterráneo. Por ninguno de los desastres pudo serle propinada ni la menor reprimenda, porque él se manifestó por ellas verdaderamente consternado.»

Fuera de esto toda la infancia del gran poeta futuro se pasó en el regazo maternal. Tuvo profesores en casa y no fué al colegio hasta mucho tiempo después. Los inviernos se deslizaban en aquella casa antigua de la calle de Nogers. En verano iban algunas veces al campo á casa de algunos parientes, ó iban á una posesión que una amiga de la señora de Musset les prestaba. La inteligencia del niño parecía haberse despertado por primera vez con la lectura de novelas caballerescas. Alfredo tenía entonces ocho años á lo sumo. «Se nos dió la *Jerusalén libertada*, no tuvimos ni para un diente. Nos fué necesario el *Orlando Furioso*, y luego *Amadis*, *Pedro de Pro-*

venza, Gerardo de Nevers, etc. Buscábamos proezas, combates, héroes, lanzadas y estocadas vigorosas. De las escenas de amor no hacíamos caso alguno y volvíamos la hoja cuando los paladines comenzaban á enamorar. Muy luego nuestras imaginaciones estuvieron saturadas de aventuras... «Antes que los libros de caballerías, habíanle apasionado los cuentos de las *Mil y una noches* hasta tal punto, que solía representar á lo vivo con su hermano esos cuentos árabes. Ambos habían levantado un edificio oriental en el jardín, utilizando un escritorio viejo, la escalera de mano de un tapicero y algunas tablas: aquel edificio era teatro de verdaderos combates. Poco tiempo después registraron la casa para averiguar si tenía secretos como los imaginados por los narradores; Alfredo buscaba siempre puertas secretas, escaleras ocultas, subterráneos misteriosos que desembocasen en la bodega. Luego, con los años viene la duda; los dos adquirieron la triste certidumbre de que no se viaja cómodamente á través de las tapias. La lectura de *Don Quijote* completó la obra. «Así acabó, en la infancia de Alfredo de Musset, el período de lo maravilloso y de lo imposible, especie de humor pernicioso que su imaginación necesitaba expeler, enfermedad sin peligro para él á la edad en que para otros apenas principia y de la que solamente le quedó un elemento poético y generoso, cierta inclinación á considerar la vida como una novela, una curiosidad juvenil y una especie de admiración por lo imprevisto, al encadenamiento de las cosas, y los caprichos del acaso.»

Lo repito; nada hay de verdaderamente notable en resumidas cuentas, en la infancia de Musset. Parece que fué un buen estudiante, un espíritu inteligente y aplicado. Tuvo primeramente un preceptor particular; después fué

á un colegio de pocos alumnos, y allí permaneció excaso tiempo; sus condiscípulos le perseguían y le pegaban hasta en los brazos mismos del criado que iba á buscarlo á la salida. Por último, entró en el colegio de *Enrique IV*, donde tuvo por camarada al duque de Chartres, á quien su padre (que fué luego el rey Luis Felipe) hacía seguir allí la carrera para demostrar sus sentimientos democráticos. Por aquella época fué cuando Alfredo pasó algunas veces los días de asueto en el castillo de Neuilly.» Gustó mucho á toda la familia de Orleans, y muy particularmente á la madre de los principitos, la cual recomendó mucho á su hijo que no se olvidase del rubito. La recomendación era innecesaria: Chartres—como se le nombraba en el colegio—sentía visible predilección por Alfredo. Durante la clase le escribía multitud de cartas en pedacillos de papel.» Alfredo de Musset obtuvo el segundo premio de oratoria latina en el concurso general de los Liceos, por un discurso sobre el tema: *Del origen de nuestros sentimientos*. Este resultado prueba que había hecho buenos y sólidos estudios.

No puedo seguir paso á paso la biografía de Musset y prefiero agrupar los hechos de modo que presenten con claridad las diversas fases del hombre y del poeta. Por ahora lo más interesante para mí es el hombre. Voy, por consiguiente, á pasar desde el niño al joven y á examinar el aspecto de la pasión en Musset. Alfredo de Musset amó mucho; su hermano da á entender que es incalculable el número de sus conquistas amorosas. Pero sus relaciones de mayor resonancia, las que, si vamos á dar crédito á lo que se dice, influyeron en toda su vida, fueron las relaciones de Jorge Sand. Con motivo de estos amores tan efímeros se ha producido un ruído enorme. A la muerte del poeta se ha entablado una lucha de escritos

entre Pablo de Musset y Jorge Sand; el primero para probar que de parte de la querida estaba toda la sinrazón; la segunda para demostrar que el amante se había hecho insufrible. Por eso en la biografía escrita por Pablo de Musset los curiosos buscaron más pormenores; pero quedaron defraudados, porque el biógrafo se mostró excesivamente discreto y no aportó ningún hecho importante nuevo.

La historia es, á grandes rasgos, muy conocida. Alfredo de Musset y Jorge Sand fueron juntos á viajar por Italia. En Venecia cayó enfermo Musset; Jorge Sand le engañó con un médico italiano y joven que le asistía. El poeta regresó á Francia solo, enfermo aún y con el corazón destrozado. Esta historia, acerca de la cual es muy difícil saber la verdad, resulta en resumidas cuentas, de las más vulgares.

Si adquirió ciertas proporciones trágicas y conmovedoras, fué por el gran nombre literario de ambos amantes. Háse visto su genio á través de sus disputas de enamorados y la gran publicidad que en torno de ellos se producía ha centuplicado la importancia de la aventura. La traición de Jorge Sand parece cierta y revistió caracteres de verdadera crueldad por las circunstancias en que parecía haberse realizado. Pero es bien advertir que si alguna vez han sido creados dos seres para no entenderse, esos dos seres son indudablemente Alfredo de Musset y Jorge Sand. Cuanto el amante era muchacho antojadizo, exigente y caprichoso, amigo de someterlo todo á sus gustos, y de tomar la vida á riesgo y ventura, tanto la amante era persona grave, fría, aficionada al método y á tomar la profesión de escribir con una regularidad propia del comerciante más concienzudo. Se comprende, pues, que se hayan amado; pero se compren-

de mejor aún que se hayan separado violentamente después de algunos meses de vida común. Debían de ser insoportables el uno para el otro. Estoy seguro, además de esto, de que Alfredo de Musset fué toda su vida el amante más intolerable que puede presumirse. Esto, cuando menos, explica la traición de Jorge Sand.

Ahora, creo que hay mucho de novela en las tormentos de Musset después de aquella ruptura. Sintióse indudablemente herido en lo más vivo de su ternura y de su amor propio; tornó á París en estado deplorable. He aquí lo que dice su hermano: «El 10 de Abril, aquel pobre hijo pródigo llegó al fin con el rostro enflaquecido y todos los rasgos de su fisonomía alterados. Ya bajo el amparo maternal su curación era solamente asunto de tiempo; pero se juzgó de la gravedad de su dolencia por lo lento de su curación y por los fenómenos psicológicos de que fué acompañada. La primera vez que mi hermano quiso referirnos su enfermedad y las verdaderas causas de su vuelta á París, le ví de pronto cambiar de color y caer presa de un accidente. Tuvo un espantoso ataque de nervios y transcurrió un mes antes de que Alfredo pudiese volver á tratar de lo mismo y concluir su relación.» Esto demuestra principalmente la gran sensibilidad nerviosa de Musset, sensibilidad de la que su hermano presenta otros ejemplos muy curiosos. Alfredo permaneció entonces mucho tiempo encerrado, como le sucedía en toda ruptura amorosa; después recobró completamente la salud y tuvo otros amores. He aquí, para complemento de lo dicho, la terminación de la aventura. Preguntéle si esa herida no volvería á reproducirse alguna vez: «Tal vez, me respondió; pero si se abre de nuevo, siempre será poéticamente.»

Veinte años después una tarde en el salón de casa re-

cayó la conversación sobre el divorcio; Alfredo dijo delante de muchas personas, que no lo han olvidado: «las leyes sobre el matrimonio no son tan malas. Hubo en mi juventud un momento en que habría yo dado de muy buena voluntad diez años de mi vida porque el divorcio hubiese existido en nuestros códigos; para poder casarme con una mujer que estaba casada. Pues bien, si mis deseos se hubiesen realizado, seis meses después, me habría yo levantado la tapa de los sesos».

Parece, pues, muy dificultoso explicar el triste fin de Musset por las amarguras de una traición amorosa. Si se sumergió al fin en la ociosidad y en la embriaguez, solamente hay que ver en esto las consecuencias de su temperamento. Musset estaba predestinado á esa decadencia. Su sed de goces, su necesidad de vivir de prisa y de ponerlo todo en la sensación inmediata, debía conducirle necesariamente á este pronto abandono de si mismo. A los diez y ocho años se lanzó resueltamente al placer. Véase como lo expresa su hermano: «Los paseos á caballo estaban en moda y alquiló caballos; era de buen tono jugar fuerte y jugó; se pasaban muchos la noche en claro y se privó del sueño.» Así consumió toda su vida; en sentirse vivir, en multiplicar sus sensaciones. Pablo de Musset que, sin embargo, le defiende, aduce datos más característicos. «Frecuentemente Alfredo se quejaba de que la vida duraba mucho y que este demonio de tiempo no andaba». Y en otro lugar después de haber hablado de los bruscos accesos de salvajismo y de sus retraimientos en su cuarto: «Cuando le entraba deseo de divertirse y de romper con sus costumbres, pasaba de un extremo á otro. Iba diez veces seguidas al teatro Italiano, á la Opera ó á la Opera Cómica; y de repente una noche regresaba á su casa saturado de música para mucho tiempo.

Cuando tomaba parte en alguna gira de recreo lo hacía con igual entusiasmo. Todo esto era excesivo y muchas veces perjudicial á su salud; pero ni en sus últimas horas quiso nunca atenerse á un régimen moderado, ni á una precaución cualquiera. Hé aquí lo que revela un temperamento desequilibrado, rodando en la existencia, apresurándose á concluir lo mismo en lo bueno que en lo malo, sintiendo contínuos apetitos de muchacho y hastíos tan prontos como los deseos. Después de las mujeres, el vino debía entrar en turno. Las mujeres le habían hecho llorar, acaso el vino le consolase. Me lo imagino por entonces como aquella elevada figura de D. Juan, creada por él; aquel D. Juan cansado de buscar la belleza y aturdiéndose á la mesa de un café para no conocer el desaliento de su inteligencia.

Su pereza se explica del mismo modo; Musset había amado con exceso la poesía y la poesía no le agradaba ya. Su hermano repite las palabras siguientes que son muy expresivas. Decía Alfredo de Musset: «¿Soy por ventura algún comisionista para que se me pidan cuentas del empleo de mi tiempo? He escrito bastante; he hecho tantos versos como el Dante, y como Tasso. ¡Qué demonio! ¿Ha pensado nadie en llamar perezosos á Dante y al Tasso? Cuando plugo á Goethe cruzarse de brazos ¿quién ha pensado en reprocharle el entretenerse demasiado tiempo con las fruslerías de la ciencia? Yo haré lo que Goete hizo, y lo haré hasta la hora de mi muerte si me acomoda. Mi musa es mía, me pertenece; yo probaré al público que esa musa me obedece, que soy su señor y que para obtener algo de ella es necesario solicitarlo de mí». Esto no pasa de ser un sofisma y de los más especiosos. Efectivamente, si un escritor es siempre libre para cesar de producir, no deja por eso de demostrar, cuando no produce, que la

necesidad de la producción ya no le atormenta. Ahora bien, un escritor que no siente esa necesidad, es un escritor agotado, sea cual fuere el pretexto que él discurra. Conviene fijar la atención en las palabras de Musset en las que declara que su musa le pertenece y que puede disponer de ella como de una esclava. En estas palabras está Alfredo de Musset todo entero. Es muy posible que haya tenido celos del público y que no escribiese más para no ser leído, por un capricho de gozar solo. Después de haberse confesado en voz alta, sellaba sus labios, acometido por el amor del silencio. También pudo ocurrir que echase de ver que su genio envejecía y que tuviese Alfredo la coquetería de su juventud eterna.

Además basta con referir los hechos. Musset ha sobrevivido á su genio y ha resbalado desliziéndose sobre sus extravíos. Cuando falleció, á 2 de Mayo de 1857, se habló de una dolencia del corazón; pero, en realidad, Musset se había suicidado lentamente por la vida que llevaba. ¿Para qué defenderle ahora? La posteridad no tiene que pedirle cuenta de sus virtudes privadas. No ciñe su frente con laureles inmortales por haberse retirado todos los días á casa temprano y haber ganado la estimación de su portero. Seguramente si hubiese economizado un poco más su existencia no sería tan grande. Lo que le coloca á tanta altura, lo que le hace tan querido á todos los corazones, es precisamente el haber vivido deprisa, el haber sido la juventud y la locura del siglo. En esta época nuestra de neurosis, Musset ha sido la máquina nerviosa más tensa y más vibrante. Todos nosotros nos reconocemos en él; amamos y andamos como él; es preciso aceptarle con su genio y con sus caídas. Discutiéndole su muerte le empequeñeceríamos.

III

Trataré ahora de Musset, escritor. Su hermano nos lo presenta desde un punto de vista muy inesperado. Pablo de Musset pretende que había en Alfredo un gran crítico. Si se le da crédito, Musset comenzaba por gozar de todo cuanto le gustaba: «Se enardecía, se entregaba sin reservas al placer de la admiración y acababa por estudiar y profundizar. En este ejercicio doble de facultades que parecen incompatibles, el entusiasmo y la penetración, adquirió no ya solamente en literatura, sino también en todas las artes una solidez de juicio tal que, si no hubiese tenido cosa mejor que hacer, habría podido ser uno de los críticos más notables de su tiempo.»

Esta me parece una deducción algo discutible; pero es cierto que Musset no era un sectario en literatura; no procedía nunca sujetándose á principios y teorías, obedecía siempre, en último resultado, á su gusto y á su razón. En esto se halla todo su desenvolvimiento literario. Hé aquí las circunstancias, bastante curiosas, en que se despertó la vocación de Musset. Sus padres que habían ido á vivir en Auteuil trabaron relaciones con la familia de M. Melesville, autor de piececillas teatrales. Representaron una comedia y—¡pormenor extraño!—el futuro poeta de *Las Noches* fué entonces aplaudido por Scribe. Musset que seguía sus estudios en París atravesaba dos veces al día, por mañana y tarde, el bosque de Bolognia. «Los días en que llevó un tomo de Andrés Chenier, llegó más tarde que de costumbre al campo. Hechizado por aque-

lla poesía elegíaca, había tomado el camino más largo. Desde el contentamiento de leer, releer y recitar versos que nos agradan, hasta el deseo de hacerlos, no hay más que un paso. Alfredo no pudo resistir á la tentación. Compuso una elegía que no ha considerado digna de ser conservada». Esa elegía es, por consiguiente, el primer trabajo en verso que Musset hizo. Hé aquí ahora la historia del primer periódico en que publicó sus versos. «Un periodiquito de las más exiguas dimensiones veía la luz por entonces en Dijou, tres veces á la semana; se titulaba *El Provincial*. Auxiliado por la recomendación de Pablo Foucher, el poeta joven y desconocido envió una *balada* escrita adrede para *El Provincial*. Aquel trabajo titulado *Ensueño* apareció en el número correspondiente al domingo 31 de Agosto de 1828, sin más firma que las iniciales A. D. M.; en el bosque de Auteuil había soñado el muchacho rubio aquel juguete». Musset tenía entonces diez y ocho años. Por último, algunos meses después, publicaba el poeta su primer libro. Afortunado se consideró Alfredo cuando tuvo que traducir del inglés una novelilla para el establecimiento editorial de M. Masue. Musset había puesto el sencillo título: *El Comedor de Opio*; el editor se obstinó en poner: *El inglés Comedor de Opio*, á este librito, del cual seguramente costaría mucho trabajo hallar hoy un ejemplar».

El sentido crítico que su hermano señala en Musset, unido á la independencia de su talento, explica su actitud entre los partidarios y apóstoles del romanticismo. Desde su aparición fué Musset uno de los discípulos más entusiastas de Victor Hugo. Ya antes de haber terminado sus estudios, Alfredo de Musset había sido introducido por su condiscípulo y amigo Pablo Foucher en la casa de Victor Hugo. Allí vió y conoció á Alfredo de Vigny, á

Próspero Merimée, á Sainte-Beuve, á Emilio y Antonio Deschamps, á Luis Boulanger, etc. Convertido muy pronto en uno de los catecúmenos de la iglesia nueva fué admitido en los paseos vespertinos en los cuales iban á ver la puesta del sol y á contemplar el París viejo desde lo alto de la torre de *Nuestra Señora*. Por aquel entonces fué cuando Musset escribió un poema corto, completamente imitado de Victor Hugo; era una escena romántica que ocurría en España y que después no ha considerado digna de ser impresa. Durante mucho tiempo guardó, sin embargo, el secreto de que él también versificaba. Por último un día se decidió á leer una elegía y algunas baladas. «Se aplaudió mucho la elegía; pero el poema *Agnés*, imitación de Victor Hugo, produjo verdadero entusiasmo. La enorme diferencia de alcance y de estilo que distinguían estas dos obras, no podía escaparse á la atención de un auditorio tan inteligente. Habríase podido augurar que le sería imposible servir mucho tiempo bajo una bandera única y que saldría muy pronto de las filas para seguir solamente su inspiración; pero nadie pensó en eso». Aquellos primeros trabajos en verso han desaparecido. Musset, estimulado por el aplauso escribió, inmediatamente otros para leerselos á los amigos; estos trabajos ya son conocidos, se titulan: *La salida del sol*, *La Andaluza*, *Don Paëz*, *Las Castañas de fuego*, *Porcia*, *Balada á la luna*. Alfredo de Musset tenía entonces diez y nueve años y estaba en completa posesión de si mismo. El cónclave aplaudía siempre las poesías de aquel rubio sin sospechar, á lo que parece, la revolución literaria que traían consigo. Fué menester para que abrieran los ojos nuestros románticos la publicación del primer tomo del poeta *Los Cuentos de España*. Esta publicación es toda una historia que pertenece ya á nuestros anales literarios.

El padre de Musset, inquieto por su porvenir, acababa de colocarle en las oficinas de un tal M. Febvrel que era contratista de la provisión de leña para el ejército. Como es muy natural, el poeta agonizaba en aquel empleo y tuvo el proyecto de buscar fortuna por las letras para conmo- ver á su familia y obtener su libertad. Llevó, pues, una copia de sus versos al editor Urbano Canel que aceptó la publicación, pero que manifestó al principiante que eran menester unos quinientos versos más, para formar un tomo presentable. Hé aquí á Alfredo de Musset presa de un ánsia loca de trabajo. Obtuvo una licencia, se trasladó al *Mans*, donde residía á la sazón un tío suyo, y regresó, tres semanas después, con su poema *Mardoche*. Los cajistas, á lo que parece, sólo trabajaban á ratos perdidos para componer la obra de un poeta, cuyo nombre nadie conocía entonces. Musset dió una lectura del libro á varios amigos de la familia y todos le predigieron un gran éxito. Efectivamente; el éxito fué colosal. *Cuentos de España*, apareció á fines de Diciembre de 1829. La obra se había publicado por ediciones de 500 ejemplares cada una, porque en aquellos tiempos nadie compraba libros en Francia; los alquilaba en los gabinetes de lectura. Los periódicos se enojaron, el público se apasionó y el cónclave romántico echó de ver entonces que en su seno había creado un gran poeta disidente.

La ruptura entre Musset y los románticos se aproximaba. Estos últimos fingieron acoger *Cuentos de España* como la obra de un correligionario. Pero las poesías que á esta siguieron y que vieron la luz en la *Revista de París: Votos estériles, Octavio* y principalmente *Los Pensamientos de Rafael*, les hirieron en lo vivo. Dejo hablar al biógrafo: «Es sabido que el poeta pedía perdón á la lengua materna por haberla ultrajado alguna que otra

vez,» Racine, Shakespeare, decía Alfredo, se encontraban encima de su mesa con Boileau que les había perdonado; y si bien él se jactaba de hacer que su musa anduviese descalza como la verdad, los clásicos habrían podido creerla calzada con coturno de oro. Bien habrían podido estos darse por satisfechos y regocijarse con una confesión honrada y expresada con tan adorable sinceridad; pero ellos fingieron no conocerle siquiera y tornaron á sus niñerías acerca de la *Balada á la luna*, como el famoso marqués de Molier á su muletilla de *tarta de crema*. Durante este tiempo los románticos mortificados por la profesión de fe de Rafael, se quejaron de la deserción y no dejaron de decir que el poeta de *Cuentos de España* había decaído y no cumplía lo que en sus primeros pasos prometiera. Alfredo de Musset se encontró pues, aislado y teniendo de pronto todos los partidos en contra suya; pero era joven y tenía orgullo...» Poco á poco la ruptura se hizo completa. Los románticos se irritaron mucho y trataron á Musset como á un pícaro rebelde. Y lo más curioso de esto es que después de medio siglo, entre los cortesanos de Victor Hugo envejecido se hablaba del poeta de *Las Noches* con un desdén asombroso. Acusábanle de mal rimador y decían de él que no supo nunca hacer versos. Yo mismo oí decir á un romántico importante estas palabras verdaderamente estúpidas: *Musset es un poeta aficionado*. Nunca le han perdonado los retóricos de 1830, que haya sido antes que escritor, hombre. Además se le trata de discípulo faccioso, se le acusa de haber sido primeramente discípulo de Victor Hugo y de haberse elevado después más que él, por lo menos, á su altura misma. Esto es un crimen que, entre poetas, no se perdona nunca.

Amén de todo esto, Musset ha tenido que sufrir todos

los ultrajes que la necesidad reserva para los hombres de genio. Lo que debió de molestarle más fué la conspiración del silencio que los periódicos organizaron contra él durante mucho tiempo. Este hecho se ha repetido en Francia para todos los hombres de mucho talento que se engrandecían aislados, sin pertenecer á ninguna agrupación literaria. Cuando un recién llegado estorba ó molesta, se reduce todo á no pronunciar nunca su nombre sea cual fuere la obra maestra que produzca. De este modo se espera que el público no llegará á saber del escritor y que el escritor desesperado dejará de escribir. Hé aquí algunas líneas muy instructivas que respecto á este punto escribe Pablo de Musset: «Alfredo comenzaba á percatarse de que sus poesías más notables, no bien publicadas, parecían sumergirse en el vacío. Cuando su genio había tomado vuelos más altos; cuando sus versos llegaban á manos de todo el mundo y estaban al alcance de todos porque bastaba tener corazón para sentir sus bellezas, los periódicos afectaban no tener conocimiento de ellas y cuando por casualidad mentaban el nombre del autor, era para citar con una ligereza humillante, al poeta de *Cuentos de España* ó de *La Andaluza*. Como si desde 1830, no hubiese adelantado un paso. Afortunadamente esa conspiración del silencio, resulta siempre tan torpe como necia. Llega un momento en que la circunstancia más insignificante desata la lengua de los adversarios más taimados. El poeta, á quien se pretendía suprimir, aparece entonces mucho más grande; es algo así como si se rompiese un dique, las palabras detenidas brotan, á pesar de todo, de los labios y llenan el mundo. Lo que para Alfredo de Musset rompió la conspiración del silencio fué el brillante éxito que en la Comedia Francesa obtuvo *El capricho*, de que hablaré muy pronto.

Algo he dicho ya de la pereza de Musset. Pertenece á esa generación de escritores que alardeaban de menospreciar el trabajo. Los trabajadores asiduos en 1830 se ocultaban para producir; la moda era dejar que se creyese que abrían la ventana y que por ella penetraba la inspiración como un ave divina. Esto nos admira hoy á nosotros que ponemos toda nuestra fuerza en el trabajo y que nos creemos muy honrados por tener talento á fuerza de perseverancia. El tipo más perfecto del poeta de 1830 es el *Chatterton* de Alfredo de Vigni, ese muchacho tan majadero que llora porque tiene que trabajar por dinero y porque comercia con su genio. Pues bien, Alfredo de Musset padecía esta curiosa enfermedad. Deseaba trabajar con arreglo á su capricho, no tener nada de común con el fabricante que debe entregar en un día fijo un pedido apremiante. Su hermano nos da acerca de esto pormenores interesantes. Musset ha publicado en la *Revista de Ambos Mundos* casi todo lo que ha escrito. Solo que muy frecuentemente se ha visto precisado á soportar determinados compromisos con esa Revista. Cierta día en que el poeta, oyendo los consejos de su hermano, había resuelto escribir novelas en prosa para hacer frente á varios apuros de dinero, Felix Bonnaire, representante de la mencionada Revista fué justamente á visitarle. Iba á la ventura, para solicitar de Musset algún trabajo, verso ó prosa y esperaba la respuesta consabida: «no he incubado nada, ni quiero; ¡amigo Bonnaire, nada de incubar por encargo!» Fué para él, por consiguiente, una sorpresa grata conocer los proyectos de trabajo de referencia. Alfredo se juzgaba tan seguro de sus buenas disposiciones que se comprometió á escribir tres novelas en tres meses; pero aquel compromiso fué origen de todo un drama. Desde el día siguiente Alfredo apostrofaba á su hermano dicién-

dole á gritos: «Has hecho de mí un jornalero de la inteligencia, un siervo adscrito al terruño, un galeote condenado á trabajos forzados». Insisto, sabré esta manera de entender al trabajo porque se halla en ella la característica de todo un periodo literario. En muchas ocasiones intentó Musset poner mano á la obra, para cumplir su compromiso. Comenzó una obra extraña á la cual quiso poner por título *El poeta decadente* y en la que contaba todas sus amarguras, sus desencantos poéticos y amorosos; pero aquella obra no llegó á terminarse y Alfredo hizo prometer á su hermano que no publicaría nunca lo que de ella había escrito. Pablo de Musset se limita á dar de ella, en su *Biografía*, algunos fragmentos que son interesantísimos. Por último, el poeta logró eximirse, merced á un acomodamiento, de cumplir su promesa á la Revista y solo entonces pudo respirar. Todo trabajo obligado le era odioso. Es verdad que nosotros entendemos las cosas muy de otra manera, pues los más eximios escritores de nuestra época se jactan de trabajar diez horas al día y no tienen miedo á firmar de antemano contratos con empresas periodísticas y con editores.

Alfredo de Musset, en su aborrecimiento al trabajo regularizado, había presentado, según parece, el formidable éxito de la novela de folletín. Véase lo que acerca de ésta dice su hermano: «Con una seguridad de que aun hoy me asombro, adivinó con tres años de antelación que esta literatura nueva traería muy pronto consigo una revolución y corrompería hondamente el gusto del público.»

La novela de folletín fué siempre su pesadilla. Musset la acusaba de alejar á los lectores de las obras bellas, y cuando se defendía de ser perezoso, solía decir: «Celebraría yo saber si Petrarca tenía siempre á su zaga una docena de pedagogos ó de alguaciles, para obligarle, po-

niéndole al pecho la espada, á cantar los ojos azules de Laura, cuando él deseaba descansar... Entre los que me tildan de perezoso me gustaría saber cuántos hay que repiten lo que han oído decir, cuántos otros que no han hecho un verso en toda su vida y que se verían muy contrariados si se les obligase á leer algo que no fuese *Los Misterios de París*. La novela de folletín, he ahí la verdadera literatura de nuestro tiempo.»

Hubo, no obstante, en este escritor tan orgulloso, tan celoso de su libertad, una hora de flaqueza. Me refiero á que consintió en solicitar los votos de la Academia y en adorar lo que había combatido. Todos los que asistieron á su recepción aseguran que sintieron oprimírseles el corazón, al contemplar la actitud humilde del poeta, al oír las excusas que parecía presentar para que le fuese perdonada la libertad de su genio. Pablo de Musset pasa como sobre ascuas sobre este episodio de la vida de su hermano. Véase lo que acerca de este punto ha escrito y en lo cual hay algunas noticias curiosas: «Alfredo de Musset se consideraba muy poco estimado por los clásicos de la Academia francesa, para que pudiese solicitar de ellos que le admitiesen en su compañía. Decidióse, no obstante, animado por M. Merimée... El autor de *Las Noches* se mostró más sensible de lo que yo me hubiese figurado nunca, á esa prueba de distinción que miró como una consagración necesaria de su talento. El día en que él pronunció el elogio de Mr. Dupaty, cuyo asiento ocupaba, oí entre el público elegante, sobre todo del bello sexo, un murmullo de satisfacción y de sorpresa producido por el aire de juventud y la cabellera rubia del novel académico. Se le habrían calculado treinta años... Su elección no dejó de ofrecer dificultades. De todos los graves personajes que le rodeaban aquel día, una docena,

cuando más, conocían algunas páginas de sus tomos de poesías. El mismo Lamartine ha confesado públicamente que no las había leído. Otros las execraban por referencia y no querían conocerlas. La víspera del escrutinio M. Ancelet, que quería muy de veras al candidato y estaba decidido á darle su voto, decía en el jardín de Palais-Royal al editor Charpentier: «Este pobre Alfredo es un chico simpático y un hombre de mundo encantador; pero acá, para entre nosotros, no ha sabido, ni sabrá nunca hacer un verso.»

Se puede, por consiguiente, deducir que A. de Musset fué elegido académico á título de hombre de mundo. La Academia desconocía sus obras, y no le eligió sino á consecuencia de una intriga de salón. De Musset pertenecía á buena familia; esto pareció suficiente. Pues bien; un homenaje otorgado en tales condiciones, es indigno de un escritor.

IV

Una de las partes más interesantes de la *Biografía* publicada por Pablo de Musset es la que destina á historiar los principales trabajos en verso de su hermano.

El poeta trabajaba á sus horas y tenía necesidad de toda una excitación preparatoria. No ponía mano á la obra sino impresionado por una emoción fuerte. Cuando se sentía dominado por la necesidad de producir, esperaba la noche, se encerraba en su habitación con una cena de pocos platos, encendía una docena de bujías y después trabajaba hasta la mañana siguiente. Aquello era un postre que él se daba á sí mismo ó que daba á su musa, como

por aquel entonces se decía. La Musa era, pues, tratada como una verdadera querida. Musset le daba cita, preparaba su habitación para recibirla y pasaba la noche á solas con ella. ¡Ilusión encantadora para embellecer el duro trabajo del escritor! Recaemos aquí en la creencia de la inspiración bajo la forma de un angel que espera las horas de la noche para penetrar volando por los balcones abiertos de los poetas.

He aquí, por ejemplo, la historia de la *Noche de Mayo*: «Una noche de primavera, al regresar de un paseo á pie, me recitó Alfredo las dos primeras estrofas del diálogo entre la Musa y el Poeta, que acababa de componer bajo los castaños de las Tullerías. Trabajó sin descansar hasta la madrugada. Cuando se presentó para el almuerzo, no eché de ver en su semblante señal alguna de fatiga. La musa le poseía. Durante el día simultaneó la conversación y el trabajo. En algunos instantes nos abandonaba para irse á escribir unos cuantos versos, y después volvía á seguir la conversación. Però por la noche tornó al trabajo como á una cita amorosa. Hízose servir una cena frugal en su cuarto. De muy buena gana habría pedido dos cubiertos para que la Musa tuviera sitio señalado en la mesa. Todas las lámparas fueron puestas á contribución; Alfredo encendió doce bujías. Las gentes de la casa, al ver tal iluminación, debieron de creer que el poeta daba un baile. A la mañana del segundo día el trozo estaba concluído; la Musa se fué volando; pero había sido tan bien recibida, que prometió volver. El poeta apagó las bujías, se acostó y durmió hasta la noche. Al despertarse volvió á leer su trabajo y no halló en él cosa alguna que retocar. Entonces, desde el mundo ideal en que había vivido durante dos días, cayó el hombre bruscamente á la tierra, suspirando como si se le hubie-

se arracando con violencia de un sueño mágico y delicioso.»

He reproducido textualmente todo ese párrafo, porque en él aparece con claridad el procedimiento para el trabajo de Alfredo de Musset. Trabajaba lo mismo que vivía, por capricho y con la ilusión permanente de un placer que quería gozar de una vez sola. Sucedió así que después de estos entusiasmos, el hastío se apoderaba de su alma. Compréndese que se cansase pronto de la poesía, como se cansaba de la existencia. Cuando la vida le pareció vacía, cayó en el desarreglo; cuando el trabajo le pareció engaño, cayó en la pereza.

La historia de la *Noche de Diciembre* es también muy interesante. Hasta la publicación de la *Biografía* se había creído que las imprecaciones contra una amante que en esa poesía se contienen, iban dirigidas á Jorge Sand. Sin embargo, según parece, no hay nada de eso; Pablo de Musset cuenta que su hermano escribió ese trozo después de otra más reciente desesperación amorosa. «Cierta noche, retirándome á cosa de las doce, con un tiempo horrible, noté en el cuarto de mi hermano tanta luz, que presumí hallarle con numerosa compañía. Estaba escribiendo la *Noche de Diciembre*... Sé que muchos lectores han creído ver en la *Noche de Diciembre* un retroceso hacia las memorias de Italia; una especie de complemento á la *Noche de Mayo*; este es un error que interesaba rectificar. Conociendo la verdad, no podía yo permitir una confusión entre dos personas muy diferentes.» Ya se echa de ver, por esta frase, cómo se forman los cuentos. Alfredo de Musset se había ya consolado perfectamente del abandono de Jorge Sand y como no podía vivir sin amar, había llorado, después de aquella ruptura, muchos otros amores muertos.

Los admiradores de Musset no sospechan que les ha faltado muy poco para tener una *Noche* más: la *Noche de Junio*. He aquí la anécdota y además cuatro versos inéditos del poeta.

«Cierta día, veíale yo paseando en todas direcciones por su habitación, canturreando unas veces, murmurando otras, palabras que se agrupaban en hemistiquios. Detúvose por último ante su mesa de trabajo, tomó una cuartilla grande de papel y escribió en ella lo siguiente:

LA NUIT DE JUIN (1)

LE POETE

Muse, quand le blé pousse, il faut être joyeux.
Regarde ces coteaux et leur blonde parure.
Quelle douce clarté dans l'immense nature!
Tout ce que vit ce soir doit se sentir heureux.

La hora de comer se acercaba. Como yo sabía que la musa era aficionada á bajar de noche, estaba muy seguro de que al día siguiente la composición estaría, por lo menos, medio hecha. Desgraciadamente Tattet (un amigo íntimo de Musset) llegó; venía en busca de Alfredo para llevarle á comer á la fonda. Le supliqué encarecidamente que no interrumpiese un trabajo de tal importancia; Tattet me prometió que se separarían temprano. Alfredo partió...» En resumen: que la composición no se concluyó nunca.

(1)

LA NOCHE DE JUNIO

EL POETA

Musa, cuando brota el trigo, hay que estar alegre.
Contempla esos altozanos y sus rubios ornamentos.
¡Qué dulce claridad en la inmensidad de la Naturaleza!
Todo lo que esta tarde vive debe sentirse venturoso.

En fin, para terminar la historia de *Las Noches*, es preciso decir algo de la *Noche de Agosto* y de la *Noche de Octubre*. «La noche de Agosto fué, en realidad, para el autor, una noche de delicias. Había adornado su habitación y tenía abiertos sus balcones. El resplandor de las bujías jugueteaba entre las flores colocadas en cuatro jarrones artísticos simétricamente dispuestos. La musa llegó como una doncella recién casada. No existía ni diversión, ni fiesta, que pudiera compararse con aquellas horas dichosas de un trabajo fácil y lleno de hechizos; y como aquella vez los pensamientos del poeta eran serenos, su corazón estaba curado, firme su espíritu y llena de savia su fantasía, gozó una felicidad suprema que el vulgo no comprende.» Por lo que respecta á la *Noche de Octubre*, fué escrita entre dos novelitas. «Mientras relataba los amoríos de Valentín y de la señora Delaunay, se puso á pensar el autor en recuerdos antiguos y en pasados dolores. Como estos recuerdos se presentasen cada vez más vivos, concibió la idea de un suplemento y de una conclusión para su *Noche de Mayo*. Musset sentía en su corazón como una especie de marea alta. La musa le dió de repente algunos golpes en el hombro. La musa no quería esperar; Alfredo se levantó para recibirla é hizo muy bien, porque le llevaba la *Noche de Octubre*, que es, efectivamente, la continuación necesaria de la *Noche de Mayo*, la última palabra de su dolor grande y la más legítima y más admirable de las venganzas: el perdón.»

Me he detenido demasiado en *Las Noches*; pero hay otra composición que también forma época en la obra de Alfredo de Musset. Me refiero á la *Esperanza en Dios*, ese grito de fé escapado en un sollozo de labios del más escéptico de los poetas. La historia de esta composición poética tiene un fondo oculto muy original: Musset

escribía entonces una novelita: *Federico y Bernarda*, había tomado el asunto en sus recuerdos; una aventurilla pasajera que había él tenido con una modista vecina suya; sólo que, á fuer de poeta idealista, se había abstenido de copiar la verdad desnuda. En lugar de la verdadera Bernarda, una linda muchacha que había pasado sin gran pesadumbre á otros amoríos, inventó otra Bernarda simpática y conmovedora, que moría á los veinte años. Pues bien; en tanto que Musset arreglaba á su manera aquella aventura, tuvo una crisis de curiosidad filosófica, lo cual le sucedía algunas veces; sintióse atormentado por el problema del destino del hombre y del fin último de la existencia. Dice su hermano que le sorprendió con mucha frecuencia con la cabeza entre las manos, tratando de penetrar el misterio y pidiendo pruebas. Alfredo de Musset había leído todos los filósofos imaginables, sin lograr nunca satisfacerse. Llegados á este punto, dejo la palabra á Pablo de Musset: «Alfredo cerraba el libro y reanudaba en el sitio en que la había dejado, la historia de la pobre Bernarda. Pero en el día mismo en que depositó á su heroína en la tumba, al propio tiempo que escribía la última página, se llenaron sus ojos de lágrimas; su desfallecimiento cesó; entonces me dijo las palabras siguientes, que nunca he olvidado: «Bastante he leído, bastante he buscado, bastante he mirado. Las lágrimas y las oraciones son de esencia divina; un Dios es quien me ha dado la facilidad de llorar, y pues de él vienen las lágrimas, la oración vuelve á él.» Desde la noche siguiente comenzaba á escribir *La Esperanza en Dios*.

Referiré ahora, según la *Biografía*, cómo fué escrita la composición titulada *El Rhin alemán*. Encuentro un indecible y profundo encanto al penetrar de esta manera en la intimidad del genio y recoger en su origen mismo

estas inspiraciones que han conmovido tantas almas. Almorzando estaba con su madre y con su hermano, cuando una mañana, hojeando el número de la *Revista de Ambos Mundos*, leyó la canción de Becker contra Francia y una respuesta de Lamartine: *La Marsellesa de la paz*. A los sangrientos insultos del poeta alemán Lamartine había respondido, con un pensamiento humanitario, una composición desarrollada sobre la fraternidad de los pueblos. Era una manera demasiado alta y excesivamente desapasionada de mirar el asunto. Musset concibió inmediatamente el proyecto de contestar también á Becker. Animábase y se excitaba gritando y dando puñetazos en la mesa. De repente corrió á encerrarse en su habitación, de donde salió al cabo de dos horas con su trabajo titulado *El Rhin alemán*. Conocido es el éxito prodigioso que alcanzó esa canción, tan altanera y tan desdeñosa en su afectada familiaridad. Más de cincuenta compositores la pusieron en música. Se cantaba en todos los cuerpos de guardia. Por último, y este pormenor es curioso, más de cien oficiales del ejército alemán enviaron á Musset carteles de desafío. El poeta decía riéndose. ¿Por qué no me desafia Becker? A él es á quien daría yo con mucho gusto una estocada. Pero esos muchachos prusianos que vayan á batirse con los oficiales franceses que hayan retado á Becker... si es que hay alguno.»

V

En Alfredo de Musset hay un autor dramático; pero el autor dramático más original y más delicado que pue-

de verse. Nada hay por eso más característico que la historia de sus obras teatrales y de sus relaciones con los teatros. Voy á resumir esa historia.

Muy joven todavía, Alfredo de Musset pensó en el teatro, y muchas veces soñó con buscar recursos en ese género de trabajo. Aún no había cumplido veinte años cuando, por primera vez, quiso probar fortuna en las tablas. Precisamente por entonces había obtenido de su padre el permiso para abandonar su empleo, y deseaba por lo mismo demostrarle que sabría ganarse la vida perfectamente. Escribió, pues, una obra en tres actos, titulada *El Saldo de Media Noche*; cada cuadro constaba de una sola escena, en verso. La obra fué presentada al teatro de Novedades (que algunos años después tomó el nombre de teatro del *Vaudeville*.) Debieron de principiarse los ensayos; pero aquella tentativa fincó en tal estado, y Pablo de Musset piensa que la revolución de Julio fué la causa única de que no llegara á representarse. «La obra, dice, está en su cajón todavía.» La conclusión de esta anécdota es, por lo tanto, que existe una comedia inédita de Alfredo de Musset. Como es natural, esa obra debe de ser muy mediana, y de seguro no se publicará nunca.

Pero el teatro reservaba al poeta un disgusto más grave. Aquel mismo año, hacia la estación de otoño, el director de el Odeon se acercó al poeta de los *Cuentos de España*, entonces en el apogeo de su triunfo como principiante audaz, para pedirle una obra nueva y atrevida. El empresario quería un éxito ruidoso. Musset le dió una obra titulada *Noche veneciana*, que fué ensayada de prisa y corriendo y estrenada en la noche del 1.º de Diciembre de 1830. No se ha visto nunca fracaso más escandaloso. Desde la segunda escena los silbidos ahogaban la voz de los cómicos. El público voceaba, pateaba, se reía

en las más sentidas situaciones; parecía como si estuviese decidido á no escuchar nada. Aun hoy mismo no se explica fácilmente semejante encarnizamiento. Lo más sorprendente de todo es que el alboroto se renovó con igual violencia en la segunda representación. Esta representación segunda se señaló por uno de esos contratiempos de escasa monta y que en el teatro suelen tener consecuencias incalculables. En un momento determinado la protagonista de la obra debía apoyarse en un enrejado verde; pero el tal enrejado no estaba seco, sin duda por falta de tiempo, y cuando la actriz, que vestía un magnífico traje de raso blanco, se volvió hacia el público, vió éste los dibujos del enrejado señalados en verde sobre el fondo blanco del raso. Este accidente puso el colmo al desastre; la concurrencia rompió á reir con locura, y no oyó ni quiso oír más. Alfredo de Musset se vió obligado á retirar su obra.

Ya se comprende que Alfredo de Musset guardase por mucho tiempo rencor al teatro. Había sido herido con demasiada crueldad para sentirse estimulado á renovar la tentativa. Afirmaba siempre que el oficio de autor dramático era el último de los oficios. Había jurado además que, si alguna vez caía en la tentación de escribir una obra teatral, la escribiría según su capricho, sin pensar para nada en la óptica de la escena. Y cumplió su palabra cuando escribió *La copa y los labios*. Era poco después de la muerte de su padre; acababa de caer en la cuenta de que no tenía fortuna, y hasta había pensado en sentar plaza. Sin embargo, antes de realizar ese proyecto, quiso probar su suerte publicando un tomo de versos. Después de *La copa y los labios*, escribió: *Lo que sueñan las solteras*. El editor Benduel aceptó el negocio de publicar el libro, aunque no de muy buena gana. Mien-

tras lo imprimía halló el tomo excesivamente corto, y exigió alguna otra composición. Musset tuvo que escribir *Namouna*, que no estaba dialogado. La obra, sin embargo, conservó el título de *Un espectáculo desde la butaca*, en que se revela el rencor de Musset contra el teatro y su firme resolución de no escribir comedias sino para publicarlas directamente en libros. Aquella colección, por lo demás, logró mucho menos resonancia que *Cuentos de España y de Italia*.

Alfredo de Musset había, pues, renunciado al teatro; conservaba, sin cicatrizar nunca, la herida producida en su amor propio por la caída brutal de la *Noche veneciana*. De vez en cuando, si trataba de escribir una novela en prosa, en lugar de emplear la forma narrativa, adoptaba el diálogo, que Musset manejaba primorosamente; pero, lo repito, al componer esas encantadoras obritas escénicas, no pensaba jamás en la escena ni en la adaptación dramática, y habríale sorprendido y hasta asustado quien le hubiera dicho que aquellos trabajos suyos verían alguna noche la luz de una batería de escenario.

Así las cosas, Musset, que ya empezaba á sentirse algo enfermo y que acababa de pasar algún tiempo en los baños de mar de Crousic, al regresar á París supo una noticia que lo dejó estupefacto: en la Comedia Francesa iban á representar *El Capricho*. Corría entonces el año de 1847. Y véase la historia realmente peregrina de ese lindo trabajo: «La señora Allan-Despreaux, olvidada de los parisienses, gozaba gran boga en la corte de Rusia. Admitida en la sociedad más elevada, había adquirido allí el tono y las maneras de las mujeres aristocráticas. En San Petersburgo la aconsejaron cierto día que fuese á ver una comedia que representaban en un cierto teatriillo... La señora Allan-Despreaux lo hizo así, y halló la

obra tan de su gusto, que encargó una traducción francesa para representarla ante la corte. Pues bien; la tal obra era, ni más ni menos, *El Capricho*, y muy poco faltó para que la tradujesen del ruso á la lengua en que había sido escrita por su autor. El emperador Nicolás habría mandado seguramente hacer ese trabajo, si una persona conocedora de la literatura francesa,—de las muchas que hay en Rusia, en el mismo caso,—más aún que en Francia misma,—no hubiera hecho saber á la señora Allan-Despreaux que aquella comedia rusa, cuya belleza tanto le había impresionado, no era más que una traducción.» Cuando la señora Allan tornó á Francia, llevó con ella *El Capricho*. Extraordinario fué el estupor que se produjo en la *Comedia Francesa* cuando la actriz habló de representar aquella obra. Todos temían una caída deplorable. Los hombres del teatro, encastillados en su pretendida experiencia, declaraban doctamente que en *El Capricho* no había obra. También Alfredo de Musset, inquieto, recordaba las dos representaciones de la *Noche veneciana*, tenía en el fondo muchos deseos de prohibir la representación. Sin embargo, *El Capricho* se representó en la noche del 27 de Noviembre de 1847. El éxito fué colosal.

Pero lo que en esto hay de prodigioso es que *El Capricho* favoreció más á Musset que todas las obras importantes publicadas por él hasta aquella fecha. Pablo de Musset dice, con razón: «El éxito de *El Capricho* fué un acontecimiento dramático y la boga extraordinaria que logró ese acto, muy corto por cierto, hizo más por la reputación del autor que todas las demás obras suyas.»

En muy pocos días el nombre del poeta penetró hasta esas capas medias del público, á las que ni las poesías, ni los libros llegan nunca. La especie de entredicho que so-

bre él pesaba, se vió como por encantamiento levantado y apenas hubo día en que los periódicos dejaran de citar versos suyos.» Si, la famosa conspiración del silencio cesó el día en que Musset obtuvo un éxito dramático. Él que había producido tantas obras maestras, él á quien la gloria importunaba, solo fué grande hombre merced á esa linda nonada, titulada *El Capricho*. Todo el poder expansivo del teatro se manifiesta en ese solo hecho tan significativo.

Hé aquí pues un escritor que no piensa hacer obras representables; que hasta pone cierta afectación en dejar completamente libre su fantasía en las novelas dialogadas que escribe y que se encuentra con el milagro de que esas novelas dialogadas son maravillosas en la escena y anulan casi las comedias y los dramas labrados sobre las tablas mismas por obreros hábiles. Después de este ejemplo elocuentísimo, ¿quién será osado á tratar en serio de la óptica teatral, de la necesidad de código dramático? ¿No es evidente que todo puede ser representado siempre que sea el producto del talento?

Después de *El Capricho* Musset escribió algunas obras que fueron representadas con éxitos más ó menos vivos. Pero su sueño constante fué escribir una comedia para la Raquel á la sazón en el apogeo de su gloria. Lo malo fué que el gran poeta y la trágica famosa no llegaron á entenderse nunca. Pablo de Musset refiere, sin embargo, una anécdota muy interesante acerca de esto. En una comida dada por la Raquel en 1846, observaron los convidados en el dedo de la artista un anillo magnífico. La actriz, echando de ver la admiración de sus comensales hubo de gritar; «Señores míos, veo que esta sortija es del agrado de ustedes, la saco á subasta. ¿Cuánto me dan ustedes por ella?» El anillo subió en pocos minutos á

ser tasado en tres mil francos. Como Musset permaneciese silencioso, Raquel se volvió hacia su lado para preguntarle: «¿Y mi poeta?, sepamos ¿qué me da usted?»— Yo doy á usted mi corazón, respondió Musset. ¡De usted es el anillo! dijo Raquel.» Y con impetuosidad infantil echó la alhaja en el plato del poeta. A pesar de los esfuerzos de Alfredo, la Raquel no consintió nunca en recobrar su anillo y solamente transigió con establecer el contrato siguiente: ella le daba aquel anillo en pago del papel que Musset había de escribirle, y Musset lo guardaba en garantía de su promesa.» Andando el tiempo, cuando, después de muchas riñas, rompieron definitivamente, Musset devolvió la sortija á la Raquel que la aceptó sin que el poeta necesitase insistir. La verdad es que dos naturalezas tan independientes y tan avasalladoras no podían entenderse. Después de quince días de gran amistad heríanse mutuamente con una palabra. Musset no tenía el valor tranquilo de soportar los caprichos de una comedianta y de proseguir, á pesar de todo, su marcha de autor dramático convencido. El habría debido hablar como amo; la Raquel hubiese concluido por doblegarse; pero Musset obedecía á sus debilidades nerviosas, soñaba con una actriz que fuese, á un tiempo mismo, esclava, amante y sumisa.

El teatro de Musset ha llegado á ser clásico. La mayor parte de sus obras pertenecen al repertorio de la comedia francesa. Nada tan adorable como *No se juega con el amor*, *El Candeletero*, *No jurar*. Lástima grande que no se haya puesto en escena la obra más completa y más profunda de Musset: *Lorenzaccio*. Hay en esa obra un drama digno de Shakspeare. Se ha retrocedido ante la audacia de algunas situaciones y ante dificultades materiales para montarla. Pero es indudable que, más tarde ó mas temprano, se intentara la empresa.

Antes de concluir este estudio biográfico acerca de Musset no puedo resistir al deseo de referir otra anécdota. Esta vendrá á ser como la terminación de la vida gloriosa del poeta. He dicho ya que Musset había sido, en el colegio de Enrique IV, condiscípulo del Duque de Orleans, hijo del rey Luis Felipe. Tiempo adelante los dos jóvenes se encontraron y el duque manifestó al poeta una amistad firme. Llevó estas muestras de cariño hasta el extremo de obstinarse en que Luis Felipe, el monarca, admirase un soneto de Alfredo de Musset. Pero el rey, que no tenía muy desarrollado el gusto literario, mostróse verdaderamente brutal. Pero voy á la anécdota.

«Una circunstancia singular probó que cuando el soneto fué leído al rey, el duque de Orleans echando de ver que la impresión no era favorable había tenido el buen gusto de callar el nombre del autor. El día en que fué presentado en la corte, vió Alfredo de Musset que no bien se pronunció su nombre, Luis Felipe se aproximó á él sonriéndose y le dijo, como si se sintiese agradablemente sorprendido: «¡Ah! ¿llega usted de Joinville?; me alegro muchísimo de ver á usted.» Musset tenía demasiado trato de mundo para manifestar la menor extrañeza. Saludó respetuosamente y mientras el rey iba hacia otras personas daba vueltas á su cerebro para explicarse lo que podrían significar aquellas palabras, que acababa de oír y la sonrisa que las acompañaba. Recordó entonces que teníamos en Joinville un primo, hombre de inteligencia muy cultivada y de trato muy agradable; sujeto digno ciertamente de ser bien acogido y que era inspector de bosques del Patrimonio. El rey había olvidado los tiempos en que enviaba á su hijo al colegio y los nombres de los chicos á quienes había recibido en Neuilly; pero conocía

á fondo el estado y el personal de sus posesiones particulares.

El nombre de Musset representaba para Luis Felipe un inspector, guardian celoso y vigilante de sus bosques y al cual tenía en mucho aprecio, y muy merecidamente. Durante los once últimos años de su reinado, una ó dos veces cada invierno volvió á ver el rey, siempre con igual contentamiento, el rostro del supuesto inspector de sus bosques; el rey prosiguió concediéndole sonrisas bastantes para dar envidia á más de un cortesano y que pasarían quizás por estímulos á la poesía y á las bellas letras; pero lo cierto es que Luis Felipe no llegó á enterarse jamás de que durante su reinado había existido en Francia un gran poeta del mismo apellido que el inspector de sus bosques.» Es inútil agregar comentarios que atenuarían la historia. Esto es sencillamente una atrocidad monárquica.

VI

Alfredo de Musset es el poeta querido, cuyas mismas faltas enamoran á sus admiradores. Es frecuente que el escritor resulte algo empequeñecido cuando se conoce al hombre. Musset, puede impunemente dejar que se diga á gritos que hombre fué, entonces es cuando se le comprende mejor. Hánse lanzado contra él las más groseras acusaciones y es tal y es tanta la fuerza de su seducción que nadie siente la necesidad de ver que un abogado tome su defensa. Que nos lo dejen con su corazón y con sus debilidades; su genio tan dolorosamente humedecido por

sus lágrimas, bastará siempre para que todos le absolvamos.

Por esto en la *Biografía* publicada por Pablo de Musset he visto solamente una colección de documentos de vivo interés; documentos que los lectores de Musset podrán consultar con fruto. En esa colección hallarán ciertos esclarecimientos, la historia de las principales obras en verso, la explicación de algunas alusiones que en ellas existen, todas esas indiscreciones que con tanto afán son buscadas en la vida de los grandes escritores. En cuanto á la defensa de Musset que hay en el libro, era innecesaria, lo repito. Nadie ataca hoy ya á Musset como hombre, porque el poeta ha entrado en la inmortalidad.

Musset ha continuado la hermosa serie de los escritores franceses. Está á la altura de Rabelais, de Montaigne y de La Fontaine. Si en sus comienzos nos parece vestido con guiñapos del romanticismo, podría creerse hoy que adoptó ese traje de carnaval para burlarse de la literatura descabellada de su tiempo. El genio francés con su medida, su lógica, su claridad harmónica y delicada era el fondo mismo de este poeta de comienzos tan ruidosos. Ha hablado después un lenguaje de pureza y dulzura inefables. Vivirá eternamente porque ha amado y ha llorado mucho.

EMILIO ZOLA.

(Traducción de Antonio Sánchez Pérez).

EL MUGIK MAREY

RECUERDO DE SIBERIA

ERA el segundo día de Pascua, estaba caldeada la atmósfera, despejado el cielo, el sol alto y radiante; pero en mi alma reinaban nubes sombrías. Andaba yo vagando por detrás del presidio. Miraba, contándolas, las barreras que cerraban el patio. Desde hacía dos días la prisión se hallaba de fiesta; los presidiarios no trabajaban; los más estaban borrachos, y en todos los departamentos se oía un ruido infernal de injurias, de disputas y de canciones obscenas. Unos jugaban á las cartas sobre los tablados de las camas; otros á quienes sus propios compañeros habían molido á golpes por mover demasiado ruido, yacían tendidos en las suyas, los habían tapado con sus capotes hasta que recobrasen el conocimiento. Ya varias veces habían salido á relucir las navajas.

¡Y aquello duraba hacía dos días! A mí me ponía malo. Jamás he podido ver sin repugnancia una multitud ebria, sobre todo en semejante sitio.

Durante esas 48 horas, la autoridad no había parecido por la prisión; se habían interrumpido las requisas; nadie miraba si había botellas de vino escondidas debajo de las camas. Nuestros jefes comprendían que hay que dejar «distraerse», una vez al año siquiera, hasta á los presidiarios, único medio de evitar mayores excesos.

Pero á mí, me dominaba la cólera...

Me encontré con el polaco M... sky, un preso político. Me dirigió una mirada desesperada; le relucían los ojos; le temblaban los labios.

«¡Odio á esos bandidos!» me dijo á media voz, apretando los dientes; y pasó adelante.

No sé por qué me entré inmediatamente en el presidio, cuando no hacía un cuarto de hora que había huído de él como un loco, en el momento en que seis hombres, seis fornidos mugiks, se habían echado todos á la vez sobre un tártaro llamado Gazine para sujetarlo y maltratarlo. Lo habían molido á golpes, capaces de matar á un camello. Pero el tártaro era un Hércules, y lo aporreaban sin miedo ninguno. Al entrar, lo ví en un rincón tendido en su cama, casi muerto. Le habian cubierto con un *tulupe* (1) y los presidiarios, al pasar junto á él, se imponían silencio y evitaban tocarlo. A pesar de todo, estaban seguros de que al día siguiente por la mañana volvería en sí, «pero ¿quién sabe? de resultas de tales golpes puede morir un hombre!..»

Me escurrí á mi sitio frente á mi reja; me tendí de espaldas; puse las manos debajo de la cabeza, y cerré los ojos. Solía adoptar esa postura, porque al que parece dormir se le respeta generalmente, y así podía abstraerme y meditar. Pero no estaba tranquilo. El corazón me latía

(1) Capote de piel de carnero.—*N. del T.*

aceleradamente, y todavía sonaba en mis oídos la frase de M... sky:

«Odio á esos bandidos!»

Pero ¿á qué describir mis impresiones? Aun ahora reviven á veces, y son mis más terribles pesadillas. Quizá se habrá notado que hasta hoy no he hablado casi nunca de mi vida en el presidio. Muchos años hace escribí la *Casa de los muertos* (1), bajo el nombre de un personaje ficticio: un condenado que había matado á su esposa; y muchas personas piensan y afirman á causa de mi novela que fuí desterrado por asesinar á mi mujer...

En fin, poco á poco fuí calmándome, y me abismé insensiblemente en mis recuerdos. Durante mis cuatro años de presidio, no he cesado de meditar en todo mi pasado, y me parece que he vuelto á vivir por el recuerdo toda mi vida extinguida. Los recuerdos surgían de suyo ante mí; rara vez los evocaba yo por un esfuerzo de la voluntad. Empezaban por una pequeñez, por un *tracito* apenas perceptible; pero poco á poco iban adquiriendo las proporciones de un vasto cuadro, y la impresión se acentuaba y completaba. Yo á mi vez, interesándome en el desarrollo de aquellas escenas íntimas, añadía nuevos toques á sucesos tiempo atrás acaecidos, corrigiéndolos y arreglándolos sin cesar. Era mi único placer.

En aquella ocasión lo que volvía á mi memoria era un incidente insignificante de mi primera infancia, del lejano tiempo en que yo tenía nueve años. Creía haberlo olvidado por completo. Pero en esa época los recuerdos que más me complacía en renovar eran los de mi juventud.

Era en mi aldea y en el mes de Agosto. Un día claro,

(1) En breve publicaremos esta noveia, una de las más preciadas joyas de la literatura rusa contemporánea.

seco y algo frío; soplaban el viento. El estío tocaba á su fin, y no debíamos tardar en marchar á Moscou: pronto iba á ser preciso aburrirse estudiando el francés durante todo el invierno...

¡Cuánto sentía yó dejar el campo!

Me fuí por detrás de la granja, bajé al foso, y subí al *losk*. (Así llamabamos á un monte hueco situado al otro lado del foso al linde de un bosquecillo).

Penetro, pues, en lo más espeso de los arbustos, cuando oigo en el campo, á cierta distancia de allí, cosa de treinta pasos quizá, á un mugik que estaba arando la tierra. Sé que trabaja en la pendiente de una colina y que el caballo debe pasar muchas fatigas. De vez en cuando oigo el grito. ¡Ia! ¡ía! Conozco á casi todos nuestros mugiks, pero no se cuál es el que ara en este momento, ni me importa después de todo. Estoy completamente engolfado en mi ocupación: ¡yo también trabajo! Corto una vara de nogal para poner en movimiento á las ranas. ¡Son tan bonitas y flexibles las varas de nogal! ¡qué distintas las de pino! También me interesan los escarabajos y los abejorros: hago colecciones, y tengo algunas muy bien arregladas. Me gustan igualmente las lagartijas, tan vivarachas, con ese color amarillo rojizo tan hermoso, salpicado de manchitas. Pero las culebrillas me dan miedo. Afortunadamente son más raras que las lagartijas. Hay pocas setas en *losk*; ¡donde se ven que es una plaga es debajo de los pinos! Así, que allí me marché... Nada hay en el mundo que me guste tanto como el bosque, con sus setas, sus frutos silvestres, sus escarabajos, sus pajaritos, sus erizos, sus ardillas y ese olor húmedo tan suave que exhalan las hojas podridas! Aun á la hora en que escribo me parece sentir aquel olor del pino de nuestros campos. Son éstas impresiones que duran toda la vida.

De pronto, en medio del más profundo silencio, oigo distinta y claramente estas voces:

«¡Al lobo! ¡al lobo!»

Lanzo un grito de terror; fuera de mí, espantado y sin dejar de gritar, corro como una flecha hacia el mugik que está arando.

Era nuestro mugik Marey. ¿Existe este nombre? Por lo menos, todo el mundo lo llamaba así; un mugik de unos cincuenta años, alto y robusto, con muchas canas en su poblada barba de color rubio oscuro. Lo conocía bien; pero hasta entonces apenas me había ocurrido tener que hablarle.

Paró su jaca al oirme gritar. En un abrir y cerrar de ojos me encontré junto á él, agarrándome con una mano á su manga, y con la otra al arado. El hombre advirtió mi terror.

—¡El lobo! grité ahogándome.

Levantó al punto la cabeza, y miró instintivamente en torno suyo, creyéndome realmente perseguido.

—Pero ¿dónde?

—Han gritado... Acaban de gritar: ¡Al lobo! balbuceé yo.

—¿Qué tienes? ¿qué tienes? ¿qué lobo? ¡Te has engañado!.. ¿Qué lobo puede haber aquí?—dijo suavizando la voz para tranquilizarme.

Pero yo seguía temblando, y me agarraba con más fuerza á su caftán. Debía de estar muy pálido. El me miraba solícito, y parecía intranquilo por verme en aquél estado.

—¡Ah! y qué miedo tiene! ¡*Ah iaie!* dijo moviendo la cabeza. ¡Vamos, hijo mío! ¡Vamos, chiquitín!

Me acarició la mejilla.

—¡Ea, serénate! Cristo no te abandona. Santíguate.

Pero yo no podía persignarme. Me temblaban los labios, y eso era lo que parecía preocuparle más.

Alargó suavemente su tosco dedo, lleno de tierra, con la uña negrísima, y toco ligeramente mis labios.

—¡Ves tú!.. ¡*Ah iaie!*

Y sonrió casi maternalmente.

—¡Pero Dios mío! ¿qué te pasa? ¡Vaya, hombre!..

Me convencí al fin de que no había tal lobo, y de que el grito que había oído era pura ilusión del cielo. (Ya más de una vez había oído gritos análogos. Más tarde estas alucinaciones pasaron con la infancia.)

—Bueno, pues me voy—dije mirándolo con aire interrogativo y tímido.

—Sí, anda; yo te miraré ir, y no dejaré que te coja el lobo—añadió con su extraña sonrisa maternal. ¡Que Dios te acompañe! Anda.

Hizo la señal de la cruz sobre mí, y se santiguó él también.

Eché á andar volviendo cada diez pasos la cabeza, y mientras me alejaba, Marey permaneció inmóvil junto á su caballo, mirándome como me había prometido y haciéndome señas con la cabeza, cuando me volvía.

Me daba un poco de vergüenza mi miedo, lo confieso; pero la verdad es que no se me había pasado del todo, ni se me pasó enteramente hasta que alcancé la otra vertiente del foso, cerca del primer edificio, y vino corriendo hacia mi Volchok, (1) el perro de guarda que teníamos. Con Volchok ya estaba yo completamente tranquilo. Entonces me volví por última vez hacia Marey. No podía distinguir su cara, pero adiviné que seguía sonriendo cariñosamente y moviendo la cabeza. Le hice una seña

(1) Lobito.—*N. del T.*

con la mano; me respondió del mismo modo, y arreó el caballo.

Todavía oí á lo lejos: ¡la! ¡ia!, y el caballito volvió á tirar del arado...

¿Cómo se había despertado este recuerdo? ¿Quién lo sabe? Los pormenores tenían una asombrosa precisión. Me incorporé en mi cama de tablas, y me acuerdo de haber conservado largo rato en mi semblante la sonrisa de las dulces memorias. Todavía quise perseguir durante un momento, la huella que había dejado en mí esa hora de mi infancia.

Luego que abandoné á Marey, me guardé muy bien de contar á nadie la «aventura». ¡Y qué aventura! Por supuesto, no tardé en olvidar al mugik. Después lo encontré á menudo, pero sin tratar de hablarle del lobo, ni de ninguna cosa...

Y ahora, en Siberia, veinte años después, recordaba de pronto ese encuentro con asombrosa claridad, hasta en sus menores incidentes.

Sin duda, él mismo se había grabado en mi alma, y si lo recordé á esa hora es porque á esa hora convenía... Volvía á ver aquella sonrisa tierna y maternal de un pobre mugik siervo, aquellos signos de la cruz, aquel movimiento de cabeza, aquel: «¡Qué miedo ha tenido el chiquitín!». ¡Y sobre todo, aquel dedo tosco y lleno de tierra, que había tocado mis labios con tal suavidad y con tan tímida ternura! Comprendo que todo el mundo se halla dispuesto á tranquilizar á un niño; pero en aquel encuentro solitario había ocurrido una cosa muy diferente. Así hubiera yo sido su propio hijo, no hubiese podido mirarme con mejores ojos ni de una manera más afectuosa. ¿Quién le obligaba? El era nuestro siervo, y yo,—¡ahí es nada!—su señorito. ¡Nadie podía saber cuán bueno había.

sido para mi! ¡No tenía que esperar ninguna recompensa! Quizá le gustaban los niños: es posible. De todos modos el encuentro era aislado, un campo desierto, y Dios solo ha podido ver desde lo alto, el profundo sentimiento de ternura humana, de ternura delicada y casi femenina, en que rebosaba el corazón de un mugik ruso, siervo tosco y rudo, y que no sabía entonces que muy pronto sería emancipado.

Al levantarme de la cama, dirigí una mirada al rededor, y sentí de repente que ya podía mirar á aquellos infelices muy de otra manera que algunos minutos antes: por una especie de milagro, el odio y la cólera habian desaparecido completamente de mi corazón. Dí algunos pasos examinando los rostros que encontraba. «¡Este de aquí—pensé, este mugik tan rapado, paria ébrio que canta aullando con voz ronca, podría ser Marey. ¡Y si yo pudiese leer en su corazón...»

Por la noche, volví á encontrar á M...sky, y lo compadecí.

No había en sus recuerdos ningun Marey, y era muy natural su pensamiento: «odio á esos bandidos».

Y luego aquellos Polacos habían sufrido mucho más que nosotros.

TH. DOSTOIEVSKY.

REVISTA ECONÓMICA

Los presupuestos para 1891-92.—El déficit del ejercicio de 1890-91.—La crisis financiera de Portugal y los valores españoles.—La subida de los cambios sobre el extranjero.—Últimas cotizaciones.

QUEDARON sin discutir los presupuestos del ejercicio corriente y ha sido preciso prorrogar los del pasado. El de ingresos, por consecuencia, no ha sufrido alteración alguna y el de gastos se ha fijado en las partidas siguientes:

RESÚMEN GENERAL DE LOS GASTOS

Pesetas.

Obligaciones generales del Estado.

Sección 1. ^a —Casa Real.	9.500.000
Idem 2. ^a —Cuerpos Colegisladores.	1.749.205
Idem 3. ^a —Deuda pública.	279.762.111
Idem 4. ^a —Cargas de justicia.	1.777.481,50
Idem 5. ^a —Clases pasivas.	52.449.335

Obligaciones de los departamentos ministeriales.

Sección 1. ^a —Presidencia del Consejo de Ministros.	1.384.217
Idem 2. ^a —Ministerio de Estado.	5.138.192
Idem 3. ^a —Idem de Gracia y Justicia.	57.352.121,04
Idem 4. ^a —Idem de la Guerra.	142.141.437,25
Idem 5. ^a —Idem de Marina.. . . .	32.005.205
Idem 6. ^a —Idem de la Gobernación.	28.704.503,77
Idem 7. ^a —Idem de Fomento.. . . .	77.486.483,25
Idem 8. ^a —Idem de Hacienda.	18.750.774
Idem 9. ^a —Gastos de las contribuciones y rentas públicas.	84.164.843,87
Idem 10. ^a —Colonia de Fernando Póo.	750.000
	<hr/>
TOTAL.	793.115.909,68

A esto es preciso añadir el presupuesto de gastos extraordinarios que ha de cubrirse con los 150 millones que el Banco presta sin interés en compensación de la prórroga de su privilegio. La tercera parte se consumirá en este año y lo restante en los dos ejercicios siguientes, en la construcción de la escuadra y en obras públicas.

Aun cuando no está terminado el ejercicio pasado (falta el período de ampliación) puede ya calcularse con bastante proximidad su déficit, el cual pasará algo de 60 millones de pesetas.

Resultado tan desastroso parecía imponer el deber á nuestros legisladores de ocuparse con más cuidado de lo futuro; pero ya hemos visto que ni han discutido siquiera los presupuestos.

*
* *

La crisis financiera por que atraviesa el vecino reino no es producto de causas inmediatas. Es en parte el resultado de una prolongada serie de torpezas financieras y del miedo de imponer contribuciones extraordinarias á un pueblo cuyo fuego revolucionario se mantiene siempre vivo, lo cual hace á los ministerios acudir al préstamo como medio más facil de saldar los *déficits* de los presupuestos. Es también debida, en parte, á la perturbación política, que ha hecho la emisión del último empréstito extremadamente difícil.

Las negociaciones llevadas á cabo en Londres durante el último año para colocar una nueva emisión de deuda, fracasaron, si bien en el Continente fueron colocadas 62.825.000 pesetas en cuatro por 100, cuyos intereses son también cobrables en Londres. Pero el Gobierno portugués necesitaba una suma mucho mayor para desembarazar su situación, y en Diciembre último tomó á los banqueros franceses 75.000.000 de pesetas, dándoles en garantía deuda del 3 por 100 á 46, é hipoteca sobre la renta de tabacos. Tal medida no pasaba de ser un expediente temporal, necesitando además la aprobación de las Cortes.

Se abrió la legislatura el 4 de Marzo y el Gobierno pidió á las Cámaras la autorización para crear el monopolio del tabaco, sobre el cual intentaba contratar un empréstito de 250.000.000 de pesetas, que le pondría en estado de reembolsar los 75.000.000 de pesetas tomadas en Diciembre, y más tarde reducir ó consolidar la deuda flotante. Pero el grave aspecto de la cuestión con el Gobier-

no británico respecto á los límites de las posesiones del Africa del Sur, que amenazaba con una ruptura, impidió al Gobierno portugués colocar en Londres la emisión, y la tentativa para colocarla en el Continente resultó un fracaso. El Banco de Portugal hizo cuanto pudo por defenderse en tan críticas circunstancias, pero la retirada del efectivo de las cajas de este Banco, así como de las del Lusitano y de otros establecimientos de crédito, motivó el decreto publicado en el *Diario* de 11 de Mayo autorizando una suspensión general de pagos por sesenta días. La suspensión era indudablemente necesaria para alejar un pánico financiero más temible; pero el efecto sobre el precio de los fondos portugueses fué grande.

En la sesión del día 7 de Julio próximo pasado, la Cámara de los Diputados aprobó la contratación de un nuevo empréstito de 7.200 contos de reis, destinados á la compra de metal para la acuñación de moneda.

Son muchos los que opinan que, más pronto ó más tarde, Portugal se verá obligado á aceptar el curso forzoso del papel moneda.

Realmente todo lo hecho hasta ahora no ha sido otra cosa que salvar la dificultad del momento; pero mucho más se necesita para arreglar la Hacienda portuguesa sobre bases más firmes y duraderas.

Lo que Portugal necesita conseguir á toda costa es la nivelación de sus presupuestos, pues en tanto no lo consiga, no será fácil empresa la colocación de nuevas emisiones, y si muy verosímil que el Gobierno se vea obligado á hacer una emisión de papel inconvertible.

Si la alteración política cesara, algo mejoraría la situación económica. Pero mientras las doctrinas revolucionarias encuentren el apoyo que ahora en el pueblo, mientras estallen los petardos en el Ministerio del Inte-

rior y mientras al Ministerio le sea tan difícil sostenerse, la Hacienda portuguesa no puede inspirar mucha confianza.

*
* *

Esta crisis de Portugal ha influido poderosamente en la depreciación de los valores españoles sobre todo en las Bolsas de París y Londres, haciéndose circular por dichos mercados noticias muy pesimistas en orden al porvenir que á España aguarda si los sucesos de Portugal terminasen por implantar allí un Gobierno republicano.

A nuestro entender, estos rumores no tienen otro fundamento ni otro origen que el de conseguir por ellos sorpresas y ganancias de la especulación bursátil. Sea cualquiera el resultado de la crisis portuguesa, y por mucho que trascienda en el orden político interior, no podemos creer que lo que allí suceda tenga poca ni ninguna influencia en España. Viven estas naciones en el más completo aislamiento la una de la otra. Sus relaciones comerciales son escasas, y sus relaciones de ideas no son ningunas. En España no hay odios ni recelos hacia Portugal, pero en Portugal si existen, y grandes, hacia España. Por la federación ibérica se sienten aquí pocos entusiasmos, y en Portugal ni pocos ni ninguno. Las antiguas tradiciones están rotas. Portugal y España —no sin pena se pueden escribir éstas cosas— están más separadas moralmente que cualesquiera otros dos Estados del viejo continente.

Enlazar nuestro crédito público, como hacen los mercados de París y Londres, con el crédito público de Por-

tugal, y depreciar nuestros valores cuando los del vecino reino se deprecian, nos parece una insigne torpeza, si es que no es obra de especuladores sin conciencia.

*
* *

Juntamente con estos rumores que tantos daños han causado en nuestro crédito, ha venido á influir en el mismo sentido la subida de nuestros cambios sobre el extranjero.

Todos los años, por esta época, ocurre algo semejante; pero en pocos ha tomado el mal tan extensas proporciones como en éste.

El pago de las obligaciones de ferrocarriles, el de los cupones de la Deuda exterior y los gastos que los viajes de puro recreo al extranjero ocasionan, son las principales causas que determinan en estos meses del año el alza de los cambios. La influencia de los arbitrajes con la Deuda exterior, no es excesiva, dada la paralización que en el estío tienen los negocios bursátiles.

A las compañías de ferrocarriles, este quebranto de los cambios, les está creando una situación bastante difícil. En el año pasado costó al *Mediodía* millón y medio de pesetas, y poco menos al *Norte*. En el que corre, por las muestras, se elevará á bastante más, reduciéndose el interés de los accionistas á tipos excesivamente bajos. Poco importa que las recaudaciones mejoren; el quebranto de los giros absorbe con exceso las ventajas del aumento del tráfico.

Difícil es resolver este problema, que tiene su raíz en las entrañas mismas de nuestro organismo económico.

Bajo el punto de vista puramente comercial, España

es una nación acreedora; exporta, por lo regular, más que importa. Tiene balance activo.

Pero esta balanza comercial importa poca cosa al lado de la balanza general económica, formada por todas nuestras deudas en un platillo y por todos nuestros créditos en otro.

Los ferrocarriles se han construido con capitales extranjeros, ó por lo menos, extranjeros son los dueños de sus acciones y obligaciones. Lo propio ocurre con las grandes compañías mineras.

Todos los ejercicios consume la deuda exterior del estado de 40 á 50 millones (sin contar la de Cuba).

Puede calcularse que en cada año y por estos conceptos precisamos exportar al extranjero más de 200 millones de pesetas oro, y en cambio, como aquí son en reducido número y en reducida cantidad los poseedores de valores extranjeros, esta suma no tiene contrapartida, no solamente capaz de balancear, pero ni de hacerla oscilar siquiera.

El quebranto de los cambios favorece la exportación y dificulta la importación, y ésta es quizá la causa de que mandemos productos por mayor cantidad que los que recibimos; pero el saldo acreedor del comercio no puede calcularse arriba de 50 millones como promedio anual, quedando, por consecuencia, un déficit ó un saldo pasivo para nuestra balanza de 150 millones de pesetas, como mínimo.

No negaremos que el ahorro interior es superior á esta cifra, y que España, aunque lentamente; prospera, y progresa como lo demuestra el desarrollo de su comercio, las cuentas corrientes y depósitos de los Bancos y la importación de nuestra deuda exterior, que en estos últimos años sobre todo, se ha hecho en grandes cantidades.

Pero hay que convenir en que una de las causas de esta lentitud en nuestro progreso económico es precisamente el quebranto de los cambios.

Se achaca, por lo común, el desnivel de los giros, á la falta de oro y á las malas condiciones de nuestro sistema monetario, lo cual es un error manifiesto. Aquí no hay oro porque no puede haberlo. El desnivel de los cambios es causa y no efecto. Si la balanza nos fuera favorable, tendríamos oro en abundancia como lo tiene Francia, por ejemplo, y como lo hemos tenido también en España cuando los giros tenían dirección contraria.

Con la traida de oro en gruesas sumas el problema queda en pie. Su compra é importación nos costaría poco más ó menos, lo que los cambios nos cuestan, porque de alguna manera habría que reembolsarlo, y no se conseguiría otra cosa que ayudar á hacer su agosto á los especuladores y cambistas.

Dos únicos caminos de resultados seguros hay para poner fin á este conflicto; pero dudamos mucho que puedan realizarse de un modo inmediato. Consiste el primero en reducir el presupuesto de gastos, en extinguir los déficits para no precisar emitir nuevas deudas; de este modo el ahorro nacional absorbería bien pronto la deuda exterior y se dirigiría después á la adquisición de valores de ferrocarriles y minas, haciendo posible la *domiciliación* de los pagos aquí.

El segundo consiste en despertar por todos los medios posibles las iniciativas industriales entre nosotros, favoreciendo el ahorro y ayudando las energías de la producción nacional.

Fuera de estos medios, no hay ninguno capaz de cortar de raíz los males que lamentamos.

UN EX-MINISTRO.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>Malasaña y su hija</i> , por Carlos Cambronero.	5
<i>Buen tiempo fijo</i> , conclusión, por Ricardo Becerro de Bengoa.	15
<i>El Fausto en la música</i> , (<i>Mefistófele</i>), por Arturo Campión.	32
<i>El coche</i> , novela corta, por Antonio de Valbuena.	48
<i>En el álbum de una chilena</i> , por G. Núñez de Arce.	62
<i>El cabecilla Destuches</i> , conclusión, por J. Barbey D'Aurevilly.	63
<i>El secreto</i> , cuento, por Alfonso Daudet.	127
<i>Recuerdos de mi juventud</i> , por Ernesto Renán.	135
<i>Madrid</i> , poesía, por Alfredo de Musset.	146
<i>Alfredo de Musset</i> , por Emilio Zola.	149
<i>El Mugik Marey</i> , por Dostoievsky.	192
<i>Revista económica</i> , por Un ex-Ministro.	200
